



EDMUND CRISPIN

*Enterrado por placer*

*Un nuevo y extraño misterio para Gervase Fen*

*Traducción de Magdalena Palmer*



Lectulandia

Hastiado de la aburrida vida universitaria, el excéntrico profesor y detective amateur Gervase Fen («La juguetería errante» y «Asesinato en la catedral») decide tomarse un descanso y trasladarse al remoto pueblo de Sanford Angelorum, en plena campiña inglesa, para presentarse como candidato al Parlamento. A primera vista, la aldea parece un lugar tranquilo, pero, fiel a su instinto, Fen no tarda en descubrir que, una vez más, las apariencias engañan, y se sumerge en una oscura trama de chantaje que derivará en un misterioso asesinato. A medida que su incipiente carrera política deja de proporcionarle satisfacciones, Fen concentra todas sus energías en resolver el misterio, aunque, sin apenas darse cuenta, acaba atrapado en una desconcertante red en la que se topa con psiquiatras excéntricos, un cura que intenta domesticar un «poltergeist», lunáticos que corren desnudos por el campo, mujeres hermosas y un cerdo algo tarado.

Un nuevo misterio para el quisquilloso profesor Gervase Fen, uno de los detectives más inmortales de la edad de oro de la novela negra inglesa, que participa del ingenio de la mejor Agatha Christie y la gracia del P. G. Wodehouse más inspirado.

**Lectulandia**

Edmund Crispin

# **Enterrado por placer**

**Gervase Fen - 6**

ePub r1.2

Titivillus 07.07.2017

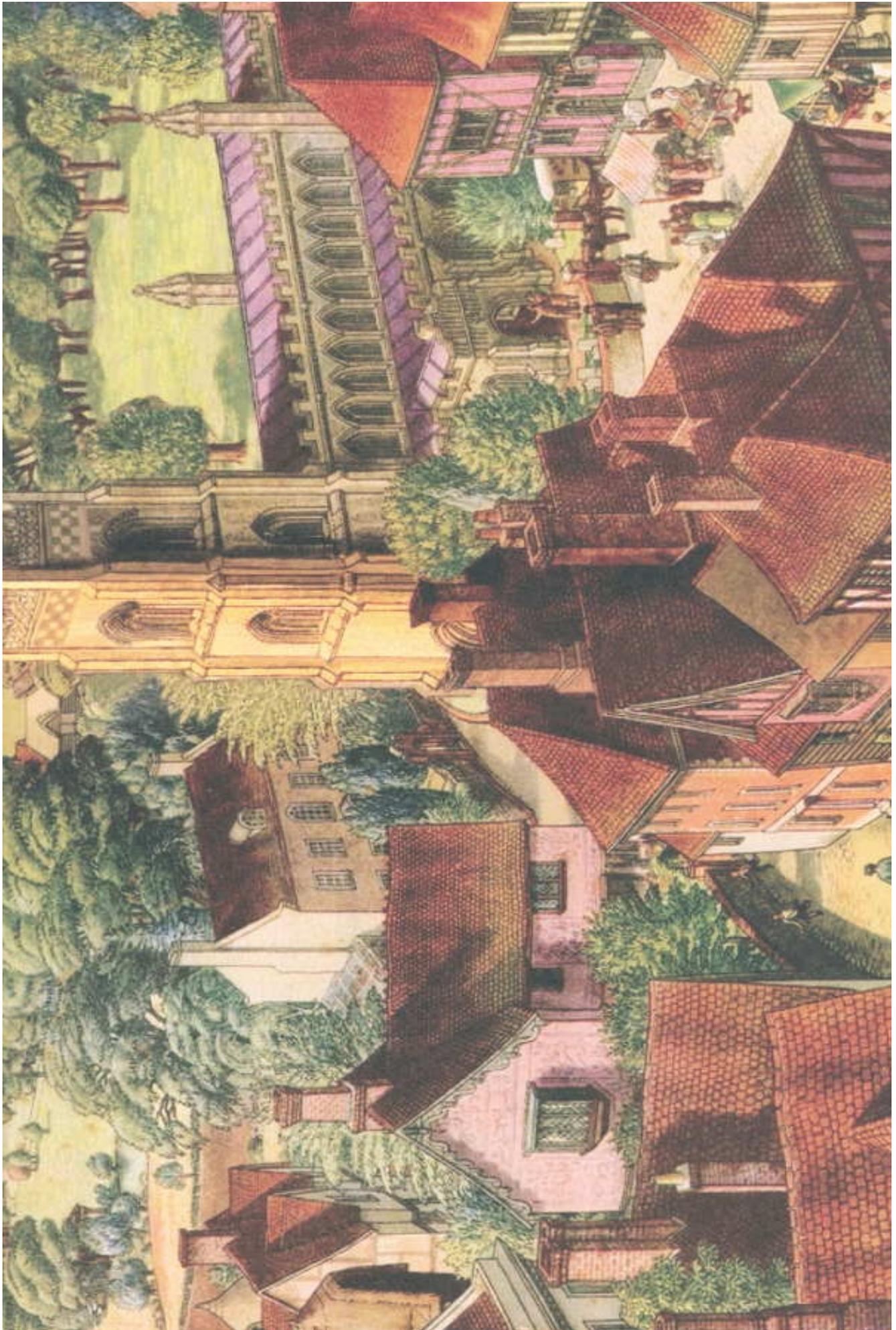
Título original: *Buried for Pleasure*  
Edmund Crispin, 1949  
Traducción: Magdalena Palmer  
Diseño de cubierta: Enrique Redel

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# ENTERRADO EN VIDA



EDMUND CRISPIN

Para Peter Oldham

*El lunes, entierro por salud;  
el martes, entierro por virtud;  
el miércoles, entierro por dinero;  
el jueves, entierro por asueto;  
el viernes, entierro por gusto;  
el sábado, entierro a la una en punto;  
y si en domingo es el entierro,  
oficia el cura y vas al cielo.*

TRADICIONAL

## CAPÍTULO I

—¡Sanford Angelorum, fin de trayecto! —anunció el jefe de estación—.  
¡Sanford Angelorum, fin de trayecto!

Después de reflexionar durante unos instantes, el hombre añadió al anuncio la palabra «¡final!» y abandonó la escena por una puerta en la que rezaba un cartel de «Privado».

A Gervase Fen, que dormitaba solo en un compartimento estrecho y sofocante cuyos cojines soltaban una nube de hollín al menor movimiento, no le quedó más remedio que despertarse.

Contempló el crepúsculo estival por la ventana. Ante sí se extendía un andén diminuto y torcido en cuyos márgenes medraban unos hierbajos que algún alma caritativa debía de haber considerado un amago de proyecto hortícola. También alcanzó a ver una máquina expendedora de chocolatinas vacía, oxidada y volcada cual víctima de una guerra robótica. A su lado, entre graznidos graves e indignados, un pollo asomaba la cabeza de una caja de cartón. Sin embargo, no percibió indicio alguno de vida humana y, en el horizonte crepuscular, no vislumbró nada mucho más cordial que una amplia extensión, al parecer infinita, de campos y bosques azulados.

Este panorama, que se le antojó árido y deprimente, le disgustó sobremanera. Pero lo único que podía hacer al respecto era quejarse... Así que se quejó un poco antes de abandonar el compartimento cargado con sus maletas. Aunque al principio creyó ser el único pasajero que se apeaba allí, pronto descubrió que se equivocaba, pues una joven rubia pulcramente vestida, de unos veinte años, salió de otro vagón y, tras echar una mirada indecisa a su alrededor, se dirigió a la salida. Justo antes de desaparecer, arrojó un cuadrado de cartón verde a una lata etiquetada con la palabra BILLETES. Fen dejó su equipaje allí mismo, en el andén, y la siguió.

Las puertas de la estación daban a una difusa franja de gravilla por la que no circulaba en ese momento ningún medio de transporte. Salvo por los pasos cada vez más lejanos de la joven, que ya había doblado la esquina, reinaba un silencio desolador. Fen regresó al andén en busca del jefe de estación, al que encontró sentado en su oficina, contemplando con expresión sombría una botella de cerveza sin abrir. El hombre alzó la vista con resignación para observar al motivo de la interrupción.

—¿Sería posible pedir un taxi? —preguntó Fen.

—¿Adónde se dirige, señor?

—A Sanford Angelorum. Me hospedo en The Fish Inn.

—Pues quizá esté de suerte... Veré lo que puedo hacer.

El hombre se levantó para ir hasta donde se encontraba el teléfono y empezó a

hablar, mientras Fen lo observaba desde el umbral. Entretanto, el tren en el que había llegado profirió un silbido asmático y empezó a retroceder. Poco después desapareció por donde había venido.

El jefe de estación acabó la conversación y volvió cansinamente a su silla.

—Todo arreglado, señor —dijo en un tono complacido, como una comadrona que anuncia que un parto complicado ha concluido con éxito—. El coche estará aquí dentro de diez minutos.

Después de que Fen le diese las gracias y un chelín, el hombre reanudó su absorta contemplación de la cerveza, de un modo que al profesor le llevó a pensar que tal vez hubiera renunciado al alcohol y ahora meditara con nostalgia sobre los placeres prohibidos.

Mientras tanto, el pollo había logrado sacar la cabeza por una abertura particularmente estrecha de la caja y no conseguía volverla a meter. El animal observaba con perplejidad un cartel electoral, ilustrado con una fotografía deslucida, que rezaba: «Votar Strode es votar prosperidad». Ya ni siquiera se oía el sonido del tren. Una bandada de grajos, manchas oscuras en el cielo gris, volaba hacia su nido para acostarse, y un murciélago revoloteaba atolondrado sobre las vías, persiguiendo su cena. Fen se sentó encima de una maleta y esperó. Ya se había terminado un cigarrillo y estaba a punto de encender otro cuando el ruido de un motor lo devolvió a la actividad. Cargado con su equipaje, regresó a las puertas de la estación.

Contra todo pronóstico, el taxi era nuevo y confortable, y el conductor también resultó ser particularmente atractivo: una joven delgada, morena y bonita, vestida con pantalón y jersey azules.

—Siento haberle hecho esperar. De vez en cuando me paso por aquí a esta hora por si alguien necesita un taxi, pero no suele apearse ningún viajero. Francamente, no vale la pena... Permítame que le ayude con las maletas.

Guardaron el equipaje en el maletero. Después de que Fen solicitara permiso para sentarse en el asiento delantero, que le fue concedido de inmediato, se pusieron en camino. Como nada en la creciente oscuridad del paisaje exterior le llamaba la atención, Fen se dedicó a contemplar a su acompañante. Admiró sus ojos verdes, su boca carnosa y el cabello lustroso que iluminaba la luz del salpicadero.

—No hay muchas jóvenes que ejerzan de taxistas, ¿verdad? —se aventuró a decir.

Ella apartó los ojos de la carretera durante un breve instante para observarlo detenidamente. Y vio a un hombre alto y esbelto de cara rubicunda, alegre y bien afeitada, cuyo cabello castaño se amotinaba en mechones rebeldes sobre la coronilla. Le gustaron especialmente sus ojos, que denotaban humanidad, comprensión y mucha picardía.

—Supongo que no. Pero no es una mala vida si una es la dueña de su propio coche, como en mi caso. Ha sido una buena inversión.

—¿Siempre se ha dedicado a esto?

—No. En realidad, pasé una temporada trabajando en la cadena Boots, en la sección

de préstamo de libros.<sup>[1]</sup> Pero aquello no me sentaba bien, a saber por qué... Me mareaba.

—Inevitable, diría yo, pues me temo que al final en Boots los libros dan más vueltas que un tiovivo.

De pronto, en mitad de la penumbra, apareció ante ellos un árbol caído que ocupaba parcialmente la carretera. La joven maldijo por lo bajo, frenó y lo esquivó con cuidado.

—Siempre se me olvida que ese condenado tronco sigue ahí. El temporal lo derribó y hace días que Shooter tendría que haberlo retirado. Es su árbol y, por tanto, su responsabilidad. Pero ese hombre es muy descuidado. —Volvió a acelerar y preguntó—: ¿Ha estado usted antes en esta parte del mundo?

—Nunca. Queda bastante lejos de cualquiera de los lugares que suelo frecuentar —respondió Fen con sequedad. Los paisajes bucólicos no eran de su agrado.

—¿Se alojará en The Fish Inn?

—Sí.

—Pues entonces quizá debería advertirle... —La chica se contuvo—. No, qué más da...

—¿Qué pasa? —preguntó Fen, inquieto—. ¿Qué iba a decir?

—No, nada... ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No acabo de creermelo del todo ese «nada».

—En cualquier caso, tampoco es que vaya a encontrar otro sitio en el que alojarse, por mucho que busque.

—Pero... ¿es que debería querer alojarme en otro sitio?

—Sí. No. Es decir, es un *pub* muy bonito, pero... ¡Maldición!, ya lo verá usted mismo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —repitió la taxista.

Y como resultaba evidente que no iba a conseguir sonsacarle nada más, Fen respondió a la pregunta.

—Hasta después de las elecciones.

—¿No será usted Gervase Fen?

—Pues sí.

La taxista lo observó con curiosidad.

—Claro, tendría que habérmelo figurado... —Después de una pausa, añadió—: Empieza algo tarde su campaña, ¿sabe? Solo falta una semana para las elecciones, y no he visto ni un folleto suyo ni un cartel ni nada de nada.

—Mi agente se está ocupando de eso.

La joven meditó esa respuesta en silencio.

—Oiga, usted es profesor en Oxford, ¿verdad?

—De lengua inglesa.

—¿Y por qué demonios...? ¿Por qué se presenta a las elecciones? ¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza?

Como a veces hasta el propio Fen desconocía los motivos de sus acciones, no se le ocurrió ninguna respuesta convincente.

—Quiero servir a la comunidad —declaró.

La taxista lo observó con desconfianza.

—Bueno, ese es uno de los motivos, al menos —corrigió Fen—. También empecé a sospechar que mis intereses se estaban volviendo demasiado limitados... ¿Se ha encargado usted alguna vez de publicar una edición definitiva de Langland?

—Por supuesto que no —repuso la taxista, ofendida.

—Pues yo sí, y acabo de terminarla. Y ha producido en mí un efecto psicológico de lo más extraño. Hasta empecé a preguntarme si no estaría enloqueciendo. Lo único que se me ocurrió entonces para remediarlo fue cambiar radicalmente de ocupación.

—Lo que significa que la política no le interesa en absoluto —dijo la joven con inesperada severidad.

—Bueno, yo tampoco diría eso —se defendió Fen—. Mi idea, si salgo elegido...

Pero ella negó con la cabeza.

—No saldrá elegido, ¿sabe?

—¿Por qué no?

—Aquí siempre han ganado los conservadores. No tiene absolutamente nada que hacer.

—Ya veremos.

—Puede que su participación en la campaña confunda un poco las cosas, pero al final no influirá en el resultado.

—Ya veremos.

—De hecho, tendrá suerte si no pierde su depósito... ¿En qué consiste su programa?

La seguridad de Fen flaqueó un poco.

—Hmmm, prosperidad —dijo vagamente— y exportaciones y libertad y cosas así. ¿Me votará?

—No puedo votar, soy demasiado joven. Pero estoy haciendo campaña a favor de los conservadores.

—¡Oh, vaya!

Guardaron silencio. Los árboles y los setos se asomaron fugazmente a la oscuridad y volvieron a desaparecer, como barridos por una mano gigantesca. Los faros iluminaron las florecillas que dormían junto a los setos mientras el aire de aquel maravilloso verano penetraba como una cálida marea por las ventanas abiertas. Entre frenéticos saltos de sus blancos rabitos, los conejos corrían a refugiarse en sus profundas y reconfortantes madrigueras. Y entonces la carretera comenzó a descender suavemente y, por primera vez, Fen vio las luces dispersas del pueblo...

De pronto, la joven giró el volante con brusquedad y pisó el freno. El coche redujo drásticamente la velocidad, impulsándolos hacia delante, luego derrapó y al final se detuvo. Fen y la joven taxista vislumbraron, a la luz de los faros, una forma humana.

Ambos la observaron con incredulidad, y la figura les devolvió una mirada no menos perturbada. A continuación agitó los brazos, soltó un sonido de lo más extravagante y corrió hacia el seto, que atravesó dificultosamente por una pequeña brecha. Poco

después, sangrando por los numerosos arañazos que le habían causado las ramas, la perdieron de vista.

—¿Estoy soñando? —preguntó Fen.

—No, claro que no... Yo también lo he visto.

—¿Un hombre? ¿Joven y bastante corpulento?

—Sí.

—¿Con quevedos?

—Sí.

—¿Y completamente desnudo?

—Sí.

—Me parece un poco raro —aventuró Fen, en un alarde de inusitada precaución.

La joven, que había permanecido hasta ese instante sumida en sus pensamientos, abandonó de repente la perplejidad inicial, pues, al parecer, había encontrado una explicación.

—¡Ya sé lo que era! ¡Un loco que se ha escapado del manicomio!

A Fen, aquella interpretación le resultó excesivamente convencional, y así se lo hizo saber.

—¡No, no se crea! —dijo la taxista—. Lo cierto es que hay un manicomio cerca de aquí, en Sanford Hall.

—También podría tratarse de alguien a quien le han robado la ropa mientras se daba un chapuzón.

—No encontrará ningún sitio para darse un chapuzón en las inmediaciones. Además, no he visto que ese hombre tuviese el pelo mojado. ¿Y a usted no le ha parecido un loco?

—Sí, la verdad es que eso es precisamente lo que parecía —reconoció Fen—. Supongo que debería salir tras él —añadió sin el menor entusiasmo.

—Me temo que a estas alturas ya estará muy lejos de aquí. Cuando lleguemos al pueblo se lo contaremos a Sly, el policía local. No podemos hacer nada más.

Algo preocupados por lo sucedido, reanudaron la marcha hacia Sanford Angelorum. El taxi se detuvo delante de The Fish Inn.

## CAPÍTULO 2

**A**rquitectónicamente hablando, The Fish Inn no tenía nada de especial. Se trataba de un simple cubo grande de piedra gris, horadado sistemáticamente por estrechas puertas y ventanas de aspecto miserable y rodeado de unos montículos misteriosos e indistinguibles de lo que quizá fuese material de construcción. Su cartel, visible gracias a la luz que se filtraba a través de las ventanas del bar, mostraba unas turbias profundidades subacuáticas pobladas de algas sinuosas. En el centro, una impasible criatura plateada de aspecto marino observaba de soslayo algo que ocurría fuera de los márgenes del rótulo.

Cuando el taxi se detuvo ante la puerta, oyeron el revuelo que procedía del interior, interrumpido periódicamente por una vibrante voz femenina.

—Presiento que están hablando del loco —dijo la joven—. Entraré con usted, puede que Sly esté en el *pub*.

El interior de la hostería era bastante más impresionante que el exterior. Se trataba de un único espacio, sin distinción entre mesas y reservados. Amplio y diáfano, ocupaba la mitad del largo y prácticamente todo el ancho del edificio. Las paredes estaban recubiertas de paneles de roble tallados con líneas verticales, que evidentemente procedían de un edificio más antiguo, y unas cortinas de cretona desvaídas, pero todavía alegres, cubrían las ventanas. Una pesada viga atravesaba el techo de lado a lado y unos cojines planos mitigaban, en parte, la incomodidad de los bancos y las sillas de roble. La decoración consistía básicamente en unos anodinos grabados de caza del siglo XIX en los que unos caballeros de aspecto abotagado montaban caballos escuálidos de una longitud fantástica. Encima de la chimenea, un óleo de un tamaño gigantesco presidía la estancia erigiéndose en atracción principal.

Se trataba de una marina con una estrecha franja de arena al fondo, por la cual algunos hombres vestidos con chubasqueros arrastraban lo que parecía un bote primitivo. A la izquierda, se distinguía un puerto con un espigón y, justo detrás, un cielo borrascoso que presagiaba la inminente llegada de un tornado. El resto del lienzo, que era de unas considerables dimensiones, lo ocupaba un mar embravecido salpicado de olas espumosas que surcaban varios veleros en diferentes direcciones.

Fen acabaría descubriendo poco tiempo después que aquella fogosa representación era una inagotable fuente de discusiones entre los parroquianos de la taberna. Ningún marino que se preciara de serlo habría defendido, ni por asomo, que aquella escena hubiese podido producirse sobre la faz de la tierra. Sin embargo, esa posibilidad jamás se le había pasado por la cabeza a ningún vecino de Sanford Angelorum: los del pueblo estaban convencidos de que si el artista lo había pintado así, sería porque así había

sucedido. Por tanto, para explicar lo que ocurría en el cuadro, echaban mano de formas de navegación descabelladas e inverosímiles, que, por lo general, expresaban además en términos del todo incomprensibles, tanto para los hablantes como para los oyentes... Pero, por descontado, el inglés medio admitirá su ignorancia en asuntos marítimos exactamente del mismo modo en que admite su ignorancia en asuntos de mujeres.

—No, no, ya te digo yo que esa goleta está orzando al socaire de la orilla.

—Y, entonces, ¿qué me dices del bergantín, eh? ¿Qué me dices del bergantín?

—Eso no es un bergantín, Fred. Eso es un queche.

—Pues no estaría todo aparejado si estaba orzando.

—A ver, si tomas esa dirección como el norte, eso significa que el viento es nor-noreste, ¿no?

—¿Y cómo explicas esa ola que rompe en el espigón?

—Se trata de una corriente.

—Una corriente, dice... ¡Pero qué bobadas se te ocurren, Bert! ¿Cómo puede una ola ser una corriente?

—Corriente... ¡Esa sí que es buena!

No obstante, la primera vez que Fen posó la vista sobre él, el cuadro en cuestión no gozaba de la atención de los parroquianos. Aquel desinterés se debía a la presencia de una anciana tocada con una peluca pelirroja, que, derrengada en una silla y entre sorbos de *brandy*, estaba relatando una historia de una forma bastante vehemente y algo imprecisa a un corro de oyentes.

—¿Asustada? —decía—. ¡Casi me muero allí mismo! Ese hombre, blanco como la leche y como Dios lo trajo al mundo, se había escondido detrás del tojo de la granja de Sweeting. Y justo cuando yo pasaba por allí, se me echó encima gritando: «¡Bu!». «¡Bu!».... ¡Ni más ni menos!

Al oírlo, un joven con pinta algo zafia soltó una risita.

—¿Y qué pasó después? —preguntó alguien.

—Traté de atizarle con el paraguas —respondió la anciana, golpeando el aire a modo de ilustración.

—¿Y acertó?

—No —admitió, a regañadientes, la anciana—. Se escapó corriendo, antes de que yo pudiese decir ni mu. ¡Cómo conseguí después llegar hasta aquí es algo que no sabré ni el mismo día del Juicio Final! Sí, muchas gracias, señora Herbert. Me tomaré otro.

—Sería un «exhibicionista» —propuso alguien—. A esos que van por ahí enseñando sus vergüenzas se les llama exhibicionistas.

Pero semejante información, aquejada de cierto esnobismo intelectual, no suscitó excesivo interés. Intervino entonces un hombre de mediana edad, nervioso, con pinta simplona y vestido con uniforme de la policía, que llevaba un cuaderno en la mano.

—Bien, supongo que todos sabemos de qué se trata. Debe de ser uno de esos locos, que se habrá escapado de allá arriba.

—Llevo diez años advirtiéndooos que esto acabaría pasando —declaró un anciano de

aspecto pesimista—. ¿No os lo he repetido una y otra vez?

El disgustado silencio con el que los parroquianos recibieron esta pregunta retórica no dejaba lugar a dudas respecto a que, efectivamente, el anciano lo había repetido sin cesar. Con la misma repugnancia debieron de mirar a Casandra tras la caída de Troya, pues no existe nada más irritante que una persona cuya obsesión, contra toda lógica, se acaba haciendo realidad.

El aficionado a la terminología psicológica afirmó:

—Tenemos que organizar una batida... ¡Eso es lo que hay que hacer! Seguro que ese loco es peligroso.

Pero el policía negó con un gesto.

—El doctor Boysenberry se ocupará del asunto. Lo llamaré ahora mismo, aunque sin duda él ya estará al corriente. —Carraspeó y, en voz más alta, anunció—: No hay motivo de alarma. ¡No hay ningún motivo de alarma!

Los clientes de la taberna, que no habían mostrado el menor indicio de dicha emoción, recibieron esta declaración con cierta apatía, con la única excepción de la anciana de la peluca, a la que el *brandy* había vuelto algo insolente:

—¡Ja! Muy típico de ti, Will Sly. Un avestruz, eso es lo que eres, siempre escondiendo la cabeza bajo el ala. ¡Que no hay motivo de alarma...! ¡No me digas! Si te hubiese atacado a ti, no irías por ahí diciendo que no hay motivo de alarma. Pero, claro, como he sido yo la que lo ha visto, blanco y desnudo como un espíritu maligno...

Sin embargo, su público, que no ansiaba escuchar una vez más la misma historia, empezó a dispersarse, volviendo a sus abandonados vasos y jarras. El viejo de aspecto pesimista siguió atosigando a los clientes con satisfechas repeticiones de sus dotes premonitorias. En voz baja y para un círculo exclusivamente masculino, el psicólogo comenzó un detallado y escabroso discurso sobre los hábitos de los «exhibicionistas». Y el agente Sly, de camino al teléfono de la hostería, reparó por primera vez en la joven taxista.

—Hola, señorita Diana —dijo con una sonrisa torpe—. Supongo que habrá oído lo que ha sucedido.

—Así es, Will. Y creo que puedo ayudarte.

Pasó a relatarle entonces su encuentro con el loco.

—Eso me resulta de lo más útil, señorita Diana. ¿Y dice que se dirigía a Sanford Condoover?

—Por lo que yo vi, sí.

—Informaré al doctor Boysenberry. —Sly se volvió hacia la mujer que se encontraba detrás de la barra—. ¿Puedo llamar por teléfono, Myra?

—Puedes, querido, siempre y cuando metas dos peniques en la caja —respondió Myra Herbert, una vivaz y atractiva *cockney* de unos treinta y cinco años, morena, de boca picara y sensual, y unos ojos verdes algo extraños pero preciosos.

—Llamada oficial —declaró Sly con arrogancia.

Myra esbozó una mueca de disgusto.

—¡Tú y tus puñeteras llamadas oficiales! ¡Por Dios!

Sly no le prestó la menor atención y se encaminó directamente al teléfono. En aquel preciso instante, la primera víctima del loco, de pronto consciente de la inminente partida del policía, despertó de su letargo para preguntar:

—¿Y qué pasa conmigo, Will Sly?

—¿Y qué pasa con usted, señora Hennesy? —repuso Sly, cada vez más molesto.

—¡Supongo que no permitirás que vuelva sola a casa!

—Ya le he explicado, señora Hennesy —dijo Sly, digno pero a la vez mostrando su irritación—, que no hay motivo de alarma.

La señora Hennesy soltó una carcajada teatral.

—¡Escúchelo! —le dijo a Fen, que contemplaba fascinado a sus potenciales votantes—. ¡Escuche a don Sly Sabelotodo! —De pronto, su tono se volvió amenazador—. Si por ti fuese, Will Sly, ya me habrían asesinado en la puerta de mi propia casa. ¿Dónde estabas entonces, eh? Dímelo. ¿Y por qué mi marido paga sus impuestos? Eso es lo que me pregunto. Tengo derecho a que me protejan, ¿no? Los contribuyentes tenemos derecho...

—Oiga, señora Hennesy... En estos momentos, debo cumplir con mi deber.

—¡Deber! —repitió la señora Hennesy con sorna. Luego volvió a dirigirse a Fen, esta vez como si le hiciese partícipe de una valiosa confidencia—: ¡Ahora dice que tiene que cumplir con su deber! ¡Pero si no haces nada, Will Sly! ¿Y esa vez que le robaron las manzanas a Alf Braddock? ¿Eh? ¿Qué me dices de eso? ¡Deber! ¡Ja!

—Sí, deber —dijo Sly, muy ofendido por aquel golpe bajo—. Y, es más, si alguna vez la sorprendo intentando comprar Guinness fuera del horario permitido...

Diana interrumpió aquellas indiscreciones.

—No te preocupes, Will. Yo acompañaré a la señora Hennesy a casa. Me pilla de camino.

La oferta restableció la paz y la apariencia de cordialidad. Sly se dirigió al teléfono. Myra anunció que era hora de cerrar. La clientela apuró sus copas a regañadientes y se marchó, mientras Diana soportaba con paciencia angelical una nueva versión, más colorista, de la aventura de la señora Hennesy.

Fen se presentó a Myra y, tras firmar el registro, ella le mostró su habitación, confortable y limpiísima. Después, pidió —y se le concedió y dio buena cuenta de ellos— cerveza, café y bocadillos.

—Me gustaría dormir hasta las diez de la mañana —dijo.

Para su asombro, Myra reaccionó con una risa alegre, que tuvo que contener para responderle:

—Estupendo, querido. ¡Buenas noches!

A continuación, salió con movimientos garbosos de la habitación, dejando a Fen sumido en sombrías reflexiones sobre los posibles motivos de aquella inesperada reacción.

Aquella noche le reservaba un curioso incidente más. En su camino hacia el baño reparó en alguien que le resultaba vagamente familiar: un hombre delgado y pelirrojo

vestido con una bata que tendría su misma edad y que desapareció rápidamente en el interior de una de las habitaciones. Fen intentó recordar dónde lo había visto antes; ya en la cama, le dio muchas vueltas al asunto, pero la falta de inspiración hizo que se rindiera demasiado pronto. Cuando el reloj de la iglesia dio las doce, ya estaba profundamente dormido.

## CAPÍTULO 3

**A**l cabo de lo que le parecieron unos diez minutos, un espantoso martilleo procedente de la planta baja lo despertó.

Aún aturdido, buscó a tientas su reloj, enfocó la vista en la esfera y comprobó que eran solo las siete de la mañana. Fen observó con disgusto el sol que brillaba al otro lado de las ventanas. Como no era de naturaleza madrugadora, la exuberancia del incipiente día no le fascinó en absoluto.

Entretanto, el ruido de la planta baja iba aumentando en volumen y en variedad, como si a cada momento llegasen nuevos reclutas. La aturdida mente de Fen comprendió al fin que aquella debía de ser la razón tanto de la enigmática advertencia de Diana como de la irrefrenable hilaridad que había mostrado Myra la noche anterior, cuando él le había informado, inocentemente, de sus intenciones de dormir hasta las diez.

Y soltó un gemido de desesperación, que actuó como una especie de pistoletazo de salida.

Justo en ese momento llamaron a la puerta, y en respuesta a un graznido que sonó parecido a un «adelante», una joven de una belleza tan superlativa que Fen empezó a preguntarse si no estaría soñando entró en la habitación.

Se trataba de una rubia platino natural, de rasgos inmaculados. Su figura era la quintaesencia de una modelo de revista. Además, la placidez espontánea y nada provocativa de sus movimientos dejaba constancia, por increíble que resultara, de que no era en absoluto consciente de su perfección.

Con una sonrisa radiante, la joven depositó una bandeja con un servicio de té en la mesita de noche. Acto seguido, salió de la habitación y regresó con los zapatos de Fen perfectamente lustrados. Tras dedicarle una segunda sonrisa, se esfumó, como en una escena de cuento, aunque Fen no consiguió imaginarse a ninguna princesa capaz de ofrecer a su amado semejantes dichas nupciales.

Algo desconcertado, encendió su cigarrillo matinal. La sensación familiar y a la vez desagradable que acompañaba el acto de fumar consiguió que se restableciera en él algo similar a la normalidad. Se tomó el té mientras meditaba sobre el incesante martilleo. Pero, de repente, un ruido que sonó como si acabara de desplomarse un andamio gigantesco interrumpió sus cavilaciones.

Alarmado, se levantó apresuradamente, y después de asearse y afeitarse, se vistió y bajó la escalera.

En la hostería, todos estaban ya levantados; algo inevitable, por otro lado, salvo en el caso de que uno estuviera profundamente drogado. Encontró a Myra Herbert en el patio, contemplando a un cerdo pequeño, grisáceo y feúcho que parecía estar meditando sobre

cuáles iban a ser sus planes para aquel día.

—Buenos días, querido —saludó Myra, animada—. ¿Ha dormido bien?

—Hasta cierto punto —respondió Fen con reservas.

Myra señaló el cerdo.

—¿Alguna vez ha visto algo así?

—Pues... Ahora que lo dice, creo que no.

—Me han timado —declaró Myra, y el cerdo asintió, como si le diese la razón—. Un cerdito debería ser bonito y rosado, ya sabe usted, y tener un aspecto alegre. Pero este... ¡Dios mío! No hace otra cosa que comer y no engorda ni un gramo...

Fen y la muchacha comenzaron a elucubrar teorías sobre el curioso fenómeno. Un campesino que pasaba por allí se unió a la charla.

—No hay manera de que engorde, ¿eh?

—¿Qué crees que le pasa, Alf?

Después de unos instantes de reflexión, el jornalero dijo al fin:

—Es un cerdo tarado.

—¿Qué?

—Tarado. Pierdes el tiempo intentando que engorde. Se quedará tal y como está para siempre. Será mejor que lo vendas en cuanto tengas la oportunidad.

—¡Soy dueña de un cerdo tarado! —repitió Myra, disgustada—. Una idea encantadora para empezar el día.

Después de que el campesino se fuera, Myra, mirando al cerdo, prosiguió:

—En su favor, debo decir que el pobre animal es muy cariñoso.

Entraron en la hostería. Myra sugirió que quizá Fen quisiera desayunar, y él no pudo estar más de acuerdo.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —preguntó, refiriéndose al ruido.

—Reformas, querido... Estamos reformando el interior.

—¡Si los obreros nunca empiezan a trabajar tan temprano!

—Es que no son obreros —dijo enigmáticamente Myra, dirigiéndose a una puerta de la planta baja en la que Fen no había reparado hasta entonces.

El estruendo procedía justo de lo que se ocultaba tras ella.

—Eche un vistazo —le invitó Myra.

Al otro lado de la puerta, difuminadas por una densa nube de polvo de yeso, unas figuras apenas perceptibles estaban consagradas, al parecer, a un proceso de destrucción masiva e indiscriminada. De pronto, un hombre cubierto de polvo blanco, que parecía la víctima de una escalofriante payasada, se plantó ante ellos.

—¡Buenos días, Myra! —saludó el hombre con una cordialidad apabullante—. ¿Todo bien?

—Sí, señor —respondió Myra en un tono afable y respetuoso—. Este caballero, que se hospeda aquí, se preguntaba qué estaba pasando.

—Buenos días, señor... Espero que no le hayamos despertado demasiado temprano.

—¡Qué va! —respondió Fen sin la menor cordialidad.

—¡Desde que me despierto a las seis de la mañana, me encuentro mucho mejor! — aseguró el hombre, con más determinación que convicción—. Siempre he dicho que madrugar es una incomparable fuente de salud.

Pero en ese momento un violento ataque de tos interrumpió sus palabras. La cara se le puso primero roja y luego azul.

Fen procedió a darle unos golpecitos profilácticos entre los omóplatos.

—¡Bien, el deber me llama! —dijo el hombre en cuanto se recuperó un poco—. Permita que le diga, señor, que cuando se desea algo, no hay nada como hacerlo uno mismo... —Alguien le golpeó de refilón con un pico pequeño—. ¡Ten cuidado, maldita sea! ¡Eso duele!

Dicho esto, se apartó para seguir protestando a sus anchas. Fen y Myra cerraron la puerta y siguieron su camino.

—¿Quién era? —preguntó Fen.

—El señor Beaver. Es el dueño de la taberna... Yo solo me encargo de gestionarla. En realidad, él se dedica al comercio de telas al por mayor.

—Comprendo.

—Ahora, desayune, querido. Ya se lo explicaré todo después.

A continuación, lo condujo a una pequeña habitación donde había una mesa con tres servicios. Fen aceptó, sin disimular su entusiasmo, los huevos, el beicon y el café que le sirvió Myra.

Cuando ya había dado buena cuenta de ellos y se disponía a iniciar la fase de la mermelada, la puerta se abrió y ante el umbral apareció la joven rubia que se había apeado del mismo tren que él.

La observó con discreción mientras ella se sentaba a la mesa. Aunque no tenía el encanto espontáneo de Diana ni la vivacidad de Myra ni el esplendor cinematográfico de la rubia que le había subido el té, aquella joven era bonita a su manera, tímida y callada. Sus rasgos insinuaban dos orígenes distintos. La nariz, por ejemplo, era claramente patricia, mientras que la gran boca, por el contrario, denotaba cierta vulgaridad. Bajo unas cejas arrogantes se escondían unos ojos más bien tímidos. En un arrebato de sombría imaginación que solo la temprana hora del día podía excusar, a Fen se le ocurrió la idea de que si un rey se desposara con una cortesana tendrían una hija muy parecida a aquella.

También le dio la sensación de que la muchacha se encontraba algo inquieta, como si se dispusiera a enfrentarse a una experiencia nueva y difícil, de desenlace incierto. Su ropa lo confirmaba: a pesar de vestir prendas de calidad elegidas con un indudable buen gusto, algo en su forma de llevarlas sugería que eran las mejores que tenía, que no siempre podía permitirse vestir así, y que se las había puesto —sí, ¡eso era!— con la esperanza de causar una buena impresión.

«¿A quién?», se preguntó Fen. Tal vez con la intención de conseguir un empleo. Una posible entrevista de trabajo constituiría una explicación más que plausible de su nerviosismo...

Pero no podía ser eso... De algún modo, Fen intuía que la joven se preparaba para un asunto de una naturaleza más apremiante e íntima.

Hablaron un poco, y solo de temas convencionales. Fen le preguntó si estaba al corriente de la huida del loco y, al descubrir que no, le relató lo ocurrido. No obstante, las respuestas de la joven, aunque educadas e inteligentes, le demostraron que estaba demasiado preocupada por otros asuntos para interesarse en el tema.

Fen notó que la muchacha lo miraba fijamente mientras él hablaba, como si intentara evaluar su carácter mediante los matices de sus expresiones. La forma de hablar de ella, que tenía un leve acento extranjero que no logró identificar, le daba pie a elaborar aún más conjeturas. No le pareció que fuese alemana ni italiana ni francesa ni holandesa ni española; tampoco pudo encontrar en sus palabras indicios dialectales que explicasen aquel extraño efecto. Finalmente, llegó a la conclusión de que, aunque pronunciaba las vocales de una forma limpia y precisa, mostraba una leve tendencia a confundir y a desdibujar los integrantes individuales de cada grupo de consonantes —labiales, guturales y sibilantes—, de modo que la «p» no se distinguía claramente de la «b», ni la «c» de la «g».

Cuando Fen descubrió que era incapaz de encontrarle una explicación, una nubecilla de mal humor se cernió sobre él.

Apuró el café y miró su reloj: las ocho y media. Dentro de tres horas tenía que reunirse con su secretario electoral, pero hasta entonces podía hacer lo que le viniese en gana. Como el tumulto provocado por las reformas convertía The Fish Inn en un lugar inhabitable, decidió salir al soleado exterior para realizar una primera evaluación directa de su electorado. Y, por tanto, se despidió de la joven, sospechando —no sin rencor— que ella no lamentaba demasiado librarse de él.

Ya en la puerta, se encontró con Myra y le preguntó por el loco.

—Aún no lo han atrapado, querido, aunque los del manicomio se han pasado toda la noche buscándolo.

—Entonces han confirmado que se trata de un loco...

—Sí, eso seguro. Al principio, yo misma no me lo acababa de creer. La señora Hennesy es la típica vieja tocada del ala que bien puede tener... fantasías sexuales, o como se llamen, de hombres desnudos que la atacan en la oscuridad.

—Pero yo también lo vi —señaló Fen.

La expresión de Myra sugirió que solo por pura educación no le había atribuido fantasías sexuales también a él.

—Bueno, pues resulta que se trata de un chalado de carne y hueso. Ellos aseguran que no es peligroso, pero, claro, aunque fuese un homicida tampoco lo dirían por miedo a que cundiese el pánico. En cuanto a los locos, si su conducta pudiera predecirse, no los consideraríamos locos, creo yo.

Tras este sombrío pronóstico, informó a Fen de que la taberna abriría a las once y se marchó.

También él estaba a punto de salir cuando reparó en el registro de la hostería, que se

encontraba sobre la mesa, casi junto a su codo. Al abrirlo, descubrió que la chica con quien había desayunado se llamaba Jane Persimmons, que era británica y que vivía en Nottingham. Entonces cayó en la cuenta de que el libro le podría proporcionar asimismo información sobre el hombre que había entrevistado la noche anterior y que le había resultado familiar.

Así que pasó la página y examinó con interés la entrada que precedía a la suya, donde se podía leer lo siguiente: «Mayor Rawdon Crawley, británico, 201 Curzon Street, Londres».

—Vaya con el nombrecito... —murmuró Fen para sí—. O bien no le importa en absoluto que se sepa que su identidad es falsa, o bien cree que por aquí nadie ha leído a Thackeray. En fin, tampoco es asunto mío, supongo.

Tras comprobar que el supuesto Crawley había llegado al pueblo tan solo dos días antes que él, cerró el registro y salió al patio de la hostería.

El cielo estaba despejado, pero un breve chaparrón nocturno había reducido el polvo acumulado durante semanas de sequía y había teñido la hierba, las hojas y los setos de un verde más fresco e intenso. El cerdo tarado comía patatas haciendo un ruido tremendo. Fen atravesó el patio y salió a la calle principal.

Como antes de partir hacia aquel recóndito lugar había estudiado numerosos mapas de la zona, no tuvo problema en orientarse con relativa facilidad. El distrito estaba compuesto por una aglomeración de Sanfords presididos por la propiedad de Sanford Hall, que se alzaba, aislada, en uno de los escasos promontorios de aquel campo tan llano. Unos fértiles pastos, salpicados de manchas de cebada que los indignados campesinos se habían visto obligados a plantar por un decreto erróneo del Ministerio de Agricultura, se extendían ininterrumpidamente hasta alcanzar las colinas de Marlock. A unos treinta kilómetros de su nacimiento, el río Spoor, célebre por su aversión a los peces, serpenteaba plácidamente entre sauces y alisos. Un afluente pequeño e imprevisible, propenso a secarse, que bajaba desde un lago hasta las tierras de Sanford Hall, descargaba sus aguas en él.

Sanford Morvel se erigía como la población principal. Lo único que la destacaba de las demás era que en sus calles se instalaba el mercado para los granjeros de los alrededores, una existencia en cierto modo parásita que le proporcionaba un aire entre inseguro y fanfarrón. A unos seis kilómetros al sudeste, se encontraba Sanford Condover, que, más que un pueblo como tal, consistía en un conjunto arbitrario de pequeñas granjas unidas deslavazadamente por algunas casas de campo, una capilla baptista y un antiestético *pub*. Y a tan solo diez kilómetros, en dirección sur, se encontraba Sanford Angelorum.

Un ramal de la línea ferroviaria del oeste se prolongaba a duras penas hasta Sanford Morvel, y otro ramal, más pequeño aún, llegaba —más a duras penas, si cabe, y efectuando una breve parada en el apeadero, prácticamente en desuso, de Sanford Condover— hasta unos tres kilómetros al norte de Sanford Angelorum, donde se interrumpía sin más. En plena fiebre industrial del siglo XIX, la compañía ferroviaria

había extendido sus vías hasta aquella población, dando por sentado que el entonces lord Sanford les permitiría proseguir hasta el pueblo. Sin embargo, tal suposición demostró ser falsa, pues aquel lord Sanford en cuestión era un reconocido discípulo de William Morris y aborrecía los trenes con toda su alma. En consecuencia, la estación en la que Fen se había apeado se ubicaba, inútil y aislada, en un paraje desde el que no se atisbaba vivienda alguna, y aunque las leyes actuales permitían a la compañía completar su proyecto original, ya hacía tiempo que los magnates del ferrocarril habían perdido todo interés en el asunto.

Lo más lógico habría sido que Fen estableciese su cuartel general en Sanford Morvel, que era la población más céntrica, pero la despreocupación y el retraso con los que se había producido su incursión en el ruedo político le impidieron encontrar allí una sala de reuniones o incluso, debido a la escasez de alojamiento, una simple habitación. Finalmente, no le había quedado más remedio que elegir como centro de operaciones entre Sanford Angelorum y Peek, una especie de suburbio situado a unos veinte kilómetros de Sanford Morvel. El conjunto de feas y grises casas adosadas que conformaban el actual Peek había comenzado a construirse a mediados del siglo XIX, cuando se descubrió en las inmediaciones una prometedora veta de carbón. Al cabo de unos veinte años, cuando dicha veta, que, para irritación de los inversores, resultó ser diminuta, se agotó, la comunidad minera abandonó la zona y los elementos más disolutos del lugar se hicieron con el control del pueblo, que, ya sin razón de ser, decayó con asombrosa rapidez.

Bien informado al respecto, Fen sabía que Peek no se adecuaba en absoluto a sus propósitos. Y en aquellos instantes, mientras contemplaba Sanford Angelorum bajo la limpia luz estival, se alegró de haberse decidido por aquel pueblo sencillo y encantador.

No exento de admiración, fue deteniéndose y estudiando sus peculiaridades mientras recorría la calle principal en la dirección opuesta a la estación ferroviaria. Como es habitual, el pueblo se arracimaba alrededor de la iglesia, un ejemplo bastante pasable de gótico decorado cuyos detalles ornamentales, tallados en arenisca, se habían erosionado debido a su exposición a la intemperie. A su lado se encontraba la rectoría, una edificación bastante grande que claramente se había construido en una época más opulenta, en la que los índices de natalidad superaban con creces a los de la época actual. En su camino se topó también con un par de tiendas, un parque donde se alzaba un monumento a los caídos, una hilera de encantadoras casitas del siglo XVIII y la obstinadamente victoriana The Fish Inn.

Junto a la cerca de una de las casas, Fen distinguió a Diana, que mantenía una conversación en apariencia muy seria con un joven vestido con un andrajoso traje de *tweed*. Ella lo saludó de lejos, pero la charla en la que estaba sumida se le antojó a Fen tan apasionante que no se atrevió a interrumpirla.

No tardó mucho en alcanzar el final del pueblo, el lugar donde sospechaba que se habría producido el incidente de la señora Hennesy la noche anterior. Resistiendo la tentación de ponerse a buscar pistas, Fen pasó de largo y llegó a una encrucijada en

miniatura con una señal que a su absoluta ilegibilidad añadía el defecto, más grave si cabe, de no indicar ninguna dirección.

Tras algunas vacilaciones, se decidió por el camino de la izquierda.

Era pleno verano. El escaramujo maduraba en los setos y los campesinos segaban la cebada salpicada de amapolas escarlata. Las mariposas de manto bicolor revoloteaban, frágiles como vilanos, en el cálido aire. Las telarañas envolvían ramas y hojas. A lo lejos, la calima estival no impedía que una línea de humo blanco permitiese seguir con la mirada el avance de un tren que se desplazaba en la lejanía.

Fen echó a andar a buen paso. El campo, un hábitat que no solía entusiasmarle, le resultaba especialmente fascinante en aquellos instantes.

Pero no había avanzado ni cien metros cuando un sorprendente espectáculo hizo que se detuviera bruscamente.

## CAPÍTULO 4

**A**cababa de llegar a la puerta de un cercado de setos de espino que acotaba un campo amplio e irregular en cuyo centro destacaba una laguna de aspecto turbio, muy mermada por la falta de lluvia. Un pato de blanco plumaje, deslucido en parte por el verdín que se le había quedado adherido al vientre, caminaba renqueando por sus orillas.

Pero no fue aquello lo que llamó la atención de Fen, sino el hombre que justo entonces se internaba en el campo por un boquete de la cerca, en el extremo que se encontraba más alejado de donde él se hallaba.

Se trataba de un tipo de mediana edad bajo y robusto con pinta agobiada. Iba vestido con un chaquetón marinero del revés, unos pantalones de color violeta claro con los bajos embutidos en unas botas de agua y unos guantes. Se movía furtivamente y caminaba agachado, como si estuviera tratando de despistar a unos supuestos perseguidores.

Sin embargo, cuando alcanzó la orilla de la laguna, se enderezó y, tras echar un rápido vistazo a su alrededor, se sacó del bolsillo del chaquetón un antiguo revólver militar, que parecía llevar atado a los tirantes con una cuerda, y apuntó a un arbolillo marchito que crecía junto al seto.

—¡Bang! —exclamó—. ¡Bang, bang, bang!

Una expresión satisfecha se dibujó en su cara. De pronto se volvió y arrojó el revólver, todavía atado a la cuerda, al centro de la laguna. Después de unos segundos, lo sacó como si fuera un pez atado a un sedal, desató la cuerda tanto del revólver como de los tirantes, la envolvió en un papel de periódico que se guardó en el bolsillo y, dejando el arma sobre el suelo, corrió hacia un arbolillo. Una vez allí, se dedicó a empaquetar con suma dificultad un bulto imaginario, que se echó al hombro antes de avanzar, tambaleándose, en dirección a Fen. El pato, que se había cruzado en su camino, lo observó un instante antes de alejarse volando, entre graznidos enojados, cual hoja arrastrada por una borrasca de otoño.

El hombre, que evidentemente no se había percatado de la presencia de Fen, caminó tambaleándose hasta la puerta del cercado, depositó su carga invisible en el suelo con un suspiro de alivio, se quitó el chaquetón y se sacó del bolsillo la cuerda envuelta en periódico. Acto seguido, volvió del derecho el chaquetón con suma delicadeza y, con mucho esfuerzo y aspavientos, empezó a ponérselo a lo que fuera que imaginaba que yacía a sus pies.

De pronto, asaltado por la intuición de que no estaba solo, alzó la vista y se encontró con la mirada fascinada de Fen.

El desconocido se incorporó despacio y soltó un prolongado bufido de consternación.

—¡Aaaaaah!

Tras examinarse el uno al otro detenidamente, el hombre, recuperando la capacidad de habla, declaró:

—No estoy loco.

Esta desalentadora táctica conmovió a Fen, que respondió con amabilidad:

—Por supuesto que no.

El hombre se puso frenético.

—¡No estoy loco, de veras!

—Y yo le creo. No piense que lo digo para seguirle la corriente.

—Verá, como el loco anda suelto, temía que usted, al ser forastero, imaginase... — explicó nerviosamente el desconocido.

—No, no se preocupe... No se me ha pasado por la cabeza en ningún momento... Aunque sospecho que por estos parajes no abundan escritores de novelas policíacas tan escrupulosos como usted.

El hombre, que parecía haberse relajado con estas palabras, se enjugó la frente con un pañuelo de vivos colores. Luego recogió el chaquetón marinero del suelo y se lo puso.

—Nuestros argumentos son necesariamente improbables, pero hay que asegurarse de que no resulten imposibles —declaró con tono didáctico. Pronunciaba de una forma remilgada y afectada—. Salvo el asesinato, siempre trato de poner en práctica cada uno de los detalles de mis novelas antes de dejarlos por escrito... La ingente cantidad de errores y dificultades que salen a la luz durante el proceso le sorprenderían...

Fen se puso cómodo, apoyando un codo en el listón superior del cercado.

—Y, claro está, hasta cierto punto eso le permite penetrar en la mente del asesino.

La cara del hombre mostró una expresión de leve repugnancia.

—¡No, ni hablar! —El tema le resultaba doloroso en extremo. Fen no pudo evitar pensar que había cometido una indiscreción—. La verdad es que no me interesa en absoluto la mente del asesino, ni la de nadie en general. Considero que la caracterización de los personajes es un elemento sobrevalorado de la ficción. No veo la necesidad de detenerse en ella en las novelas si uno no lo desea. Limita bastante la forma.

Sin especial convicción, Fen coincidió en que así era, sobre todo en lo que se refería al género policíaco.

—Ha de saber que soy un gran aficionado a la literatura policíaca, así que quizá conozca alguna de sus novelas... ¿Le importaría decirme su nombre?

—Judd —repuso el hombre—. Me llamo Judd, pero escribo... —Vaciló, algo avergonzado— bajo el seudónimo de «Anette de la Tour».

—¡Sí, claro! —Fen recordó que los libros de Anette de la Tour eran enrevesados, escabrosos y espléndidamente melodramáticos. Y, sin duda, no hacían concesiones al Baal de la caracterización—. Su obra me complace sobremanera, señor Judd.

—¿De veras? ¿En serio? —preguntó el señor Judd, embargado por una inocente

emoción que hizo que sus ojos centellearan—. Llevo veinte años escribiendo y jamás me habían dicho nada igual. Mi querido amigo, se lo agradezco muchísimo... Más aún cuando el halago proviene, como es evidente, de un hombre cultivado.

Después de este vergonzoso *quid pro quo*, Judd guardó un silencio expectante y Fen, intuyendo que le había llegado el turno de presentarse, le dijo su nombre. El señor Judd batió palmas, entusiasmado.

—Pero ¡eso es espléndido! ¡He seguido todos sus casos! Tenemos que quedar para charlar largo y tendido. Largo y tendido, en efecto... ¿Se aloja usted aquí?

—Sí.

—¿Y pretende quedarse mucho tiempo?

—Al menos hasta después de las elecciones. Me presento como diputado.

—¿Se presenta? —repitió, perplejo—. ¿Como diputado?

—Es mi deseo servir a la comunidad.

Ante semejante revelación, el señor Judd se mostró más crédulo, o bien más cortés, de lo que había sido Diana.

—Muy encomiable —murmuró—. A decir verdad, casi me había olvidado de las elecciones... ¿Y por qué partido se presenta?

—Me presento de forma independiente.

—En ese caso, cuente con mi voto —afirmó el señor Judd, anticipándose por poco al primitivo intento de proselitismo por parte de Fen—. Y si tuviese cincuenta votos, ¡le votaría cincuenta veces! —añadió con un alarde de lirismo—. Dígame, ¿cuál de mis libros le parece el mejor?

Fen le dio vueltas al asunto. No trataba de recordar cuál de las novelas del señor Judd le parecía la mejor, sino más bien averiguar cuál sería la favorita del autor.

—*El hueso aullador* —dijo por fin.

—¡Admirable! —exclamó el señor Judd, y a Fen le complació haber acertado en su diagnóstico—. Cuánto me alegra que le guste precisamente ese... Los críticos siempre lo han tratado con cierta inquina, cuando yo siempre lo he considerado lo mejor que he escrito. La verdad es que los críticos siempre les han reprochado a mis libros que carecen de «psicología», pero con este en concreto se mostraron particularmente despiadados... Es usted de lo más perspicaz, profesor Fen, de lo más perspicaz... Pero, bueno, no perdamos el tiempo hablando de mis tonterías —concluyó con hipocresía—. ¿Adónde se dirigía?

Fen echó un vistazo al reloj.

—Creo que ya es hora de que regrese al pueblo.

—¡Qué lástima! Yo voy justo en dirección opuesta... De lo contrario podríamos haber paseado juntos mientras comentábamos mis libros —dijo Judd con suma ingenuidad—. Pero tiene que venir a almorzar conmigo... ¡Mi casa se encuentra solo a medio kilómetro de aquí! ¿Qué le parecería hoy mismo?

—Mucho me temo que esta semana estaré muy ocupado —respondió Fen, ante lo cual el señor Judd reaccionó con una decepción tan manifiesta y conmovedora que se vio

obligado a añadir—: Pero seguro que puedo hacerle un hueco.

—¿Inténtelo, por favor! —imploró el señor Judd—. Inténtelo... Mi teléfono es Sanford 13. No dude en llamarme a cualquier hora. ¿Dónde se hospeda?

—En The Fish Inn.

Aquellas palabras produjeron un cambio evidente en la actitud del señor Judd. Una nueva luz apareció en sus ojos; una luz que Fen no pudo sino asociar con la más grotesca y desvergonzada mirada de los sátiros que poblaban los bosques clásicos.

—The Fish Inn... —repitió en tono reverencial—. Dígame, ¿ha conocido ya a esa hermosa joven?

—¿La rubia?

—La rubia.

—Bueno, sí... Me ha llevado el té a la habitación esta mañana...

—Ella le ha llevado el té... —repitió Judd, invistiendo aquella prosaica afirmación con todo el *glamour* de un rito fálico—. ¿Y llevaba ese vestido azul pastel?

—Pues no lo recuerdo... Creo que llevaba algo ceñido...

—Ceñido... —volvió a repetir el señor Judd con veneración. Miró a Fen como si acabara de encender una hoguera con billetes de curso legal—. Es la joven más hermosa que he visto jamás... ¿Cree que se habrá leído mis libros? Nunca me he atrevido a preguntárselo.

—No sé si será lo suficientemente inteligente para leer esa clase de libros.

—Tal vez sea lo mejor, porque puede que no le gustasen —suspiró el señor Judd, y cambió de tema con evidente desgana—. En fin, no le entretengo más.

—No olvide el revólver —dijo Fen.

—No, mejor que no, porque he de confesarle que no tengo licencia de armas.

—Por cierto, ¿por qué lo ha arrojado al río para volverlo a sacar más tarde?

—El asesino quiere que parezca que lo dejó allí a la hora del crimen y que, por miedo a que lo encontraran, decidió recuperarlo mucho después. El detective, por supuesto, descubre algo muy distinto.

—Pero ¿por qué querría el asesino dar esa impresión?

El señor Judd se mostró evasivo.

—Creo que será mejor que lea el libro cuando se publique. Le enviaré un ejemplar... Se habrá percatado también de lo del chaquetón, desde luego. Pertenece a la víctima, y el asesino decide llevarlo del revés para que al trasladar el cadáver las manchas de sangre queden donde deberían, por dentro.

—Sí, eso lo he captado.

—Es usted un hombre muy perspicaz. Bien, ya me dirá cuándo le viene bien hacerme una visita... Lo esperaré con impaciencia. En Sanford Angelorum no hay nadie inteligente con quien hablar, salvo el rector, y sus intereses se limitan a la teología, las aves y la jardinería, temas sobre los que posee una información tediosamente exhaustiva, así que no me queda más remedio que llevar una vida solitaria... Sí, por favor, venga a almorzar... Me interesa escuchar sus comentarios sobre mis libros... Sí, en fin... ¡Hasta

pronto!

—Adiós —dijo Fen, estrechándole la mano—. Ha sido un placer conocerle, y espero no haber interrumpido su demostración.

—En absoluto. Lo único que me quedaba por hacer era llevar el cadáver al pueblo y colocarlo sobre el monumento a los caídos... En fin, espero verle pronto.

## CAPÍTULO 5

Se separaron con suma cordialidad, el señor Judd para recuperar su revólver y Fen para regresar al pueblo. Este último lamentó perderse el traslado de un cadáver imaginario al monumento a los caídos y se preguntó qué motivos tendría el asesino para llevar a cabo un acto tan público como laborioso.

Cuando estaba llegando al punto que había sido identificado provisionalmente como la «granja de Sweeting», y ya había elaborado una rebuscada y compleja teoría sobre el asesino del señor Judd (que incluía a un familiar de Harlingen que se dedicaba al cultivo de tulipanes), vio que el supuesto Crawley se acercaba hacia él a paso lento y meditabundo. Iba vestido con gorro y bombachos de *tweed*, y llevaba en la mano una caña agarrada de un modo que demostraba un completo desconocimiento de los rudimentos de la pesca.

A Fen le asaltó la impresión de que ya había visto o conocido a aquel hombre en otro contexto. Así que decidió acercársele para resolver, si era posible, aquella cuestión.

Pero resultó ser demasiado optimista al respecto. El hombre observó el avance decidido de Fen, miró apresuradamente a su alrededor y, sin perder un minuto, saltó por encima de una cerca para alejarse después a buen paso.

Desconcertado al descubrir que lo evitaban de una forma tan incuestionable, Fen se detuvo. Y cuando reanudó la marcha, lo hizo de peor humor. Puede que el tal Crawley fuese una de esas personas no muy apreciadas por la ley con las que, por otro lado, Fen estaba más que acostumbrado a relacionarse. Si ese era el caso, él tenía la responsabilidad de evitar cualquier delito que estuviera planeando, aunque tampoco podía afirmar que aquel hombre estuviese planeando cometer delito alguno.

Registró el variopinto desván de su cabeza con la esperanza de resolver el enigma de su identidad, en vano. Seguía registrándolo, todavía en vano, cuando llegó a la hostería.

El paseo se había prolongado más de lo que imaginaba: ya eran las once y diez. Sin embargo, la taberna solo empezaba a llenarse hacia el mediodía y, salvo por Myra, la bella rubia y un hombre que parecía la caricatura de un granjero rústico y que le hablaba a Myra con voz lenta y vehemente, el local estaba vacío.

—¡Serás mía! Lo conseguiré, ya verás.

La señaló con un dedo dramático, pero Myra no mostró la menor perturbación.

—No seas bobo, Sam.

—No me importa que seas camarera —dijo el granjero rústico con suma amabilidad—, yo no soy uno de esos engreídos... Vamos, Myra, sé buena. No nos llevará ni cinco minutos.

Myra, imperturbable ante esta promesa de celeridad, señaló a Fen.

—Estás quedando en ridículo delante de este caballero, Sam. Acábate la cerveza como un buen chico y vuelve a la granja. ¡No deberías estar aquí a estas horas! Como el granjero Bligh se entere, te caerá una buena...

El apasionado rústico dirigió a Fen una intensa mirada de odio, apuró el vaso, se limpió la boca y, tras murmurar algo despectivo en referencia al sexo femenino, salió del bar. Poco después reapareció en la mugrienta ventana y escribió con el dedo las palabras TE QUIERO a la inversa, para que pudieran leerse desde el interior. Luego dirigió una mirada hosca a todos los presentes y se marchó.

—¡Qué sagaz! —dijo Myra, refiriéndose, al parecer, a la hazaña caligráfica—. Seguro que se ha tirado horas practicando en su casa.

—Hum... —respondió Fen, sin comprometerse.

—Sam es un caso crónico... Ya lleva casi dos años así. Es halagador, en cierto modo, pero no alcanzo a comprender que no se canse nunca...

—Supongo que el tiempo no significa nada para él —dijo Fen, recordando vagamente algunas novelas de comunidades bucólicas.

—¿Qué le gustaría beber, querido?

—Una pinta de *bitter*, por favor. ¿Y a usted?

—¡Oh, gracias, señor! Me tomaré una Worthington.

Fen se sentó en un taburete de la barra y, mientras apuraba su bebida, le habló a Myra de las personas que había conocido en Sanford Angelorum.

Averiguó que Diana, hija de un antiguo médico que había muerto casi en la ruina porque nunca enviaba las facturas a sus pacientes, era huérfana; que los vecinos la querían mucho y que se rumoreaba que estaba enamorada del joven lord.

Averiguó que el joven lord Sanford, que actualmente estaba cursando su último año en Oxford, era un socialista convencido que no vivía en la mansión familiar de Sanford Hall, sino en la segunda residencia de la propiedad, y que a los del pueblo les habría caído mejor si no fuese tan conscientemente democrático, y que quizá, o quizá no, iba a casarse con Diana.

Averiguó que el joven lord Sanford había donado Sanford Hall al Estado, y que el Estado lo había dejado a cargo del Ministerio del Interior, que no se había demorado en convertirlo en un manicomio.

Averiguó que el señor Judd era muy suyo.

Averiguó que el marido de Myra había fallecido hacía cinco años y que le gustaba trabajar en un *pub*.

Averiguó que el señor Beaver era un hombre que hacía gala de una gran determinación inicial pero que luego denotaba escasa perseverancia.

Averiguó que Jane Persimmons era tranquila y reservada, que no había hablado de los motivos de su estancia en el pueblo, que a Myra le gustaba y que sin duda no le sobraba el dinero.

—Entonces, ¿nadie de por aquí la conoce de nada? —preguntó Fen.

—Nadie, querido. Y al hombre, tampoco... Me refiero a ese Crawley. ¿Lo ha visto?

Fen asintió.

—Es un tipo muy raro —siguió Myra—. Llegó hace tres días y se pasa todo el tiempo fuera, solo. A veces, ni siquiera desayuna. Dice que ha venido a pescar, pero nadie viene aquí a pescar: en el Spoor no quedan más que dos o tres pececillos. Y, además, resulta evidente que sabe tanto de pesca como mi santo trasero. Es un misterio; sí, señor. Jacqueline desconfió de él desde el principio. ¿A que sí, Jackie? —le preguntó a la camarera rubia.

Jacqueline, que estaba secando vasos con suma placidez, asintió y los honró con una sonrisa radiante. Fen se fijó, con intención de informar posteriormente al señor Judd, en que la joven llevaba un sencillo vestido negro de cuello y puños blancos, así como un precioso broche antiguo de marcasita.

Myra la contempló con mucho cariño.

—¿No es encantadora? —preguntó, con orgullo de propietaria—. ¡Para que luego hablen de las rubias tontas!

La rubia tonta volvió a sonreírles, tan campante, como una gran bombilla que se enciende a su máxima potencia y luego va atenuándose suavemente.

—Es todo lo contrario a lo que la gente supone que es una rubia despampanante —dijo Myra—. Va regularmente a misa, cuida de sus padres en Sanford Morvel, no fuma ni bebe, y casi nunca sale con hombres. Pero, claro, lo único que la gente quiere de ella es quedarse mirándola. Bueno, casi lo único... —se corrigió, en aras de la precisión.

Jacqueline sonrió exquisitamente por tercera vez, sin dejar de secar los vasos con absoluta serenidad. En ese momento entró un cliente, y Myra abandonó a Fen para atenderlo. Hasta entonces la hostería se había mantenido en silencio, pero ahora unos golpes, procedentes de otra zona del edificio, anunciaron que el interregno del señor Beaver, cualquiera que hubiese sido su causa, había llegado a su fin.

Los golpes aumentaron en vehemencia, y pronto se les unieron, en fuga, otros ruidos similares.

—¡Dios mío, ya vuelven a empezar!

Fen consideró que era el momento apropiado para averiguar el motivo de aquellas obras.

—Es muy sencillo, querido. Normalmente solo tenemos clientes del pueblo y, claro, el *pub* no resulta muy rentable. Así que el señor Beaver ha decidido convertirlo en una especie de hotel de carretera, ya sabe, en plan pomposo y caro, para que toda la gente del condado se acerque hasta aquí con sus coches.

—¡Esa es una ambición deplorable! —protestó Fen.

—Bueno, pero es comprensible, ¿no? —repuso Myra, tolerante—. Sé que algunos dicen que no hay que estropear el pueblo y demás, pero creo que, si no dejamos que la gente gane tanto dinero como pueda, iremos a peor.

Fen consideró entonces esta teoría fiscal y, aunque con bastantes reservas, llegó a la conclusión de que tenía algo de razón.

—En cualquier caso, es una lástima. Ya sabe la clase de clientes que acudirán:

hombres escandalosos y colorados, con bigotes de cepillo, al volante de unos Hudson Terraplane, y jovencitas esculturales de labios carmesíes que fuman cigarrillos con boquilla.

Myra suspiró ante aquella imagen de la próxima Gomorra. Sin embargo, como, a diferencia de Fen, su carácter no tendía al fanatismo estético, no pareció acongojarse demasiado.

—De todos modos, el *pub* le pertenece, y hará con él lo que le dé la real gana. ¿Sabe que intentaron sacar una licencia para las reformas, pero el ministerio no se la concedió? Por eso lo están haciendo ellos mismos.

—¿Ellos?

—Según la normativa, si no empleas a obreros profesionales ni gastas más de cien libras, puedes reformar tu casa, o cualquier inmueble de tu propiedad, sin necesidad de ese permiso. Al señor Beaver le ayuda toda su familia, y hasta algunos amigos se dejan caer de vez en cuando para echarle una mano.

—Pero un trabajo de esa envergadura debería dejarse en manos de expertos...

—Tiene razón, querido, pero el señor Beaver es así. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no se detiene ante nada. Y en mi opinión...

Fen nunca sabría lo que Myra estaba a punto de decir. El sonido de un coche grande y ruidoso que se paraba ante la puerta de la hostería hizo que se detuviera.

Y, entonces, con la consciente grandiosidad de un dios surgido de una espléndida máquina, el recién llegado entró en el bar.

## CAPÍTULO 6

El recién llegado, un hombre alto y fibroso, tendría entre treinta y cuarenta años, aunque cierta severidad en su expresión le hacía parecer mayor. En su curtida tez destacaban una nariz larga y recta y unos brillantes ojos de pájaro. Su cabello castaño ralo brillaba por el exceso de tónico capilar. Vestía pantalón y botas de montar, una chaqueta de cuadros, también de montar, y una corbata amarilla estampada con cabezas de caballo. En la mano llevaba un sombrero de fieltro verde con unos agujeros de ventilación que daban la sensación de que alguien lo hubiera atravesado de un disparo. Nada más entrar, se acercó con decisión a la barra, dio unos golpecitos en el mostrador y preguntó si podía ver al profesor Fen.

—Yo soy Fen —dijo Fen.

El recién llegado adoptó al instante una actitud de lo más afable. Le estrechó la mano a Fen y la zarandeó prolongadamente, arriba y abajo.

—Mi estimado señor, es todo un placer. ¡Sí, cómo no! Estoy encantado de conocerle... ¿Qué va a tomar?

—Una *bitter*, creo.

—Una pinta de *bitter* y un *whisky* doble para mí.

—¿Es usted el capitán Watkyn? —preguntó Fen con desconfianza.

—Ha acertado a la primera, amigo —dijo el capitán, entusiasmado, como si elogiase a Fen por haber resuelto un acertijo particularmente difícil—. El viejo Watkyn, a su servicio ahora y siempre... En fin, ¡salud!

Bebieron.

—Me alegra que le guste beber —añadió el capitán—. Una vez tuve que trabajar para un abstemio, Melton Mowbray creo que se llamaba, y, entre nosotros, no me resultó nada fácil.

—¿Salió elegido?

—No —respondió el capitán, con satisfacción evidente. Luego, tras percibir en aquella anécdota un elemento que podría llegar a perjudicarlo, añadió apresuradamente—: Pero no lo habría conseguido ni aunque lo hubiese patrocinado el mismísimo rey en persona, ¡Dios bendiga a Su Majestad...! Oiga, sentémonos junto a la ventana, que se está más fresco.

Dejaron las bebidas sobre el alféizar y se sentaron; el capitán con el suspiro de alivio de alguien que, después de un largo y aburrido viaje, regresa por fin a su hogar.

—Un local muy acogedor. Aunque podría ser un poco más silencioso, ¿no le parece? Fen coincidió en eso.

—Bueno, qué más da —dijo el capitán en tono de consuelo, como si fuese Fen quien

se hubiera quejado—. Podría estar usted mucho peor, se lo aseguro... Bien, señor, deme sus instrucciones.

—¿Qué ha pasado hasta el momento?

—Mucho —respondió de inmediato el capitán—. De hecho han pasado muchísimas cosas. Para empezar, ya he logrado convencer a diez personas para que lo nominen. Los conseguí en lote, pero son contribuyentes, y eso es lo único que importa. De modo que ese asunto ya está resuelto. Además, los carteles y los folletos han salido esta misma mañana de imprenta. Han tardado una eternidad, pero tanto mejor.

—¿Tanto mejor? No comprendo...

—La cuestión, muchacho —le interrumpió el capitán Watkyn—, es que comenzar tarde la campaña también tiene sus ventajas... Le proporciona al candidato el atractivo de la novedad. Cuando se empieza demasiado pronto, la gente se harta de ver la cara bobalicona del candidato en todas las vallas (sin ánimo de ofender). Usted, por el contrario, aparecerá inesperadamente de la nada, como los mismos asirios..., no sé dónde. Los electores se quedarán desconcertados, y no les dará tiempo ni a pestañear. Con el día de las elecciones tan cercano, no me cabe duda de que las ganará.

—Sí, es posible —dijo Fen con desconfianza.

—No lo dude, muchacho. Sé lo que me hago, créame. Bien, ahora vayamos al grano: los carteles se han distribuido ya y mañana estarán colgados.

—¿Qué carteles?

—Los de su fotografía, por supuesto. Y, como pie de foto, he elegido la frase: «Voten por Fen y un nuevo Mundo Feliz».

—No creo que...

—Ya sé lo que va a decir. —El capitán Watkyn alzó un dedo, a modo de advertencia—. Sé exactamente lo que va a decir. Va a decir que es una exageración, y coincido con usted... Es más, estoy totalmente de acuerdo, no se engañe al respecto... Pero hay que ser realistas, muchacho: estas elecciones son un engaño de principio a fin. Y, en realidad, eso es justo lo que espera la gente. No conseguirá usted un escaño diciendo: «Vote a Fen y, con suerte, a lo mejor las cosas mejoran un poquito».

—Bueno, no, ya lo supongo... De acuerdo, entonces. ¿Y los folletos?

—Tengo algunos aquí. —El capitán Watkyn se sacó entonces del bolsillo un puñado de papeles impresos que entregó a Fen—. «El candidato que cuidará de sus intereses», anunciaban.

Fen los examinó con perplejidad mientras el capitán se acercaba a la barra a pedir otra ronda.

—¡Sabía que le gustarían! —dijo el capitán Watkyn cuando volvió sin poder disimular su orgullo—. Es de lo mejor que he hecho con respecto a su programa.

—Pero todo esto... No es lo que le escribí.

—Bueno, es cierto, no es exactamente lo que me escribió —admitió Watkyn—, pero, verá, muchacho, de nada sirve apartarse de la línea habitual de los candidatos independientes. De hecho, si insiste usted en hacerlo, no llegará a ningún lado.

—Pero ¿cuál es la línea habitual de los candidatos independientes?

—Simplemente se reduce a que cualquier cosa debe juzgarse según sus propios méritos, a defender la libertad frente a las camarillas partidistas, y cosas de ese tipo.

—¡Ah! Pero, oiga, aquí pone que yo defiendo la abolición de la pena capital y, la verdad, no estoy del todo seguro al respecto...

—Mi querido muchacho, eso no tiene ninguna importancia... —dijo el capitán Watkyn con sinceridad—. ¡Debe usted dejar de pensar que cuando salga elegido se verá obligado a poner en práctica alguna de esas promesas! La cuestión es conseguir votos y, si es un candidato independiente, debería tratar de rellenar los folletos electorales con temas ajenos a los partidos políticos, como la pena de muerte, porque lo único que dirá usted respecto a los temas candentes es que «todo se juzgará según sus méritos».

—Comprendo... Entonces, usted me aconseja que en mis discursos me limite a tratar asuntos ajenos a los grandes partidos...

—¡No, no! —dijo el capitán pacientemente—. Nada de eso, de ninguna manera. Está bien que hable usted, largo y tendido, de esos asuntos importantes, pero cíñase sobre todo a aspiraciones más «elevadas». —Entonces se le ocurrió una idea para ejemplificar sus palabras—. Hagamos una prueba... Imagine que soy uno de esos pesados que ha acudido al mitin con intención de reventarle el discurso y le pregunta: «¿Qué me dice de las exportaciones? Y las exportaciones, ¿eh?». Su respuesta entonces será...

Fen reflexionó unos instantes y luego contestó:

—Me alegro de que me haya hecho esa pregunta, amigo mío, porque está íntimamente relacionada con uno de los problemas más importantes a los que se enfrenta nuestro país en la actualidad; un problema, debo añadir, que las políticas interesadas de los grandes partidos solo pueden resolver parcialmente.

»“¿Qué me dice de las exportaciones?”, pregunta usted. Y yo le respondo: “¿Qué me dice de las importaciones?”.

»Señoras y señores, no hace falta que les hable desde ningún pedestal. La política es una cuestión de sentido común, y el sentido común siempre ha sido el terreno del ciudadano de a pie. Apliquen el mismo criterio a la cuestión de las exportaciones... Si atraviesan con su espada limpia y resplandeciente la fútil verborrea de los partidos, ¿qué es lo que encuentran? Encuentran que exportaciones implica importaciones y que importaciones implica exportaciones. Si queremos importar, debemos exportar. Si queremos exportar, debemos importar. Y lo mismo se aplica a los otros pueblos, independientemente de su raza o credo. La cuestión es así de simple.

»¿He dicho “simple”? Sí, pero también de vital importancia, como muy acertadamente sugiere nuestro amigo. Todos deseamos una Inglaterra próspera. Todos queremos construir para nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos un futuro en el que haya desaparecido para siempre la espantosa amenaza de la guerra. Y estoy convencido de que no les parecerá una aspiración egoísta que afirme que a todos nosotros nos gustaría ver, con nuestros propios ojos, algunos años de lo que será nuestro futuro inmediato. ¿Por qué no? Estamos luchando por un ideal grande, pero de ningún modo

imposible...

»Señoras y señores, ahora nuestro mundo se encuentra en mitad de una encrucijada, y, ante ella, o bien comenzamos a avanzar triunfalmente, o bien caemos una vez más en la barbarie y el miedo. Y son ustedes, todos y cada uno de ustedes, quienes tendrán que elegir el camino que vamos a tomar.

»Bien, señor, espero haber respondido a su pregunta. Quizá haya pasado algo por alto, como dijo el mono al caer sobre el erizo...

El capitán Watkyn, a pesar de ser un profesional de la política, parecía sumamente impresionado.

—Lo lleva usted en la sangre, muchacho. ¿Cree que sería capaz de mantener siempre ese nivel?

—Por toda la eternidad —le aseguró Fen—. Mi amplia formación literaria me ha proporcionado un excepcional dominio de los tópicos.

—Entonces, todo saldrá de maravilla. Tomemos otra copa para celebrarlo.

Después de apurar esa copa, el capitán Watkyn afirmó, con un suspiro de satisfacción:

—En fin, profesor Fen, ahora no me importa confesarle que al principio me preocupaba un poco no saber qué clase de hombre sería usted. A lo largo de los años he trabajado para clientes bastante raros... Algunos ni siquiera parecían capaces de articular una frase entera sin ayuda. Y, con gran alivio, veo que con usted no tendré que preocuparme de eso, gracias a Dios.

»Bien, pasemos ahora al plan de campaña. Se me ha ocurrido que, además de los mítines de rigor, deberíamos convocar de forma independiente a los diferentes sectores de la comunidad.

—¿De qué modo?

—Como me conozco el terreno al dedillo, creo que sé bastante bien a qué nos enfrentamos. En cierto modo, la apatía de los habitantes de este distrito lo convierte en un terreno relativamente fácil: la mitad de la población no ha votado jamás, fuera quien fuera el candidato que se presentara. Y una buena parte de esa mitad son mujeres. Las aldeanas tienden a pensar que todo esto de la política no es más que la típica charlatanería idiota de los hombres y, la verdad, me da la impresión de que no se equivocan demasiado... En cualquier caso, la cuestión es que no necesitamos apelar a las mujeres, como sí se ven obligados a hacer en otros sitios, por lo que le recomiendo que modere el discurso dirigido a las «madres y amas de casa valientes, fuertes y con iniciativa».

—¿Y eso con qué nos deja?

—Nos deja con los granjeros y agricultores, principalmente. ¿Sabe algo de granjas?

—Nada de nada.

—Puede que sea mejor. Su gran baza con ellos consistirá en atacar el Ministerio de Agricultura, que todos detestan. Intentaré recopilar información de algunos casos locales de conflictos con el ministerio para que pueda usted citarlos en sus mítines, pero

entretanto siempre puede acudir al habitual «ese hatajo de funcionarios de Londres no puede saber más sobre la tierra que aquel que la trabaja con sus propias manos».

—Eso lo puedo apañar... ¿Quién más nos quedaría por convencer?

—Están los habitantes de Sanford Morvel, tenderos en su mayoría. Lo de «el pequeño comercio es el pilar de la prosperidad nacional» servirá con ellos, solo que debe recordar que usted también considera que la agricultura es el pilar de la prosperidad nacional.

—Todo lo es...

—Todo lo que suceda en este distrito —corrigió de inmediato el capitán Watkyn—. Luego está Peek, que es un hueso duro de roer... Entre nosotros, he de confesarle que Peek es uno de los lugares más espantosos que he conocido en mi vida. Lo único que se me ocurre que podría atraer al votante de Peek es la perspectiva de conseguir algo a cambio de absolutamente nada.

Ante las decididas y trascendentales doctrinas oportunistas del capitán Watkyn, Fen sintió que los principios que todavía le quedaban se deslizaban irremediabilmente hacia el limbo.

—¿Eso es todo? —preguntó débilmente.

—Todavía quedan los profesionales, clase media alta y demás. No es que haya muchos por estos lares, pero ellos sí suelen votar.

—¿Y con qué cuento les embauco?

El capitán Watkyn se ofendió.

—Oiga, muchacho, no vaya a llevarse una impresión equivocada de mí. Conozco tan bien como usted las virtudes de la democracia, pero, tal y como yo lo veo, la cosa está así: usted es, evidentemente, la clase de hombre inteligente y de ideas elevadas que debería llegar a ser diputado. Hasta ahí estupendo... Pero ¿cómo lo conseguirá? Respuesta: tiene usted que ser elegido.

»Ahora bien, los habitantes de Sanford no lo conocen tan bien como yo. —El capitán hablaba con una convicción que a Fen no le parecía justificable después de tan solo quince minutos de relación—. Y, puesto que la mayoría de su electorado está compuesto por imbéciles crónicos, lo más probable es que opten por votar a algún canalla majadero que solo les ayudará a tirar el país por la borda. Por tanto, creo que mi obligación es engatusarlos, por su propio bien, ¿comprende?

—Como dijo Platón.

—Como dijo quien fuese, sí. Una vez salga elegido, y solo entonces, podrá usted sacar sus principios a relucir. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Fen, que estaba a punto de citar otro de los tópicos de su amplio elenco, el de que el fin justifica los medios, cayó súbitamente en la cuenta de que no era el momento adecuado y se contuvo.

—Sí, le entiendo.

—Pues todo decidido —zanjó Watkyn—. Veamos, hoy es sábado. Mi idea es concentrar todos sus mítines para que se celebren lo más cerca posible del día de las

elecciones. Esta tarde, desde luego, tenemos el asunto de la nominación en Sanford Morvel. Le he organizado un primer discurso público para mañana por la noche, justo después del servicio religioso. El lunes por la mañana se irá usted de caza.

—¿Que me iré de qué?

—De caza, querido amigo. ¡La primera batida de la temporada! Por esta zona hay muchos aficionados a la caza, y su presencia en la expedición le proporcionará un buen puñado de votos.

—Pero ¡si yo no he cazado en mi vida! —protestó Fen. Su conocimiento del tema se limitaba exclusivamente a los escritos de Surtees y a la serie de novelas *The Irish Resident Magistrate*.

—Da lo mismo —le tranquilizó Watkyn—. Sabe montar, ¿verdad?

—Me las apaño.

—Entonces no tiene usted de qué preocuparse, querido amigo. Yo le acompañaré, para darle apoyo moral. Haré que me presten un par de caballos mansos.

—No —dijo Fen.

—Es una oportunidad única para atraer a ese tipo de votantes, porque ninguno de los otros dos candidatos acudirá. El conservador no sabe montar, y el laborista no se atreverá a aparecer por miedo a ofender a *The New Statesman*... Piénselo.

—He dicho que no.

A diferencia de la tónica habitual de la vida en Oxford, el capitán Watkyn no malgastaba su tiempo en causas perdidas.

—Como quiera... Cancelamos esa actividad del programa... Veamos, se pasará gran parte del resto de la semana de gira por sitios dejados de la mano de Dios, como Peek, para ir dando sus charlas de esquina en esquina. Pero, claro está, dejaremos el mitin final para la noche anterior a la jornada electoral.

—Suena bien. ¿Hay alguna otra persona que esté haciendo campaña a mi favor?

—Por desgracia, no. Lamento comunicarle que esas personas, por el momento, no existen. De hecho, intenté convencer a los tipos que le han nominado, pero se pusieron un poco desagradables. Aunque seguro que encontraré a alguien, no se preocupe.

—¿Y dispongo de una furgoneta con megafonía incorporada?

—Bueno, eso sí. No funciona muy bien porque es bastante vieja, pero hay un electricista en Sanford Morvel intentando repararla en estos momentos.

—¿Y qué me dice de un coche?

—También me he ocupado de eso. Pasaremos a buscarlo después de la nominación.

—¿Y no necesitamos una sala de juntas? Podría preguntar si pondrían una sala a mi disposición aquí mismo, en caso de que fuese necesario.

—Pero no hemos convocado ninguna junta, ¿verdad? Y creo que de momento nos las apañaremos sin ella. La ley solo nos permite gastar cierta cantidad de dinero, ¿sabe?, así que no deberíamos despilfarrar... Bien, ¿algo más?

—¿Cómo son el resto de los candidatos?

—¡Oh, nada del otro mundo! —dijo el capitán Watkyn con desdén—. El

conservador, un tipo llamado Strode, es un granjero que se ha sacado el título de graduado asistiendo a clases nocturnas. Y Wither, el laborista, es un gran magnate industrial que procede de algún lugar del norte. Los mandamases los han elegido para intentar atraer a las personas que normalmente no votan por sus partidos. En última instancia, tampoco importa mucho quién se presente, pero eso hace que los dirigentes del partido piensen que están a la última.

—¿Cree que tengo opciones de ganar las elecciones?

—No lo dude, muchacho —dijo el capitán animadamente—. «Piensa como un triunfador y acabarás triunfando»... Ese es mi lema y siempre lo será.

Fen lo observó con frialdad.

—Pero, dejando aparte la jerga comercial...

La animación del capitán menguó un poco.

—No lo sé... Para serle sincero, le confieso que mi impresión inicial fue que no tenía ni una opción entre un millón. Pero la política es muy curiosa, como las carreras de caballos. A veces aquel por quien nadie apostaba arrasa, dejando a los expertos con la boca abierta. No hay que desesperar. De momento, solo puedo decirle lo que vamos a hacer ahora: almorzaremos en Sanford Morvel, luego resolveremos ese asunto de la nominación y después puede volver aquí para... —Hizo un gesto impreciso— prepararse mentalmente y demás. ¿Qué me dice, una última ronda antes de emprender el camino?

## CAPÍTULO 7

Después de que el capitán Watkyn se asegurara de que Fen tenía el cheque para pagar su depósito, apuraron la última ronda y se marcharon de la hostería. Partieron a Sanford Morvel en el coche de Watkyn, que resultó ser un Bugatti deportivo bastante viejo. No se produjo ningún incidente destacable durante el viaje, a excepción del momento en el que el capitán Watkyn se detuvo junto a un hombre de aspecto sórdido que andaba por la carretera y, tendiéndole dos billetes de una libra, murmuró: «Lancero Asirio, Newmarket, 3.30», antes de continuar la marcha.

—¡Qué nombres tan estúpidos les ponen a estos caballos! —le comentó a Fen.

Sanford Morvel era de esos sitios que pretende dárseles de pueblo elegante y tranquilo para fracasar estrepitosamente en el intento. Su amplia calle Mayor estaba desierta. El ayuntamiento, a pesar de ser una construcción antigua, era también bastante feo. Tanto sus tiendas y sus *pubs* como las viviendas particulares habían conseguido, sin excepción, obviar los enormes avances de las grandes épocas de la arquitectura nacional británica. Su achaparrada iglesia ofrecía una imagen de lo más lúgubre. Después de un escueto almuerzo a base de carne mal guisada y verduras tibias en The White Lion, un hotel pretencioso e incómodo ubicado en la plaza del mercado, Fen y el capitán Watkyn se dirigieron al ayuntamiento, donde entregaron el depósito y los papeles de la nominación para que se los hicieran llegar al gobernador civil. Fen tuvo allí la oportunidad de conocer, y de estrechar la mano, de sus contrincantes, Strode y Wither. Como la presentación oficial de la candidatura no era pública, ninguno de los dos se mostró excesivamente cordial, ni con Fen ni entre ellos.

Después de esta formalidad, Watkyn le mostró el vehículo que le había conseguido: un viejo Morris apenas capaz de superar los treinta kilómetros por hora. Y, después de que el capitán prometiese pasar a buscarlo para llevarlo al mitin de la noche siguiente, el nuevo candidato regresó lánguidamente a Sanford Angelorum en su nuevo coche.

En el trayecto de vuelta, Fen hizo una breve parada para contemplar Sanford Hall. Se trataba de un edificio grande del siglo XVIII, separado de la carretera por unos extensos campos y parcialmente oculto entre los árboles. Bajo la brillante luz del sol, el despoblado paisaje le pareció un remanso de paz. Fen se apeó entonces del coche y, sin dejarse intimidar por la idea de que invadía ilegalmente una propiedad privada, dirigió sus pasos hacia uno de los caminos que conducía a los bosques de la mansión.

Estaba atravesando un pequeño hayedo cuando se topó con una curiosa escena: a unos treinta metros de donde él se encontraba, junto a un arroyo, Diana mantenía una conversación con el joven del raído traje de *tweed* que Fen había visto ese mismo día y que, a falta de más información, identificaba como lord Sanford. A esa distancia, le

resultaba imposible averiguar cuál era el tema de la charla, pero esta no parecía demasiado amistosa. Diana, con los ojos brillantes y la boca torcida en una mueca indignada, gesticulaba con vehemencia. El joven, más agobiado que enojado, parecía a la defensiva. En el cálido aire estival, sus voces llegaban hasta Fen en débiles espasmos de sonido indiferenciado.

Pero no fue aquella aparente discusión lo que despertó su interés, sino la inesperada presencia de otra observadora entre las hayas.

La joven rubia que se hacía llamar Jane Persimmons se ocultaba detrás de un árbol en cuyo tronco había apoyado una mano que, de tan rígida, tenía los nudillos blancos. Un estrecho rayo de sol le iluminaba las mejillas, pero sus ojos, en la sombra, resultaban inescrutables. Lo único que Fen alcanzó a deducir de su actitud fue que aquella escena despertaba un apasionado interés en la joven. Tuvo la intuición de que Jane no estaba espiando a aquellos dos de forma premeditada, sino que, al igual que él, había llegado hasta aquel lugar dando un paseo y se había topado con ellos por casualidad, pero al final la situación le había llamado tanto la atención que había sido incapaz de moverse del sitio. Y, lo quisiera o no, no se marcharía hasta que la pareja concluyera su charla.

Diana y el joven comenzaron a caminar hacia la casa, alejándose de donde se encontraban los dos improvisados espías. En un primer momento, Jane Persimmons hizo un tenso ademán de seguirles, pero luego se relajó y volvió a donde estaba con lentitud.

Fue entonces cuando descubrió a Fen.

Él dedujo sin dificultad lo que le estaba pasando por la cabeza en aquel momento. En primer lugar, vergüenza por haber sido sorprendida en un acto inofensivo, pero, sin lugar a dudas, equívoco. También una desesperada determinación por aparentar naturalidad, tratando de demostrar por todos los medios que su presencia allí no tenía nada de extraño.

Sin embargo, en sus esfuerzos por simular normalidad, Jane acabó tropezando con una raíz y, tras esbozar una leve sonrisa, balbució un saludo convencional y se volvió para alejarse todo lo rápido que pudo, casi hasta el punto de salir corriendo, de aquel lugar. Fen la siguió a través del hayedo, aunque a un paso más moderado.

Cuando llegó al sitio donde había dejado su coche, descubrió que la joven lo estaba esperando. Su manera de pasarse el pulcro bolsito de una mano a otra con cierta inquietud llevó al profesor a deducir que la señorita Persimmons debía de haber resuelto que lo sucedido requería medidas más firmes que la simple huida.

—Yo..., solo pretendía echarle un vistazo a la casa —se excusó ella—. Es preciosa, ¿verdad?

Allí parada, la joven parecía tan pequeña y tan sola que Fen no pudo sino conmovirse y sonreírle para intentar que se tranquilizara.

—¡Encantadora! He de confesarle que yo también había entrado en sus terrenos sin permiso... En fin, ¿quiere que la acerque a la hostería?

—No..., gracias. He salido a dar un paseo, y todavía me apetece caminar un poco más.

—En ese caso, la veré después.

—Espere... por favor. —La joven extendió una mano para detenerlo—. ¿Conoce usted a lord Sanford?

—No, lo siento.

La joven no pudo contener una leve carcajada.

—Vaya... Bueno, espero... que no le cuente que me descubrió espíandolo.

—No se lo diré a nadie —le aseguró Fen—. Y supongo que usted hará lo mismo por mí...

—¡Trato hecho! —dijo ella. Por su tono de voz, Fen adivinó que, bajo aquella aparente ligereza, se tomaba aquel asunto con una desesperada seriedad.

—Trato hecho —repitió él con voz grave—. ¿De verdad no quiere que la acerque a ningún sitio?

—No, de veras. Muchas gracias.

—Entonces, por ahora, me despido.

Mientras se alejaba, Fen vio por el retrovisor que ella siguió observándolo hasta que el coche dobló la curva de la carretera. Le había parecido que la desvalida muchacha estaba necesitada de ayuda y consejo, y él era incapaz de sacarse de la cabeza la idea de que tal vez podía haber hecho algo más por ella. Sin embargo, la experiencia le había demostrado más de una vez que era mejor no ofrecer esos servicios hasta que se los solicitasen...

En cualquier caso, el curioso incidente le había permitido al menos llegar a una firme conclusión: fueran cuales fueran los motivos que aquella chica tuviese para observar a hurtadillas a Diana y a lord Sanford, Jane Persimmons era incapaz de cometer ningún acto mezquino o malvado.

Fen aparcó en el patio de la hostería, junto al cerdo tarado, que permanecía zafiamente recostado en un estado de estupor. El silencio absoluto del edificio le indicó, para alivio suyo, que el señor Beaver y su familia habían dado por terminada su jornada laboral y habían regresado a sus respectivos hogares. Un profundo bostezo, que fue incapaz de contener, le advirtió de que había llegado la hora de echarse una buena siesta, así que se dirigió a su cuarto con esa intención. Sin embargo, su descanso se vio ligeramente perturbado por un recurrente sueño en el que el señor Judd, gritando y haciendo aspavientos como un universitario norteamericano, perseguía a una Jacqueline ligera de ropa entre las columnas dóricas de un templo griego. A pesar de todo, aquel drama inconcluso no impidió que a las siete de la tarde, la hora a la que se despertó, se sintiese bastante descansado.

Myra le informó de que ninguno de los otros huéspedes le acompañaría en la cena, así que cenó solo en la misma sala donde había desayunado. Dicha sala se encontraba tan cerca de la taberna que Fen no pudo evitar la sempiterna discusión de los parroquianos que se encontraban a apenas unos pasos de distancia:

—Navega de bolina, te lo digo yo.

—¡No, no, Fred, te confundes! ¿No lo ves? Ahí está la vela escandalosa.

—Es la cangreja de sobremesana.

—Sobremesana, escandalosa..., ¡si todo es lo mismo, maldita sea!

—Lo que digo es que navega ceñido al viento.

—Mira, ¿ves ese barco fondeado? Si estuviese amarrado de proa a popa no podrías ver en qué dirección sopla el viento. Pero está claro que da a mar abierto, y eso significa...

—Pero está amarrado de popa. Se ve. Se ve la boya.

—Eso no es una boya, Fred. Es solo una condenada mancha de pintura.

—Pues yo te digo que es una boya.

—En fin, si ese bergantín navega de bolina...

Cuando terminó de cenar, Fen se sentó en una mesa de la taberna con una jarra de cerveza y una novela policíaca. Tan enfrascado estaba en la lectura que solo un súbito tumulto, a la hora de cerrar, le recordó dónde se encontraba. Muy a su pesar, abandonó a su heroína a las inquietantes circunstancias en que tontamente se había involucrado y se levantó para ver qué ocurría.

No tardó mucho en descubrir que la atención de todos los presentes estaba concentrada en un hombre de mediana edad y aspecto lamentable, vestido con ropa de guardabosques. Daba la sensación de que alguien lo hubiera devuelto súbita y espantosamente a la sobriedad cuando se encontraba en plena juerga.

—¿Cómo iba a saber que era él? —repetía sin cesar—. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—¡Pobre Frank! —se lamentó Myra—. Teme que lo detengan por asesinato.

Fen la instó entonces a que le contara qué motivo tenía a Frank tan preocupado, y Myra, haciendo gala de su picardía y su gracia habituales, procedió a relatarle lo acontecido.

Al parecer, el fugitivo que se había escapado del sanatorio mental había vuelto a dar señales de vida. Tal y como lo trajeron al mundo, había asaltado a una anciana solterona, la señorita Gibbons, cuando regresaba a casa después de haber pasado la tarde con un sobrino nieto y su esposa en el otro extremo del pueblo. Pese a lo avanzado de su edad y a su delicado estado de salud, al verse en semejante tesitura la señorita Gibbons había reaccionado con una increíble agresividad. Demostrando que estaba hecha de una pasta más dura que la señora Hennessy, había agarrado al loco por el pelo para zarandearlo con suma ferocidad hasta que el hombre, recuperado de la sorpresa inicial, consiguió zafarse y huir.

Acto seguido, la señorita Gibbons había soltado un grito sobrecogedor y medio pueblo, incluido el agente Sly, había acudido en su ayuda.

El agente Sly, que se había hecho cargo de la situación de inmediato, le pidió a Frank, el guardabosques, que también tenía licencia de armas y siempre llevaba encima un revólver cargado, que le acompañase en la persecución. Juntos siguieron la pista del loco hasta el deslucido campo de golf de nueve hoyos y, una vez allí, les pareció verlo entrar en una de las casetas construidas para resguardar a los jugadores de chaparrones inesperados. Sly le pidió entonces a Frank que montase guardia fuera mientras él capturaba al fugitivo.

Pero resulta que se habían equivocado: el loco no estaba allí. Por tanto, tras una breve búsqueda, Sly había salido de la caseta con las manos vacías. Lamentablemente, el guardabosques se había pasado la primera parte del día celebrando un indefinido golpe de suerte y, al divisar la forma imprecisa de Sly ante el umbral de la puerta, lo confundió con el loco, así que lo apuntó con el revólver y, en un exceso de entusiasmo alcohólico, disparó a Sly en la pierna. El agente había sido trasladado al hospital de Sanford Morvel hecho una furia, y Frank había dirigido sus pasos hacia The Fish Inn, donde ahora trataba de justificarse con un monótono monólogo.

—A punto he estado de cargarme a Will y, para colmo, el loco ha escapado, ya lo sé, pero Will también podría haberme hecho una señal, como un silbido o algo así. ¿Cómo iba a saber que era él?

Sin embargo, como dijo La Rochefoucauld, las desgracias ajenas siempre nos producen cierto placer. La clientela del *pub* se mostró irreverente y comprensiva a un tiempo, y al desafortunado Frank no le quedó más remedio que soportar las bromas de sus vecinos, que sin embargo compensó bebiendo considerablemente a su costa. Al fin, harta de sus reiterados lamentos, Myra anunció que era hora de cerrar. La clientela se dispersó lenta y gradualmente, y Fen, que no era en absoluto inmune a la peyorativa ley de La Rochefoucauld, se marchó satisfecho a la cama, donde se pasó la noche soñando que un loco desnudo perseguía al señor Judd entre las columnas dóricas de un templo griego. Desde una perspectiva psicoanalítica (decidiría después), el nuevo sueño suponía un gran avance respecto a los motivos oníricos de aquella misma tarde.

## CAPÍTULO 8

**D**el mismo modo que la mañana anterior, el señor Beaver y su cuadrilla se encargaron de despertar puntualmente a las siete al profesor Fen y, con igual puntualidad, una seráfica Jacqueline le llevó el té al dormitorio. Ya estaba bajando las escaleras cuando las campanas de la iglesia, con una música dominical que le incitó a asistir al servicio, anunciaron la misa de ocho. Cuando llegó a la iglesia, descubrió que solo media docena de feligreses había sucumbido a un impulso semejante, pero le complació comprobar que Jacqueline se encontraba entre ellos. A Fen, acostumbrado a la discreción litúrgica de Oxford, le sorprendió escuchar los decididos arreglos Victorianos que el coro entonaba con manifiesto entusiasmo. Se dedicó entonces a examinar al rector, un hombre corpulento, cetrino y mefistofélico de unos sesenta años, que en los avisos del porche de la iglesia constaba como W. Scantling Mills. Aquel nombre le recordó los «*dark satanic mills*» del poema de Blake. Al finalizar la ceremonia, regresó a la hostería acompañado de Jacqueline, que, fiel a su talante tranquilo y encantador, se mantuvo en silencio durante todo el trayecto.

El hombre que se hacía llamar Crawley desayunaba solo, ante un crucigrama del *Observer* sobre el que descansaba un inactivo lápiz. Visto más de cerca, no inspiraba la menor desconfianza. Sin apenas barbilla, con una nariz larga y los ojos de un candoroso azul, todo en su apariencia ridiculizaba y contradecía las vagas sospechas de criminalidad que había despertado anteriormente en Fen. De repente, como iluminado por un relámpago, reconoció al hombre. No había tenido ocasión de echarle un buen vistazo a corta distancia, y por eso había tardado tanto en recordar de qué le conocía. Y entonces entendió también el seudónimo que había elegido.

—¡Bussy! —dijo Fen.

Bussy se guardó el lápiz en el bolsillo con un gesto de resignación.

—¡Hola, Fen! Ya imaginaba que no podría aplazar mucho más este encuentro —dijo con afabilidad. Después, reflexionando sobre sus palabras, se dio cuenta de que su insinuación podía haber sonado ofensiva y trató de explicar lo que pretendía decir en realidad—. Me refería a que, por razones de trabajo, habría preferido que no hubiésemos coincidido. Personalmente, estoy encantado, desde luego. ¿Cómo te ha tratado la vida en todos estos años?

—No me puedo quejar. —Fen se sentó, seleccionó una cuchara y empezó a hurgar en el interior de un pomelo sin quitarle el ojo de encima a Bussy—. Si así lo prefieres, podemos seguir simulando que no nos conocemos de nada. Por lo que recuerdo, estabas destinado a la Brigada de Investigación Criminal.

Bussy asintió.

—Inspector de policía Bussy, nada menos.

—Y actualmente en servicio activo.

—Sí. Extraoficialmente, por decirlo de algún modo. En teoría, no estoy aquí. La policía local se molestaría muchísimo si llegara a enterarse.

De algún modo, aquella idea parecía complacerle tanto que no logró evitar una risita.

—Comprendo —dijo Fen, mirándolo con perplejidad—. Pero el personaje que has elegido me parece de lo más inadecuado. Nadie viene aquí a pescar.

—Como he descubierto después... La verdad es que me confundió el nombre del *pub*.

Fen hurgó afanosamente en una zona del pomelo que estaba mal cortada.

—Además, el nombre de Crawley... No creerás que eres el único que ha leído *La feria de las vanidades*.

—Pues hasta ahora nadie se ha dado cuenta, salvo tú. La cuestión, Fen, es que soy un actor de lo más incompetente. Cuando me toca interpretar algún papel en los trabajos de incógnito, hasta los niños de pecho me descubren. Ese es uno de los motivos por los que nunca me ha perturbado que la gente se dé cuenta de que no soy quien pretendo ser... A estas alturas, eso me parece inevitable.

—Pero, entonces, ¿para qué sigues fingiendo?

—Porque sirve a mis propósitos. Puede que todos sepan que no soy quien aparento, pero siguen sin tener ni idea de quién soy en realidad, y eso es lo único que de verdad me importa.

Fen se terminó el pomelo y agitó una campanilla. Myra apareció al instante con un plato repleto de unas obesas e inflexibles salchichas. Los dos hombres guardaron silencio hasta que se marchó. Entretanto, Fen rebuscó entre los meandros de su memoria algún recuerdo de sus días de estudiante universitario. Bussy había coincidido con él cuando ambos estudiaban Lengua Inglesa, y ya por entonces, como resultaba evidente ahora, sentía un entusiasmo incondicional por Thackeray. Mientras Fen tomaba el tortuoso camino típico de los becarios de Oxford, Bussy había elegido, por motivos que a Fen le resultaban del todo impenetrables, unirse al cuerpo de policía de Londres. Y aquí estaba ahora. A decir verdad, nunca habían estado demasiado unidos, así que el encuentro, aunque distendido, no había sido especialmente cordial.

Sin despegar la vista de la puerta cerrada, Bussy dijo:

—Lamentablemente, debo pedirte discreción absoluta. No me quedaré mucho más tiempo, pero debo seguir trabajando de incógnito.

—Puedes confiar en mí. —Fen cogió una tostada—. En cualquier caso, estaré demasiado ocupado para dedicarme a chismorrear.

—Pero ¿no sientes curiosidad?

—Claro que sí, mi estimado amigo. ¿Es que estás autorizado a contarme qué te ha traído aquí?

Bussy se sacó una pipa del bolsillo, la desmontó a continuación en diferentes piezas y empezó a hurgar meticulosamente en ellas con una zaparrastrosa pluma de gaviota. Fen

recordó entonces que siempre había sido aficionado a aquel prolongado y ferviente ritual de preparación antes de comenzar a fumar.

—No sé por qué no podría hacerlo —respondió el policía, despacio—. De todos modos, ya te habrás enterado de casi todos los pormenores por la prensa.

—Es posible, pero hasta que no me des más detalles, no puedo asegurarlo.

—Un asesinato. El asesinato de una mujer: la señora Lambert.

Fen negó con la cabeza.

—No recuerdo haber leído nada al respecto. Lo cierto es que seguir un crimen en los periódicos no me resulta demasiado gratificante, pues nunca se especifican los detalles. De modo que no suelo molestarme en leer las páginas de sucesos.

Bussy lo observó, meditabundo.

—Pero sé de buena tinta que tú mismo has participado en varias investigaciones. Esos dos asesinatos en Castrevenford, por ejemplo...

—¡Los resolví! —declaró Fen, con el aire invulnerable de quien afirma que la Tierra es redonda.

—Aunque todos tus casos han sido muy rebuscados... No estoy seguro de que este te vaya a interesar, o quizá...

Bussy volvió a guardar silencio para sumirse en sus reflexiones, y Fen, impaciente, golpeó el plato con la cucharilla de la mostaza.

—Me interesa cualquier tipo de misterio —intervino Fen con brusquedad—, a menos que la solución sea evidente y ya se haya dado con el criminal. Los casos resueltos no me atraen demasiado.

—Para empezar —dijo Bussy, ahora más decidido—, hay una peculiaridad en las pruebas que creo que conduce directamente a cierta conclusión. —Se detuvo mientras Fen intentaba asimilar aquella declaración tan críptica como singular—. Pero nadie más parece haberse dado cuenta.

—¡Ah! —se limitó a responder Fen.

—Sí, tienes tus motivos para mostrarte escéptico —dijo Bussy, no sin cierta tristeza—. Yo también me he preguntado si no lo estaré imaginando. Desde luego, cuando afirmo que los otros no se han dado cuenta, no me refiero a que les haya expuesto mis teorías y ellos sigan sin percatarse de...

—Ya.

—Solo quiero decir que mi hipótesis no se le ha ocurrido antes a nadie. Y eso es una de las cosas que más me intrigan, porque para mí resulta tan evidente que no comprendo cómo no se les ha pasado por la cabeza.

—Todo me resultaría mucho más comprensible —intervino Fen con encomiable paciencia— si trataras de cubrir esos huesos con algo de carne. A esta hora del día, mi cabeza no está capacitada para decidir por qué, ante un conjunto indefinido de hechos, un grupo indefinido de personas no ha llegado a una indefinida conclusión. Demasiado metafísico... ¿Te importaría darme más detalles del caso de la señora Lambert?

Fen sirvió dos tazas de café.

—Muy bien. —Con un movimiento brusco, Bussy substituyó la pluma de gaviota por una pequeña navaja y empezó a rascar la cazoleta de su pipa—. Veamos si tú llegas a la misma conclusión que yo.

Tras someter la habitación a un severo escrutinio profesional, concluyó que, a pesar de la ventana abierta, la mesa que ambos ocupaban se encontraba tan cerca de esta que nadie habría podido escucharles sin que ellos lo descubrieran. Y la puerta estaba cerrada. No había ningún sitio donde esconderse. Las paredes eran finas, pero, gracias a la incansable labor de la familia Beaver, resultaba muy improbable que las palabras de Bussy fueran audibles a más de unos centímetros de su origen. Aparte de ellos y de una Níobe rodeada de un marco de roble claro que los observaba con ansia, quizá temiéndose un súbito ataque a su virtud, no había nadie más en la sala. Después de dirigirle una mirada desconfiada, Bussy expulsó unos fragmentos de un filtro usado de las profundidades de su pipa, buscó uno nuevo para reponer el anterior y dijo:

—Hace ahora dos semanas, en la tarde del 28 de agosto, para ser exactos, una mujer que vivía en las afueras de Sanford Morvel fue envenenada. Estaba casada con un inglés, un abogado apellidado Lambert, pero ella era francesa o, mejor dicho, medio francesa y medio rusa. Su padre, un burgués, había huido muy sensatamente de Rusia durante el régimen menchevique, y su madre era bailarina de la Opera de París.

»No necesito extenderme sobre ellos, porque no tienen nada que ver con la historia que nos ocupa. La cuestión es que ambos murieron cuando Andrée, la fallecida, solo tenía quince años de edad, dejándola sin un centavo, por lo que ella acabó cayendo en la prostitución para sobrevivir. No quiero decir —aclaró Bussy, gesticulando con inquietud— que ella escogiese deliberadamente esa desagradable profesión. Aunque podría haber sido el caso, pues me ha resultado imposible recabar más detalles al respecto, aunque, por lo que he oído de su carácter, lo más probable es que la engañasen. Hay muchas formas de conseguir que una chiquilla bonita y pobre que vive en la *rive gauche* acabe así... Algo que, sin duda, tú eres muy capaz de imaginar.

Fen, que para entonces había terminado de desayunar, asintió con una especie de gruñido al oír aquella suposición sobre las capacidades más mundanas de su mente. Ansiaba pedirle a Bussy que resumiese su historia en la medida de lo posible, pues los insectos de la zona, que, embriagados por el sol, estaban penetrando en hordas por la ventana, prometían una incomodidad considerable a cualquiera lo bastante tonto para quedarse allí más tiempo del necesario. Las moscardas acampaban en el dorso de sus manos, una avispa le rondaba la oreja con una vehemencia impersonal, y nubes de mosquitos, en algunas zonas tan densas como un ectoplasma, interpretaban una especie de *Hexentanz* alrededor de su cabeza. Fen les echó el humo del cigarrillo, cosa que pareció gustarles, y emitió un fuerte gruñido de protesta.

—En cualquier caso, es seguro que ella pretendía abandonar esa clase de vida lo antes posible, porque logró, a saber cómo, ahorrar algo de dinero para estudiar secretariado. Finalmente, a los diecinueve años, consiguió un empleo en una empresa de la Avenue Mozart, Demur et Cie, que contrata secretarias para trabajos breves y encargos a destajo.

La empresa también ofrece el servicio, o lo ofrecía, de poner a disposición de los hombres de negocios británicos que visitasen París a un par de empleadas a las que previamente les financiaban unas clases de inglés. Se trataba de un trabajo muy bien pagado, y Andrée lo aceptó. Y así fue como conoció a Lambert.

Por fin, Bussy inició el montaje de la pipa. Fen permanecía en silencio.

—Lambert no es precisamente un hombre de negocios —aclaró tras un breve período de manipulación de las partes de la pipa—, sino, como he dicho antes, abogado, pero tiene dinero, y ha dejado el servicio activo. En realidad, siempre ha sido más una autoridad académica que un abogado en pleno sentido de la palabra. ¿Nunca has oído hablar de un tal Lambert especialista en derecho corporativo?

—Me suena.

—Pues es él. En fin, el caso es que viajó a París para acudir a una convención de expertos en derecho corporativo. No es en absoluto mi idea de un viaje de placer —Bussy se revolvió, inquieto, mientras pensaba en aquella extravagante celebración profesional—, pero supongo que sí lo era para él. En fin, la conclusión es que mientras se encontraba allí solicitó los servicios de una secretaria y Demur le envió a Andrée. Y la conclusión de esa conclusión fue que acabó trayéndosela consigo a Inglaterra y casándose con ella.

Llegado a este punto, Bussy se interrumpió para tratar de ordenar un breve discurso sobre los caprichos del instinto erótico en alguna secuencia plausible. Fen, que intuyó el hilo que seguían sus pensamientos y no deseaba en absoluto escuchar una explicación de la intimidad psicológica de la unión, aprovechó el silencio para decir:

—Sí, comprendo... Es algo que ocurre mucho más a menudo de lo que uno se imagina.

—Solo que en este caso resultó especialmente sorprendente —Bussy no iba a dejarse amilanar tan rápidamente—. Si conocieras a Lambert tan bien como yo, lo comprenderías. No solo es un hombre ortodoxo y convencional: es el máximo exponente de la ortodoxia y la convencionalidad. Sus actos se rigen por un código de honor particularmente rígido y su aire de severidad moral impone bastante a aquel que lo conoce. Todo esto es muy relevante para entender lo sucedido quince días atrás. La cuestión es que cuando él la pidió en matrimonio, Andrée no le confesó su turbio pasado. Me atrevería a decir que tendría que haberlo hecho, pero, por lo que he podido averiguar, estaba sinceramente enamorada y le asustaba muchísimo que él la rechazara y no quisiera volver a verla si se enteraba de que había hecho la calle. Así que se lo calló, y creo que nadie en sus cabales podría culparla por eso. A fin de cuentas, su pasado había sido producto de un cúmulo de desdichas, y no de la debilidad. Además, ella se había esforzado mucho para convertirse en una persona respetable, y habría sido una locura dar la espalda a la felicidad y a la seguridad tan solo por seguir unos principios que databan de la época de los romanos. Supongo que si Lambert le hubiese preguntado directamente, Andrée le habría contado la verdad. Pero lo cierto es que él no preguntó.

»Se casaron en Sanford Morvel justo antes de que estallase la guerra. Como superaba en un par de años la edad militar, Lambert consiguió trabajo como asesor legal del

Ministerio de Abastecimientos, pero su vida doméstica no sufrió grandes contratiempos y el matrimonio prosperó. Hasta hace tres semanas eran la pareja casi ideal.

Mientras tanto, la campaña de Fen contra la incursión de los insectos había decaído, pues Bussy había conseguido acaparar toda su atención.

—Ya me imagino lo que viene a continuación: chantaje —dijo, pensativo.

—Exacto. Chantaje. —Bussy examinó su pipa, sopló para comprobar que estaba perfectamente limpia y empezó a llenarla muy despacio con el contenido de una bolsa de piel de foca—. Por lo general, no aguanto todas esas estupideces sentimentales sobre el chantaje, eso de que es el más vil de los delitos y demás tópicos bobalicones. Si alguien ha cometido un crimen y ha salido impune, no veo por qué aquel que obtiene dinero a cambio de su silencio puede considerarse siquiera la mitad de miserable, desde un punto de vista moral, que el canalla que se dedicaba a agredir brutalmente a ancianas, por ejemplo, para robarles los ahorros de toda su vida. Pero cuando a una persona se le hace chantaje por un error que cometió, para colmo un error del que la víctima no es para nada responsable, entonces sí que coincido en que se trata de algo repugnante.

—Y, claro está, ese era el caso de la señora Lambert.

Bussy miró pensativo por la ventana. Al otro lado había un huerto muy bien cuidado en cuya parte trasera crecían árboles frutales, y, más allá, un seto con una pequeña y decrepita puerta de madera. Detrás del seto y de la puerta, una suave ladera de pasto ascendía hasta el horizonte, donde tres flacos abedules —centinelas olvidados de un ejército disuelto— se apiñaban, aislados, cerca de la cima de un pequeño monte. A pesar de la aparente placidez de la escena, a Fen le dio la sensación, confirmada por la violenta manera en que introdujo el tabaco en la pipa, de que la indignación de Bussy parecía aumentar en lugar de aplacarse.

Mientras el policía terminaba de prepararse la pipa, Fen puso en práctica, sin éxito, su teoría de que para aplastar una mosca se debe dar una palmada justo encima del lugar donde acaba de posarse.

—Supongo que el asunto siguió el curso habitual. ¿Una última petición de dinero que nunca era la última?

—No —respondió Bussy, irritado—. No fue así. Y eso es lo que lo hace tan repugnante. Todo apuntaba a un final feliz, y entonces...

»Pero no anticipemos acontecimientos. Esto es lo que sucedió: hace poco menos de un mes, la señora Lambert recibió la típica carta en la que la amenazaban con revelar a su marido su pasado como prostituta. Además, citaba la dirección de un burdel donde ella había vivido, en una calle cercana a la rue de Rennes, para convencerla de que el autor o autora de dicha carta sabía muy bien de lo que hablaba. He dicho "autor o autora", pero al parecer la señora Lambert nunca dudó de que se trataba de un hombre, probablemente uno de los que se había acostado con ella en ese período. He visto la carta y no comprendo cómo llegó a semejante conclusión, pero, aun así, la doy por válida, y es muy probable que ella estuviese en lo cierto.

»Bien, como no se trataba de una cantidad desorbitada de dinero, y la señora

Lambert podía conseguirlo sin dificultad, pagó. Aunque sabía que su marido la quería, no estaba segura de cómo se tomaría una revelación semejante.

»Naturalmente, una segunda demanda siguió muy pronto a la primera. La señora Lambert decidió que no podía permitir que aquello continuase y resolvió confesárselo todo a su marido y asumir las consecuencias. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando descubrió que él ni siquiera se inmutaba...! Y no salió de su asombro hasta que él le confesó que siempre lo había sabido, incluso antes de casarse con ella. El señor Lambert no la culpaba ni por su pasado ni por no habérselo mencionado, y ella comprendió que el asunto del chantaje no deterioraría de ningún modo su relación, que seguiría tan feliz y apacible como hasta entonces.

En aquel instante, Bussy aprovechó para sacar un moderno encendedor que olía a éter y lo acercó a su pipa bajo la atenta mirada de Fen.

—Bien, aclarado el asunto, ambos decidieron acudir a la policía local. Como Lambert debía ausentarse del pueblo unos días, su mujer acudió sola a la comisaría. Veinticuatro horas después, le llegó por correo una caja de dulces. Ella supuso que se la enviaba su marido y se comió varios, sin sospechar nada. Pero alguien había inyectado estricnina en los bombones, y la señora Lambert fallecería tan solo unas horas después.

Guardó silencio mientras suspiraba profundamente. Y entonces oyeron una serie de golpes metálicos, acompañados de unos gritos roncros de una ferocidad similar a la de un combate naval de piratas armados con alfanjes. Fen, inquieto, se revolvió en su silla.

—¿Dijo algo antes de morir?

Bussy negó con un gesto.

—No. Estaba sola en su casa, y no descubrieron su cuerpo hasta varias horas después de la muerte.

—¿Y no dejó ningún mensaje escrito?

—Ninguno. —Bussy le dirigió una mirada de respeto—. Me alegra que hayas visto la lógica de eso.

—Siempre la veo —gruñó Fen por lo bajo.

—Si fue el propio chantajista quien envió esos bombones, sin duda tenía un motivo perentorio para silenciarla. Y ese motivo solo podía ser que ella lo hubiese reconocido, que fuese alguien de su pasado que vivía en la zona. Por tanto, es lógico pensar que, antes de morir, la señora Lambert podía haber dejado alguna pista sobre su identidad, pero el caso es que no sucedió así. La muerte por envenenamiento de estricnina no deja a sus víctimas mucha capacidad de movimiento.

Fen reflexionó.

—¿Es posible que no fuese el chantajista quien enviase esos bombones?

—Es posible, sí —accedió Bussy a regañadientes—. Pero, según las investigaciones, también bastante improbable. El marido, por varias cuestiones con las que no voy a importunarte ahora, queda descartado. Y no hemos podido descubrir que ninguna otra persona tuviera alguna razón para quererla muerta. Es más que probable, pues, que el chantajista fuera también el envenenador.

—Has dicho «alguien que vivía en la zona».

—Las cartas se enviaron desde Sanford Morvel, y también los bombones. Aparte de eso, no tenemos más pistas. Los bombones llegaron en una caja pequeña y plana que el asesino echó directamente al buzón. Si los hubiera enviado desde la estafeta de correos, al menos tendríamos una línea de investigación... El envoltorio tampoco ayuda, ni las cartas. Hasta ahora, el caso se ha ido convirtiendo en una serie de callejones sin salida.

—¿Y el mecanismo para entregar el dinero del chantaje?

—Otro punto muerto. Puedo explicártelo si quieres.

—No, no... —dijo Fen apresuradamente.

—El chantajista no dejó ningún cabo suelto, así que no han podido sacar nada en claro.

—Y la consecuencia de este absoluto desconocimiento es que han decidido recurrir a Scotland Yard.

—Pues no —sonrió Bussy con picardía—. *No han llamado a Scotland Yard.*

—No lo han hecho público, querrás decir.

—Nadie sabe que estoy aquí. El jefe de la policía local recibe la información de Wolfe, el comisario, y ninguno de los dos está al tanto de mi presencia.

—Entonces esto es... ¿una especie de vacaciones criminológicas?

—No. Es cosa de Lambert. Él no cree que la policía local vaya a ser capaz de dar con el culpable de la muerte de su mujer, y como es amigo del inspector jefe de Scotland Yard, le pidió que tomara cartas en el asunto. El inspector le señaló, muy adecuadamente, que no podía intervenir a menos que se lo solicitase el jefe de la policía local, pues, de lo contrario, se crearía un grave conflicto interno. Pero sí accedió a una solución intermedia entre la amistad y la ética profesional, que fue enviarme de incógnito. Así que aquí estoy, de un modo oficial y extraoficial a un tiempo, pues Lambert es el único del pueblo que conoce mi identidad y mi objetivo. En teoría, estoy de permiso, por lo que cualquier intromisión por mi parte sería el simple resultado de la curiosidad personal.

—Imagino que esa posición te habrá limitado mucho desde el principio.

—No, no creas. También tiene sus ventajas... Bien, ahora ya has oído un resumen de los hechos. —Bussy le miró fijamente—. ¿Has llegado a la conclusión obvia de la que te hablaba?

—He deducido algo que me parece una obviedad, sí —repuso Fen con cautela.

—¿Y bien?

—Si el chantajista es también el envenenador, con el motivo que has sugerido...

—Sí.

—Y dado que el marido de la señora Lambert se había ausentado, de modo que ella solo podía confiarse a la policía...

—De nuevo, sí.

Fen le resumió lo que pensaba, y Bussy se recostó acto seguido en la silla con un suspiro de alivio tan sincero que a punto estuvo de convertirse en un gemido.

—Menos mal, porque ya empezaba a dudar de mi cordura... Es evidente, ¿verdad? Y, por lo que sé, no se le ha ocurrido a nadie más.

—¿No has averiguado nada que contradiga esa teoría?

—No.

Fen estaba más pensativo de lo habitual.

—Pero no se sostiene por sí sola. Necesitas alguna prueba.

Bussy se guardó la pipa en el bolsillo y se levantó. La mesa del desayuno, que sobrevolaban alegremente densos batallones de insectos, tenía ahora un aspecto dejado y gelatinoso. Una sombra nublabla la cara de Níobe con el curioso efecto de intensificar su virtuosa inquietud. Bussy la miró y luego apartó apresuradamente la vista, tal y como habría hecho un caballero que hubiera descubierto a una joven desnudándose detrás de una roca.

—He conseguido esa prueba. O, mejor dicho, espero conseguirla dentro de un par de días.

Fen lo observó con expresión sombría.

—Ve con cuidado. Puede que tus actividades hayan despertado ciertas sospechas, y una persona que se ha arriesgado a asesinar una vez no dudará en hacerlo de nuevo. ¿Alguien más está al corriente de que estás esperando... esa prueba?

—Todavía no. No es lo bastante firme para redactar un informe.

—Entonces yo iría con más prudencia si cabe.

Bussy se dirigió a la puerta. Ya con la mano en el tirador, dijo:

—No te preocupes. No creo que nadie me coja desprevenido, te lo aseguro. Por cierto, será mejor que volvamos a nuestro estado de conocidos fortuitos.

Fen asintió.

—¿Guardarás el secreto?

—Por supuesto.

—Bien. —Bussy sonrió—. Y, ahora, debo irme, que tengo mucho que hacer... ¡Cuánto me gustaría poder encerrar a ese asesino...! Y, además, puede que así hasta me gane un ascenso. Gracias por escucharme. Bien, hasta pronto pues.

Dicho esto, se marchó.

## CAPÍTULO 9

Aquella noche se celebró el primer acto electoral de Gervase Fen. En principio, nada indicaba que pudiera llegar a convertirse en un gran éxito.

En la sala de Sanford Morvel que iba a acoger el evento no funcionaba la calefacción, las luces solo iluminaban precisamente aquellas zonas que no requerían iluminación y las ventanas se accionaban mediante una complicada aglomeración de tornillos, varillas y ruedas dentadas cuya fuerza motriz, una manivela extraíble, no aparecía por ningún lado... En fin, la típica sala inglesa que el arquitecto de turno ha concebido con la intención de que albergue casi cualquier actividad social —desde ferias parroquiales hasta una representación del *Mikado*—, y que, en consecuencia, no se adapta a ninguna. Una gran concurrencia habría logrado al menos humanizarla un poco, pero no había asistido lo que se dice una multitud al acto. Hasta el mismo capitán Watkyn se sintió algo desconcertado al ver la enorme cantidad de sillas vacías.

—Es normal, muchacho, que no levante demasiada expectación —le dijo *sotto voce* a Fen, mientras ambos subían al estrado—. Strode y Wither también han convocado actos esta misma noche, de lo contrario habría venido más gente. Aun así...

Para sorpresa de Fen, el encargado de la presentación resultó ser el señor Judd, que en aquel preciso instante bien podría haber sido definido por Wordsworth como «una criatura desplazándose por mundos insondables». Fen le había mencionado su nombre a Watkyn en su reunión anterior y el capitán había convencido al escritor, mediante una considerable inversión de energía, de que se encargara de presentar a Fen en su primer acto público. Al verlo ahora, Watkyn se arrepentía de su iniciativa, ya que tanto la conducta como las palabras del señor Judd eran la viva encarnación del pánico y la más negra melancolía a partes iguales.

—Aborrezco hablar en público —repetía sin cesar—. ¡Detesto hablar en público!

—Vamos, vamos... —murmuró Fen—. Estoy convencido de que lo hará de maravilla.

—De ningún modo.

—Resulta —dijo Fen, mintiendo como un bellaco— que le mencioné a Jacqueline que usted iba a presentarme y me dijo que no podría haber encontrado a nadie mejor.

—¿Eso dijo? —preguntó el señor Judd, no muy convencido—. ¿De verdad dijo eso?

—Desde luego. Supongo que lo admira mucho, —Fen hizo una pausa para urdir nuevas falsedades—. Lamentablemente, no ha podido venir, pero le he prometido que le contaré todo lo que usted diga y haga, punto por punto. Además (extraoficialmente, claro está) me ha dicho que, si me gustaba su presentación, sería un punto más a favor de la gran opinión que ya tiene de usted.

De haber estado menos frenético, el señor Judd jamás se habría tragado un cuento tan disparatado. Sin embargo, en tales circunstancias, su credulidad natural, acentuada por el incontenible deseo de aferrarse al menor consuelo que se le presentase, logró que su estado de ánimo mejorara considerablemente.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—¡Claro que sí! Y tampoco es necesario que se extienda demasiado.

Este último empujoncito resultó del todo irrelevante. Tras algunas vacilaciones iniciales, el señor Judd fue animándose y, aunque el problema inicial había sido convencerle para que empezara, al final lo realmente difícil, por no decir imposible, fue persuadirle de que se callase de una vez.

—De ahí que queramos... —seguía diciendo, después de veinte minutos de ininterrumpida grandilocuencia—, no, que *necesitemos* apasionadamente y con la mayor urgencia a hombres inteligentes y altruistas, como nuestro amigo aquí presente, para romper y destruir por siempre jamás el círculo vicioso del nepotismo, las componendas y los conflictos partidistas. ¿Acaso debo explicarles por qué es en este distrito, en este y no en otro, donde debe empezar la gran cruzada? La respuesta, señoras y señores, se encuentra en el fondo de nuestros corazones. La respuesta es que solo en nuestra incomparable campiña residen la fuerza, la sabiduría y la resistencia de Inglaterra. No en las prisas ni el ajetreo de las grandes urbes —el señor Judd era un asiduo lector del ruralista Cobbett—, sino aquí, en estos campos y bosques que han concebido, y cuyo recuerdo han conservado pese a todo tipo de tribulaciones, a los más ilustres personajes de nuestra patria. ¡Aquí, en plena campiña inglesa, que ha perdurado durante siglos, y que durante siglos perdurará!

Después de esta grandilocuente parrafada, el señor Judd se detuvo para recobrar el aliento y, tras percibir por fin, o más bien descifrar, los gestos disimulados que el capitán llevaba diez minutos dirigiéndole, concluyó su discurso con evidente desgana y se sentó entre unos aplausos más cordiales de los que ni él ni nadie habrían podido prever.

Menos ciceroniano y vehemente que el del señor Judd, el discurso de Fen resultó más eficaz si cabe. Aunque su contenido resultaría difícil de resumir, el hecho es que consiguió suscitar algo bastante similar al auténtico entusiasmo en las treinta o cuarenta personas allí congregadas. Sus clases de Oxford lo habían curtido hasta hacer de él un maestro en el arte de hablar en público (aunque sus dotes pasaban desapercibidas para gran parte del profesorado). No es que fuese un orador excepcional, pero sin duda debía de ser bastante superior a Wither o Strode. Este último, por ejemplo, era de pensamiento lento, e interrumpía constantemente sus discursos con largos intervalos de silencio que dedicaba a rumiar qué decir a continuación. Wither, en cambio, era aficionado a contar unos chistes tan abominables que hasta el electorado de Sanford, que no se destacaba por la delicadeza de su ingenio, sufría cada vez que se veía obligado a escucharlos. Por consiguiente, Fen había empezado su carrera política con una notable ventaja respecto a sus oponentes. Tan buena impresión causó entre el electorado que, incluso en las gélidas circunstancias de su primer acto electoral, el capitán Watkyn empezó a plantearse

seriamente la posibilidad de que saliera elegido.

Le hicieron pocas preguntas, que Fen respondió con aparente sinceridad, y nadie le importunó con protestas o cuestiones inconvenientes, pues los camorristas profesionales de los partidos Laborista y Conservador estaban ocupados reventando los actos de sus respectivos contrincantes. Por tanto, al final del primer mitin de Fen, todos se mostraron relativamente satisfechos, y el señor Judd alcanzó un estado de euforia que rozaba la incoherencia. De hecho, se quedó merodeando por la sala mientras Fen hablaba con los potenciales seguidores de su causa que el capitán Watkyn había conseguido reunir, e insistió en acompañarle a The Fish Inn para estar presente cuando le comunicaran su triunfo a Jacqueline. Tal vez fuera una suerte que Jacqueline se hubiese ausentado y, cuando llegaron, encontraran solo a Myra detrás de la barra. A pesar de todo, el señor Judd, aunque visiblemente decepcionado, consiguió mitigar su desencanto inicial con aguardiente de cerezas y la imprecisa promesa de un encuentro posterior.

Fen lo dejó en el *pub* y subió a cambiarse, pues los excesos de la velada le habían pasado factura a su indumentaria. Se tomó su tiempo para asearse y cambiarse de ropa. Cuando volvió a la taberna, le desconcertó comprobar que esta ya había cerrado sus puertas y que el señor Judd, tras su breve período de gloria, había recobrado su estado de inseguridad habitual y se había marchado a su casa. Pero Myra, que seguía por allí, le ofreció una cerveza.

—¿Una pinta, querido?

—Gracias. Y sírvase también usted algo.

Fen le dio un largo trago a su jarra de cerveza. Estaba a punto de preguntar si había noticias del loco y del estado del agente Sly, cuando alguien comenzó a aporrear la puerta del bar armando un considerable escándalo.

—¿Quién diantres será? —preguntó Myra mientras se dirigía hacia la puerta.

Cuando la abrió, descubrió que quien estaba dando golpes al otro lado no era otro que el cerdo tarado. Estaba lleno de polvo y parecía exhausto, como si acabase de volver de un largo viaje.

—¡Dios mío, ha vuelto!

—¿Vuelto?

—Lo había vendido esta tarde. Ya me había dado cuenta de que no quería irse, y se ha debido de escapar de la granja de Lumley para volver a casa.

Myra, claramente conmovida por aquella demostración de fidelidad, propinó un cariñoso puntapié a las costillas del cerdo tarado, que se tambaleó visiblemente.

—¡Pobrecito, parece agotado! —dijo ella, enternecida.

Fen vertió algo de cerveza en una palangana, y el cerdo bebió un poco antes de dar media vuelta, salir tambaleándose por la puerta y volver al patio de la hostería.

—Pero mañana tendrán que llevárselo de nuevo —declaró Myra con firmeza.

Fen apuró su cerveza y decidió que era hora de acostarse. Se despidió entonces de Myra, no sin antes preguntarle por el loco.

—Todavía no lo han atrapado, aunque sospechan que puede seguir merodeando por

la zona, porque al parecer alguien ha robado comida de una casa. Dicen que tiene la astucia de los locos, aunque yo sospecho que solo están tratando de excusarse porque son demasiado bobos para pillarlo... ¡Buenas noches, querido! Que duerma bien.

A la mañana siguiente, el señor Beaver y sus reformas traspasaron las fronteras de la sala donde Fen lo había visto por primera vez. La pérdida de concentración y vehemencia originales de los improvisados obreros se veía compensada por un notable incremento de su radio de acción, con el resultado de que, aunque media hostería seguía intacta, el polvo de yeso que levantaban al picar empezaba a hacerse omnipresente en cada uno de los rincones de esta. Fen descubrió entonces que no le resultaba nada sencillo distinguir a los diferentes miembros de la familia. Y es que las obras se habían convertido en un asunto estrictamente familiar, y solo el señor Beaver y su esposa, así como dos hijos y dos hijas que parecían de la misma edad, unos diecisiete años, trabajaban en las reformas en aquellos momentos. Pero es igualmente cierto que el núcleo duro de la cuadrilla variaba de cuando en cuando, pues en ocasiones algunos empleados de la pañería del señor Beaver o conocidos a los que este convencía, a saber cómo, para que ofreciesen sus servicios temporales, se sumaban a ellos. Para colmo, además del evidente parecido familiar, la suciedad que cubría el rostro de los peones y las ojeras generalizadas —sin duda el resultado forzoso de los repetidos madrugones y de la continua ingesta de cal— no contribuían en absoluto a mitigar la confusión de Fen.

Y si era incapaz de adivinar las identidades de cada una de aquellas personas, menos capaz todavía era de averiguar cuál era su objetivo. En los intervalos en los que no se dedicaba a espolear a sus trabajadores, daba la sensación de que el señor Beaver tenía algún tipo de plan arquitectónico en mente, pero Fen, que intentó descubrirlo examinándolo todo con detalle, no logró identificar sus intenciones y se vio obligado a concluir que lo único que en realidad pretendía era arrasar el interior de la hostería antes de iniciar algo parecido a una reconstrucción. Demolían los tabiques que separaban las habitaciones, destrozaban el suelo, derribaban techos, arrancaban las puertas de sus goznes y las dejaban tiradas de modo que cualquier incauto corría el riesgo de tropezar con ellas. De momento, el cuarto de Fen y el resto de la planta superior se habían salvado, pero el profesor sospechaba que aquella inmunidad no duraría demasiado. Entretanto, las comidas habían tenido que trasladarse a una especie de trastero que resultaba bastante incómodo. El ruido aumentaba de hora en hora. Y como a esas alturas del año los días seguían siendo cálidos y despejados, los clientes de la taberna preferían consumir sus bebidas fuera, en los agradables jardines de la hostería.

Fen estuvo ocupado toda la mañana, e incluso la primera hora de la tarde, haciendo campaña en Sanford Morvel. Pese a que no siempre se le recibía todo lo bien que habría sido deseable, los incansables esfuerzos del profesor incrementaron, más que disminuir, las esperanzas del capitán Watkyn de lograr una victoria electoral. En cuanto a personalidad, Fen estaba mejor dotado que cualquiera de sus oponentes, pues se había demostrado capaz de mantener una conversación fluida y cordial con cualquiera, independientemente de su clase social o de su trabajo. Un don que no compartía con

Strode, que se llevaba bien con los votantes de los estratos inferiores pero se quedaba sin habla en presencia de alguien con una renta superior a las quinientas libras anuales; ni tampoco con Wither, que, por el contrario, se comportaba efusivamente con la gente de clase acomodada pero de un modo ofensivamente desdeñoso con el resto. En las sedes de los conservadores y los laboristas empezaba a notarse cierta inquietud con respecto a la candidatura de Fen. Ninguno de los dos partidos había presentado a un candidato carismático, en parte por lo improbable de que la elección fuese a tener demasiada relevancia política (pues se producía en uno de los breves intervalos entre la sucesión de varias crisis nacionales) y en parte también porque ambos (justificadamente, en vista de los resultados de las elecciones generales) daban por supuesta la victoria de los conservadores. La tardía aparición de Fen los había cogido desprevenidos, y ahora empezaban a arrepentirse de no haber nominado a unos candidatos más capaces. Sin embargo, tal y como señaló el capitán Watkyn, ya nada podían hacer al respecto, pues el día de la nominación había quedado atrás.

—Y recuerde bien mis palabras, muchacho —añadió—: el toque personal resultará decisivo, como siempre sucede en las zonas donde la apatía política campa a sus anchas. En realidad, es lo único que mueve a algunas personas a votar.

Para acabar de redondear las cosas, Gamage, el editor del *Sanford Advertiser and Peek Gazette*, cuyas oficinas en la calle principal de Sanford Morvel Fen visitó con el capitán Watkyn, se convirtió en otro de sus principales apoyos. Daba la casualidad de que el padre de Fen (letrado docto, aunque impredecible, cuyas excentricidades todavía se recordaban en los colegios de abogados) había defendido de una acusación de difamación a este anciano vigoroso cuando comenzaba su carrera periodística. En agradecimiento por los extraordinarios servicios prestados, Gamage estaba más que dispuesto a ayudar a Fen en todo lo que fuera necesario.

—¡Menudo golpe de suerte, muchacho! —exclamó el capitán Watkyn cuando salieron de las oficinas del periódico—. Aunque no debemos echar las campanas al vuelo, como la lechera del cuento, su ayuda resultará inestimable de cara a mantener la atención del público, lo que supone tener media batalla ganada. —El capitán se frotó las manos con satisfacción—. ¿Sabe qué? Creo que deberíamos tomarnos una copa para celebrarlo.

A grandes rasgos, Fen llegó a la conclusión de que, considerando la escasa antelación con que le había avisado, la labor del capitán Watkyn estaba resultando encomiable. Hasta el momento, solo les había encontrado un defecto a sus gestiones: lo que se estaba alargando el proceso de reparación de la furgoneta con megafonía. Según los informes de los electricistas, a quienes habían visitado a la hora del té, le faltaban numerosas piezas esenciales para su correcto funcionamiento.

—¡Es un escándalo, eso es lo que es! —exclamó el capitán Watkyn, indignado—. Deberíamos iniciar ahora mismo acciones judiciales por engaño y falsedad. ¿Qué diantres pasa con este terminal tan raro de aquí? ¡Me ha dado calambre, maldición!

Después de aquel pequeño disgusto, el capitán, que evidentemente consideraba que una solicitud casi maternal formaba parte de sus obligaciones laborales, le recomendó a

Fen que volviese a The Fish Inn y dedicara el resto del día a descansar.

—No hay que excederse. Tiene que mantenerse fuerte para la recta final.

Fen aceptó el consejo de inmediato, pues había descubierto que las atenciones de los contumaces votantes le arrebatan grandes reservas de energía, y regresó en su vetusto coche a Sanford Angelorum.

## CAPÍTULO IO

**S**in embargo, la hostería, que seguía sin recuperarse de su inercia vespertina, no prometía grandes distracciones. Fen, inquieto y ávido de diversión o de alguna compañía que le mitigase el regusto empalagoso de toda la afabilidad que había acumulado durante el día, se dedicó a merodear por su interior. Pero no encontró nada ni a nadie, y el resto de energía física que aún conservaba lo impulsó a salir de nuevo. El sol empezaba a inclinarse hacia poniente, y sus rayos, ahora oblicuos, eran mucho más benévolos con sus fatigados ojos. Amplios bosques se extendían a lo largo del horizonte como una franja de humo pardo y estridentes hordas de aves inclasificables cruzaban el cielo azul cobalto. Fen se detuvo en el jardín de la hostería y contempló con gravedad las diferentes actividades de la Naturaleza. Finalmente, decidió ir a dar un paseo.

Volvió al cabo de una hora. De pronto, la espigada figura de Bussy, que avanzaba a buen paso hacia el mismo destino que Fen, apareció en el extremo del promontorio que se alzaba detrás de la hostería. En cuanto lo vio, el policía de incógnito se desvió de su ruta y echó a andar con decisión hacia él. Sus caminos se encontraron junto a los tres abedules flacos.

—No esperaba hallarte con tanta facilidad —jadeó Bussy, encantado con los designios de la fortuna—. Fen, necesito tu ayuda... ¡Debes ayudarme! Lamento decirte que lo que te voy a pedir entraña sus riesgos, pero sé que no te importará.

Fen lo examinó de arriba abajo y, tras un apresurado diagnóstico de «entusiasmo inconsciente», suspiró con resignación. El amor propio le obligó a aceptar, sin ningún entusiasmo en absoluto, la frívola suposición de su indiferencia ante el riesgo que tan alegremente había hecho el policía.

—No, no me importa en absoluto.

—Bien —Bussy cambió de tema sin mostrar el menor indicio de gratitud—. Tiene que ver con el caso Lambert, por supuesto. Se trata de un asunto que no puedo manejar solo. Me resulta imposible darte los detalles porque he de coger un tren.

—¿Te marchas? —preguntó Fen, sorprendido.

—En apariencia, sí. Quiero que todos crean que he regresado a Londres. Pero, en cuanto oscurezca, estaré de vuelta. Entonces nos veremos y te lo explicaré todo.

—¿Y dónde piensas pasar la noche?

—Al raso.

—Te congelarás, por no hablar de otras incomodidades. Deberías buscar algún sitio donde refugiarte... Si es que te propones dormir, claro está.

—De acuerdo —respondió Bussy, impaciente—. En tal caso, cualquier granero o establo me servirán...

—O quizá una de las casetas del campo de golf.

—Lo que tú digas. —Era evidente que aquel asunto no le interesaba en absoluto—. Las casetas tienen la ventaja de que además nos proporcionan un lugar seguro para vernos.

—¿Y a qué hora quedamos?

—Digamos que a medianoche. Para entonces ya estaré de vuelta, pero, si no es así, espérame.

—Sí. Sugiero que nos encontremos en la caseta del cuarto *green*. —Los paseos de Fen lo habían familiarizado con la topografía del campo de golf—. Es razonablemente confortable.

—Servirá —dijo Bussy. Luego, al parecer, recordó algo—: Fen, supongo que sabes que no tienes por qué meterte en este asunto.

Fen abrió la boca para tranquilizarle, pero Bussy, que evidentemente consideraba aquella declaración una simple formalidad, no le dejó hablar.

—Todo decidido, pues. No sabes cuánto deseo contar con tu colaboración...

Fen pensó que, para Bussy, una negativa ante aquel asunto era tan inconcebible como para un jardinero fanático que guía a un invitado entre sus preciosos arriates lo sería una respuesta afirmativa a la pregunta «¿Se aburre?». Era inevitable que los hombres que creían tener una misión en la vida mostrasen siempre cierta descortesía...

El reloj de la iglesia dio las seis. De pronto, la determinación de Bussy se transformó en ansiedad.

—¡Dios mío, tengo que irme! Todavía no he hecho el equipaje... Nos vemos a medianoche.

—Un momento. ¿Es que nadie más está al corriente de esta... maniobra tuya? ¿Ni siquiera la policía local?

—No, nadie. Y confío en tu máxima discreción.

—Sí, por supuesto.

Bussy, con un simple gesto de asentimiento a modo de despedida, dio media vuelta y bajó la ladera en dirección a la hostería, posiblemente absorto en los detalles de su plan. Fen lo observó unos instantes y luego lo siguió, caminando despacio. El pensamiento de que la determinación siempre tiene algo de absurdo le hizo esbozar una sonrisa. Pero esta se esfumó en sus labios cuando recordó que se acababa de comprometer a participar en una confusa y probablemente agotadora misión nocturna, que, para colmo, según Bussy, «entrañaba sus riesgos». Si cierto grado de peligro resulta tolerable cuando sobreviene de improviso y la sangre rebosa adrenalina, es también cierto que carece por completo de encanto como perspectiva futura, sobre todo si dicho peligro es de naturaleza totalmente indefinida. Fen llegó a la hostería bastante desanimado.

Hacía tiempo que había perdido a Bussy de vista y pensó que ya debía de estar haciendo el equipaje o pagando la cuenta. Fen fue vagamente consciente de que un coche arrancaba en dirección a Sanford Morvel, de unos pasos rápidos y ligeros que se alejaban por la calle del pueblo, del rumor de un vehículo que se acercaba y de la atronadora

vehemencia de su bocina. Pero aquellos detalles tan solo flotaban en la remota periferia de su mente, y el grito de advertencia, el lamento ahogado y el súbito frenazo se mantuvieron un largo instante en ese segundo plano antes de que, con el corazón encogido, Fen recuperase la conciencia de su entorno y cayera en la cuenta de lo que aquellos sonidos significaban en realidad. Y entonces cruzó a toda velocidad el jardín de la hostería.

A unos cien metros de donde se encontraba, la carretera dibujaba una pronunciada curva. A la derecha, un alto muro de ladrillo pardo separaba la hostería del tráfico que por allí circulaba. No había acera, solo un arcén de apenas treinta centímetros de ancho cubierto de hierba y ortigas. En tales condiciones, era de esperar que se produjera un accidente y, al parecer, este había sido de los graves. Entre las ruedas de un camión con un motor vibrante atravesado en mitad de la calzada, yacía la inmóvil figura de Jane Persimmons. Al acercarse corriendo, Fen descubrió que el conductor del camión, una aldeana de mediana edad y un anciano, cuyas caras eran la viva expresión de la perplejidad y la conmoción, se habían congregado alrededor del cuerpo de la chica.

Fen se arrodilló junto a la joven y le buscó el pulso: su corazón todavía latía, aunque de forma débil e irregular. Después echó un rápido vistazo a la sangre oscura que manchaba el cabello despeinado, a su labio inferior partido, a la palidez tiznada de su piel, al bolso que descansaba junto a su mano abierta y a su contenido —un pañuelo de encaje, un llavín, una polvera, un pintalabios, una pitillera barata y una caja de cerillas— desperdigado sobre el polvo. Luego se enderezó, evaluó con un golpe de vista la inteligencia relativa de las tres personas que se encontraban a su lado y dijo, dirigiéndose al conductor del camión:

—Vaya cuanto antes al *pub* y entre por la puerta lateral. En un pequeño despacho, justo a la izquierda, verá un teléfono. Llame a una ambulancia. Explíqueles que se trata de un caso de conmoción cerebral o de una fractura en la base del cráneo y que, si quieren que sus servicios resulten útiles, tienen que venir cuanto antes.

El hombre —Fen se percató entonces de que era joven y estaba temblando y a punto de vomitar— vaciló un instante, y luego asintió y echó a correr hacia la hostería. Fen volvió a arrodillarse junto a Jane Persimmons y fue comprobando uno a uno el estado del resto de sus huesos, desde el tobillo hasta el cuello. Su atento escrutinio le mostró que no tenía lesiones palpables, salvo algunos hematomas, aunque no podía descartarse tampoco una hemorragia interna... Frunció el ceño, perplejo. El estado de la joven concordaba con la naturaleza del accidente, pero lo que le resultaba verdaderamente extraño eran las circunstancias en las que este se había producido. La llegada de un camión nunca es discreta y, además, el conductor había tocado el claxon varias veces...

La aldeana intervino con timidez, casi susurrando.

—A lo mejor sería preferible que llevásemos a la chiquilla a mi casa, señor. Puedo ayudarle a trasladarla.

Fen sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—No debemos moverla. —Se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas del

pantalón—. Lamentablemente, no podemos hacer nada hasta que llegue la ambulancia.

La mujer bajó la vista a la cara bonita, patética y ensangrentada de Jane con un gesto de compasión tan intenso como carente de curiosidad morbosa y, sin parar de cambiarse de un brazo al otro, de un modo mecánico, un cesto vacío, emitió un profundo suspiro. Sin embargo, probablemente debido a una carencia de imaginación, no estaba tan nerviosa como el conductor, cosa que la convertía en una testigo de fiar.

—¿Ha visto usted el accidente? —le preguntó el profesor.

Así era. Estaba tendiendo la colada en el jardín cuando había visto salir a Jane de la hostería con expresión preocupada y caminar por la carretera a buen paso. El camión había dado varios bocinazos y Jane se había mantenido en el arcén. Pero, de repente, al volverse para mirar hacia la hostería, se había desplazado al centro de la calzada.

—He dado un grito para avisarle —concluyó la mujer—, pero no ha servido de nada. Y el camión ha intentado esquivarla, también sin éxito. ¡Y mire lo que ha pasado!

—¿No había nadie cerca de ella en el momento del accidente? Puede que alguien la empujara o la zarandeara...

La mujer lo miró con cara de sorpresa.

—No, señor. Estaba completamente sola. No había nadie a la vista, solo mi padre y yo.

—¿Y está segura de que el conductor no la ha atropellado intencionadamente?

La mujer se escandalizó.

—¡Bonita pregunta! —exclamó, indignada—. ¡Pues claro que no, pobre hombre! ¿Por qué iba a hacer algo tan espantoso?

Y, dicho esto, se apartó unos pasos del leproso moral que había planteado la pregunta, observándolo con patente desconfianza.

Justo en ese momento, la víctima de la acusación de Fen regresó para contarles que una ambulancia estaba en camino. Su relato de lo sucedido confirmó el testimonio de la mujer de cabo a rabo, como también lo hizo, si bien de forma algo más rudimentaria, el del padre de la mujer. Era indudable, concluyó Fen, que se trataba de un desafortunado accidente. ¿A qué se debía entonces su escepticismo? Sí, la joven se había mostrado preocupada, pero caminar sumido en reflexiones, por muy profundas que estas sean, no significa que invariablemente vaya a precipitarse uno en una involuntaria inmolación, como demostraba la continuada supervivencia de uno de sus colegas de Oxford, que tenía la peligrosa costumbre de deambular por las calles absorto en la lectura de un libro. Los sentidos de la gente, por muy distraída que esta fuese, seguían facilitándoles información, que una suerte de mecanismo esotérico trasladaba al centro de su inteligencia siempre que su supervivencia así lo requería. Lo mismo tendría que haberle sucedido en aquel momento a la muchacha, pero, en su caso, quedaba claro que la información no se había transmitido correctamente y, por lo tanto, no se habían disparado las alarmas. Tenía que haber oído el camión, pero lo había ignorado por completo.

La espera se volvió interminable. El conductor, inquieto por la inactividad y

contemplando con tristeza el cuerpo inconsciente de la joven, se sentó en el estribo del camión a fumarse un cigarrillo. La mujer no le quitaba el ojo de encima a Fen, supuestamente a la espera de que soltara una nueva atrocidad. El anciano se había retirado a su jardín, donde se había concentrado en la tarea de arrancar malas hierbas, deteniéndose de vez en cuando para alzar la vista con intención de comprobar si llegaba la ambulancia. Algunos peatones que pasaban por allí se detuvieron a contemplar la escena, dieron algún consejo fútil y siguieron su camino. Poco después el taxi de Diana se paró ante la hostería. Diana se bajó y se acercó corriendo a donde ellos estaban.

—¡Dios mío, qué desastre! ¿Hay algo que pueda hacer?

—No creo, gracias. Le pediría que la llevase al hospital, pero no me atrevo a moverla.

—¿Conmoción cerebral?

—Eso o una fractura.

—Suenan mal. —Diana recogió el bolso, guardó su contenido y lo dejó sobre la hierba del arcén—. ¿Se sabe algo de la muchacha? ¿Quién es o... qué hace aquí?

La pregunta le pareció a Fen algo precipitada.

—Mucho me temo que no.

—Hay algo curioso en ella.

—¿Qué?

Pero Diana miraba la hora en su reloj.

—Se lo contaré después —dijo con voz tranquila—. Si no hay nada que pueda hacer, será mejor que me vaya, porque al parecer hay un tal Crawley que tiene que coger el tren de las 18.42, y será un milagro si llegamos a tiempo a la estación... Por cierto, he oído que sus mítines son maravillosos.

—¡Son fascinantes! —dijo Fen, satisfecho.

—Tendré que ir a reventarle alguno. —Diana sonrió, dio media vuelta y salió corriendo con notable agilidad en dirección al taxi.

Bussy, cargado con su equipaje, salió de la hostería y, tras echar un vistazo al triste grupo de la carretera, le preguntó algo a Diana. Y la respuesta debió de tranquilizarlo, porque asintió rápidamente y subió al taxi. El vehículo dio marcha atrás, cambió de sentido y partió a toda velocidad. La ambulancia llegó menos de un minuto después.

El médico y los auxiliares no tenían tiempo ni palabras que perder. Con suma rapidez y eficacia, trasladaron a la joven al interior de la ambulancia y se largaron todo lo rápido que pudieron, dejándoles el pobre consuelo de que al menos Jane seguía con vida. El policía que les acompañaba anotó, con una lentitud exasperante, los nombres, la dirección y las declaraciones de los testigos. Luego volvió a Sanford Morvel en el camión y, a su vez, Fen regresó a la hostería.

Encontró a Myra sola en el bar. Ante la amenaza de las reformas, aquel lugar empezaba a mostrar el aspecto destartado y sombrío de la Casa Usher antes de su destrucción o de la *mansión* de Vaila descrita por Shiel. Myra no estaba al corriente de lo sucedido, pues en el momento del accidente había bajado a la bodega.

—¡Pobrecilla, si no era más que una chiquilla...! Sabe, desde la primera vez que la vi

me dio la impresión de que algo la preocupaba. Parecía inquieta, nerviosa...

—Sí, yo también pensé lo mismo.

—Supongo que la policía se pondrá en contacto con su familia.

—Eso espero.

Al cabo de media hora alguien llamó desde el hospital de Sanford Morvel solicitando la dirección de Jane Persimmons, y a eso de las nueve el comisario Wolfe, de la policía local, se presentó en la hostería. Era un hombre corpulento y bien afeitado que se mostraba menos consciente de la dignidad de su cargo de lo que resulta habitual entre los miembros del cuerpo de policía. Después de examinar la habitación de Jane, pidió una cerveza y comenzó a charlar afablemente con Fen.

—El problema que ahora mismo nos encontramos es que la dirección de Nottingham que consta en el registro pertenece a una pensión. Les he llamado, pero resulta que la joven solo se alojó allí durante un mes y ellos no saben ni siquiera si tiene parientes. Seguro que habrá alguien con quien debemos comunicarnos, pero que me aspen si sé de quién se trata.

—¿No han encontrado ninguna carta en sus bolsillos, ni en el bolso?

—Nada. Un diario en blanco, eso es todo. Tiene la página de rigor para los datos personales, con el habitual «En caso de accidente, pónganse en contacto con...», que ella ha rellenado con la frase «el hospital más cercano», lo que demuestra su excelente sentido del humor, pero, evidentemente, no nos sirve de nada más.

—¿Tampoco han hallado ninguna pista en su habitación?

—Nada. Nunca me había topado con alguien tan desprovisto de documentos. Bueno, encontramos esto... —Wolfe estaba señalando una cajita rectangular de acero negro que llevaba bajo el brazo—, pero está cerrada a cal y canto. La llave no ha aparecido, y no sé si estaría justificado que la fuerce en estas circunstancias... Prefiero esperar primero noticias de la policía de Nottingham, que va a registrar las pertenencias que dejó en la pensión... ¿No sabrá usted cuál era el motivo de su visita?

Fen negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Ni usted ni nadie. —Wolfe apuró su bebida—. Bien, será mejor que me vaya. Encantado de conocerle.

—Antes de irse, dígame qué opinan los médicos de su estado.

—Conmoción cerebral. No están seguros de cuál será la evolución. Sigue inconsciente, claro, y posiblemente permanecerá así unos días más. Un asunto muy desagradable, sobre todo porque la responsable es la misma accidentada... En fin, adiós.

Después de despedirse del cordial Wolfe, Fen salió en busca de Myra. Le informó de que regresaría tarde y de que incluso podría ser que pasara la noche en casa de unos amigos y no volviera a dormir.

—Le daré una llave, querido, y así podrá entrar por la puerta lateral a la hora que usted quiera. Jackie y yo también llegaremos tarde... ¡Vamos a bailar!

—Espero que se diviertan.

—Lo mismo digo, querido. Salude de mi parte a la afortunada.

—Lamentablemente, no se trata de eso. Es una cuestión de trabajo, no de placer. ¿Cómo está Samuel?

—Ha vuelto esta tarde. Me ha ofrecido dos huevos, pero con una condición.

Fen estaba escandalizado.

—¿Dos huevos? Esa oferta se me antoja de lo más triste. Herodes le ofreció a Salomé cien pavos reales blancos. Dos huevos me parece una proposición insultante.

—Sí, supongo que lo son, ahora que lo dice. —Evidentemente, Myra no se había planteado aquel aspecto de la cuestión—. ¡Y dos huevos pequeños, para colmo, como los que ponen las gallinas enanas!

—La próxima vez, yo insistiría en los cien pavos reales blancos. O crisólitos y berilos, crisopasas y rubíes.

—O la cabeza de Juan Bautista en una bandeja —propuso Myra—. Insistiré, en cualquier caso... ¿Sabe lo que va diciendo el desgraciado de su mujer? «Es fría como una comadreja muerta», eso es lo que dice.

—¡Pobre hombre! —lo compadeció Fen—. Bueno, pues no es probable que dos huevos de gallina enana le proporcionen mucho consuelo.

En cuanto tuvo la llave en su poder, se retiró a su habitación y dormitó inquieto hasta las once y media de la noche.

Quince minutos después, salía de la hostería. La luna, casi llena, brillaba entre un millón de estrellas. «Me aterra el silencio eterno de esos espacios infinitos», había dicho el hipotético agnóstico de Pascal, lo que posiblemente significaba que ese silencio no le aterraba en absoluto. En lo que respecta a inmensidades interestelares, los cristianos se habían llevado la mejor parte, pensó Fen. Los matemáticos solo alcanzaban a aventurar sus billones y miríadas, los libertinos temblaban al contemplarlas, pero el cristiano, seguro en una cosmología que las consideraba irrelevantes, podía observar la multitud de soles remotos como algo concebido sin más propósito que solazar la vista durante paseos nocturnos como aquel; podía imaginarlas como mirillas seráficas en el suelo del cielo o (más vividamente) como pátinas de resplandeciente oro... «La tierra entera, como Dánae, a las estrellas se expone», murmuró Fen para sí, abandonando la teopatía para centrarse en sus derivaciones poéticas. *Pátinas de resplandeciente oro. El resplandeciente oro con Dánae. Dánae a las estrellas.* Meditando profesionalmente sobre la posible génesis del verso de Tennyson, cruzó en silencio el huerto y salió a la ladera situada detrás de la hostería.

Los tres abedules flacos estaban cubiertos de escarcha, y el lejano bosque también parecía sumergido en un lago de luz plateada. La silueta de una lechuza blanca con un ratón en el pico se recortaba nítidamente contra la luna. Cuando se encontraba a escasos metros del bosque, Fen oyó el embriagador canto de los ruiseñores. «Un bosque de ruiseñores...». No resultaba improbable que en su interior acechase, encarnado en el loco

huido, un hijo de Circe, con intenciones menos sutiles que las de Comus, aunque su objetivo fuese básicamente el mismo. Además, en algún lugar, bañado por la luz de aquella misma luna, respiraba también el asesino de la señora Lambert, por lo que, en lo que respecta a ruiseñores, el «rígido sudario mancillado» de Eliot quizá fuese más pertinente en aquellos momentos que la agradable y ambigua visión de Williams. En la caseta del campo de golf, inmune a la magia nocturna, Bussy estaría meditando sobre la estricnina... Paralizado por esta deprimente idea, Fen se detuvo de repente. Él, al igual que los miembros de la raza felina, disfrutaba mucho de la oscuridad de la noche. En su opinión, el tiempo que sucedía a la caída del sol pertenecía al mundo mágico en el que se desarrollaban toda clase de aventuras, y si duda en aquel instante había una aguardándole, aunque sospechaba que esta vez no sería sutil y ennoblecedora, sino más bien farragosa y miserable. Resistiéndose a la tentación de renunciar, se internó en el bosque con escaso entusiasmo.

Ningún encuentro —ni priápico ni homicida ni de ningún otro tipo— animó su travesía. Después de subir los peldaños del cercado que daban al campo de golf, atravesó una aulaga cuyas flores doradas mostraban ahora un aspecto pálido y siniestro. Ante sí se encontraba la calle del tercer *green*. Recordaba que el cuarto era un hoyo breve del que le separaba una hondonada escarpada, rodeada de zarzas. Tras sortearlas, no sin cierta dificultad, divisó el *green* y la caseta. Y, de repente, le pareció que alguien se alejaba de allí furtivamente, aunque en aquella penumbra era difícil asegurarlo, y se detuvo, presa de cierta intranquilidad... Pero no tardó mucho en reaccionar, y caminó todo lo rápido que pudo hacia el punto de encuentro. Un vacilante resplandor naranja, que no alcanzaba a iluminar la absoluta oscuridad, surgía de su interior.

—¡Bussy! —susurró.

Entonces percibió un movimiento a su lado, seguido de un suspiro prolongado y débil. Fen se sacó una linterna del bolsillo y la encendió. La luz se posó primero en unos ojos vidriosos para pasar a enfocar a continuación el resplandeciente mango del cuchillo que sobresalía de la mutilada garganta de Bussy. El inspector movió los labios, tratando de decir algo. Y Fen escuchó de nuevo el sonido de una vacua e inútil exhalación. Bussy se ahogaba en su propia sangre, y sus uñas arañaban convulsivamente la madera.

Después, se hizo el silencio.

## CAPÍTULO II

**A** las cinco en punto de la tarde siguiente, que era martes, el comisario Wolfe, de la policía de Sanford Morvel, y el inspector Humbleby del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, se acercaron a The Fish Inn para hacerle una visita a Fen.

En un extremo del jardín había un rodillo de hierro de gran tamaño, de los que se usan para allanar los campos de críquet. Su mango estaba apoyado, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, en el tronco de un haya, y Fen había descubierto que si colocaba sobre él unos cojines para protegerse del frío metal, el rodillo se transformaba en una tumbona relativamente cómoda. En un estado hierático, parecía sumido en un inquieto sopor. El sol se ponía inexorablemente en el oeste y había dejado de calentar el lugar que él había elegido para su descanso, como si todo el mecanismo cósmico se hubiese aliado con el único propósito de incomodarlo.

Aunque ya suponía, incluso antes de emprenderla, que una campaña electoral consumiría todas sus energías, también había esperado que le proporcionase la mítica rivalidad y la emoción del conflicto ideológico. Y con esa convicción se había lanzado en pos de aquellos cuatro días de carrera política. Sin embargo, cualquier expectativa razonable sobre las satisfacciones que le proporcionaría la vida política se hallaba ahora en franca retirada, víctima de un hecho indiscutible: resultaba sumamente complicado imaginar algo menos apasionante que las elecciones de Sanford, y la culpa no era de los candidatos ni de sus agentes, sino de los electores. Ganarse a aquel electorado se asemejaba demasiado a intentar explicarle el teorema del binomio a una escoba; se negaban a admitir ningún tipo de propuesta nueva. Como el oro mágico o las satánicas huríes que tentaban a los ermitaños de La Tebaida, los electores se desvanecían al tacto, desaparecían. Cuando el capitán Watkyn le advirtió que «gran parte» de ellos eran políticamente apáticos, solo había usado un eufemismo. En los intercambios de cortesía con sus oponentes laborista y conservador, Fen había acabado por descubrir que estaban tan atados de pies y manos como él, que el público que acudía a sus actos electorales era tan escaso como el que asistió al de Fen el domingo anterior y que, como ni los mítines ni la campaña avanzaban en ninguna dirección, ambos pensaban dedicarse a tales actividades con el mínimo esfuerzo requerido por la decencia profesional. «Hacer campaña...», se dijo irónicamente Fen, disgustado. Aquella mañana había «hecho campaña» en Peek, y le resultaba imposible imaginar un mayor despilfarro de energía. Debía admitir que Peek no se caracterizaba, como Sanford Morvel, por su vacuidad espiritual, pero, sin embargo, como se trataba de uno de los centros de contrabando más célebres de todo el país, su venta clandestina de *whisky* y de cerdo sacrificado ilegalmente

absorbía a sus habitantes de tal forma que excluía cualquier otro tipo de interés. Al encararse a alguien cuya misión no guardaba relación alguna con el mercado negro, los habitantes de Peek se limitaron a reaccionar con una especie de sorpresa abochornada; la misma, pensó Fen, que habría mostrado una joven dama al oír involuntariamente una anécdota indecorosa.

Algo anquilosado, recolocó los cojines para tratar de encontrar una postura más cómoda. La frustrante naturaleza de su misión en Sanford Angelorum habría sido más tolerable si no hubiese interferido con asuntos de mayor interés, como el estudio de varias personas que había conocido y los enigmas relacionados con los asesinatos de Bussy y de la señora Lambert. Para colmo, se encontraba en la posición de un hombre que, al comparar los méritos de dos espectáculos, no solo hubiese elegido mal, sino también de un modo definitivo e irrevocable. Tampoco le consolaba pensar que la indiferencia cívica le dejaría mucho tiempo para dedicar a asuntos ajenos a su incipiente carrera política, pues era consciente de que, tarde o temprano, en el momento decisivo, lo arrastrarían, muy a su pesar, a un estrado, y lo obligarían a declamar sobre los pilares morales y económicos de aquel polifacético distrito.

Fue entonces cuando vio que Wolfe y Humbleby se acercaban al lugar donde él se encontraba. Había hablado con Wolfe la noche anterior, junto al rígido cadáver de Bussy, y la identidad de Humbleby era fácil de deducir. A aquellas alturas, todos conocían de sobra los motivos de la presencia de Bussy en la zona, y era de esperar que entre el jefe de policía del condado y el subjefe de Scotland Yard se palpase cierta tensión. Pero lo cierto es que tal tensión, si existía, no se traslucía en absoluto en la forma tan cordial en la que se trataban ambos individuos. Humbleby, un hombre mayor, pulcro, afable, de cara redonda y colorada, y tocado con un sombrero de fieltro que casi le tapaba los ojos, se mostró bastante satisfecho durante las presentaciones. Después, buscó una silla con la mirada y, al no encontrar ninguna, se sentó sobre la hierba, junto al rodillo. Wolfe lo imitó. Fen pensó que entre todos ofrecían la imagen de un retablo en el que él, un monarca oriental, recibía en audiencia a los emisarios de una compañía petrolífera norteamericana.

—Bien, bien... —dijo Humbleby, levantando la vista para mirar a Fen—. Me alegra mucho que no esté ocupado, me alegra muchísimo... Hemos venido, como ya se imaginará, para hablar con usted de la muerte del pobre Bussy.

—Un asunto detestable —intervino Wolfe, malhumorado—. Lo lógico sería que un distrito rural como este fuese de lo más apacible, ¿verdad? Pues no llevo ni dos meses destinado aquí y ya he tenido que vérmelas con un caso de chantaje, un caso de malversación, un loco huido del manicomio, un terrible accidente de tráfico y dos asesinatos, por no mencionar los hurtos menores, el contrabando y los borrachos ocasionales... ¡Ni que estuviéramos en el mismo Chicago!

—Complicado —dijo Humbleby con toda naturalidad, pues no parecía que aquel catálogo de vilezas le hubiese impresionado demasiado—. Parece complicado, sin duda... No obstante, será mejor que vayamos al grano.

—Que consiste en preguntarle, profesor Fen, qué hacía ayer a medianoche en el campo de golf. —Wolfe arrancó una margarita y la miró, distraído—. Tendría que habérselo preguntado entonces, pero, con tanto jaleo, lo pasé por alto. ¿Estaba usted dando un paseo? —sugirió el policía con consideración.

—Pues no. —Fen se incorporó, intuyendo que su postura podría interpretarse como una descortesía—. Había acordado previamente verme allí con Bussy.

—Por supuesto. —La plácida pronunciación de Humbleby se tensó al articular aquellas palabras—. Quizá podría explicarnos...

—Fue como sigue —dijo Fen, y pasó a resumir lo esencial de sus dos entrevistas con Bussy, omitiendo intencionadamente cualquier referencia a esa extraña circunstancia del asesinato de la señora Lambert que tanto él como Bussy habían observado—. Llegué puntual a la cita, y me pareció ver escapar al asesino... A menos que me engañasen las sombras.

—Creo que es muy posible que le viese —dijo Humbleby—. El forense ha confirmado algo que ya era bastante obvio: Bussy no pudo vivir más de un par de minutos después de que le clavasen ese cuchillo en la garganta. Si hubiese llegado usted cinco minutos antes... —Hizo un gesto de impaciencia—. Pero de nada sirve pensar así. Esa modalidad de condicional no tiene la menor utilidad en el caso que nos ocupa.

Todos guardaron silencio durante unos instantes para tratar de sopesar la importancia de lo que Fen acababa de contarles. El humo salía perezosamente de una de las chimeneas de la hostería. De repente, apareció una oveja en la misma ladera donde veinticuatro horas antes Fen había hablado con Bussy por última vez. Era la primera de un rebaño que no tardó en salpicar el terreno como fragmentos de sucio algodón.

—Evidentemente, existe un móvil —dijo Humbleby—. Bussy había conseguido, o estaba a punto de conseguir, pruebas que llevarían al asesino de la señora Lambert a la horca, y el asesino lo adivinó, y supo que la única opción que le quedaba era acabar con él.

—Una hipótesis de lo más sensata —reconoció Wolfe—. Aunque lo cierto es que a estas alturas no nos hace falta un móvil.

—¿Que no hace falta un móvil? —Fen estaba perplejo.

—Todo indica que fue Elphinstone quien apuñaló a Bussy.

—¿Elphinstone?

—El loco. Al parecer, pretendía pasar la noche en la caseta. Es el primer rastro auténtico que hemos encontrado de él.

—Pero no tenía entendido que fuese un homicida...

—La conducta de los enfermos mentales es totalmente impredecible —declaró Humbleby con cierta impaciencia—, y nos faltan aún muchas cosas que descubrir de las distintas formas de demencia. Los médicos afirman, desde luego, que ellos saben determinar si un loco es capaz de matar, pero la realidad es bien distinta. Además, por lo que me ha dicho el doctor Boysenberry esta mañana, Elphinstone es un caso complejo e inclasificable. El segundo adjetivo significa, creo yo, que nadie conoce las causas de su

locura, ni su cura, ni cuáles pueden ser sus reacciones ante un determinado conjunto de circunstancias. Por lo que la suposición de que mató a Bussy no tiene nada de intrínsecamente imposible.

—Pero, dado que existe un patente motivo racional para que otra persona cometiera el crimen, esa suposición debería comprobarse de forma exhaustiva —señaló Fen.

—Estoy plenamente de acuerdo. Y debemos tratar esa cuestión de inmediato. —Humbleby hizo una pausa para considerar la mejor forma de abordar el asunto—. Cabe la posibilidad, desde luego, de que el asesino de la señora Lambert se encontrase con Bussy de casualidad. Pero a esa hora, y en ese lugar, me resulta muy improbable, y creo que, desde un punto de vista práctico, podemos descartar esa opción. También existe la posibilidad de que el asesino de la señora Lambert...

—A quien podemos llamar X —sugirió Wolfe.

—Aunque poco original, X será mucho más conveniente, sí —asintió Humbleby rápidamente—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, ya...! También es una opción que X siguiera a Bussy hasta la caseta, pero resulta algo descabellada. Sin duda, Bussy se mantenía alerta, y solo es posible seguir a un hombre durante tanto tiempo si este no sospecha nada en absoluto. Si alguien lo seguía, Bussy se habría dado cuenta. Y, de haberlo sabido, no le habrían cogido desprevenido... Sobre todo porque iba armado.

—Y eso —dijo Fen desde el empíreo— no nos deja más alternativa que suponer que X sabía de antemano que Bussy iría a la caseta y lo estaba esperando allí.

—¡Así es! Y es aquí donde es necesaria su colaboración. ¿Estaba alguien, tal vez ese tal X, al corriente de su cita?

—No, absolutamente nadie —afirmó Fen—. En primer lugar, Bussy insistió mucho en que no le había dicho a nadie en qué andaba metido. En segundo lugar, yo tampoco se lo conté a nadie. Y, tercero, aunque alguien nos hubiese visto desde alguna habitación de la hostería, por ejemplo, cuando fijamos la hora y el lugar de nuestra cita, es del todo imposible que alcanzase a escuchar lo que decíamos desde tan lejos.

Yo mismo me aseguré de eso. Hablábamos en voz muy baja y, además, ya descarté en aquel momento que alguien pudiese estar oculto en las inmediaciones.

—De lo cual se deduce que X no mató a Bussy —dijo Wolfe—. Además, si Bussy hubiese informado a un tercero del encuentro, se habría aproximado a la caseta con precaución, lo que no fue el caso... Por lo que tenemos que excluir a Y.

—A menos —intervino Humbleby con ironía— que identificásemos a X con el profesor Fen... No obstante, si dicha identificación fuese correcta, al señor Fen no le interesaría insistir en que solo Bussy y él conocían el lugar del encuentro.

Y Humbleby, con lo que supuestamente consideraba un gesto de excelente humor, les dirigió una sonrisa maliciosa.

—Yo no lo maté —dijo Fen con frialdad—, pero me gustaría saber cómo han llegado a la conclusión de que fue el loco el que lo hizo.

Humbleby dejó de sonreír y se puso serio.

—Pues bien, se lo explicaré: para empezar, tenemos la pequeña hoguera que ardía en

el interior de la caseta. Usted la vio, ¿verdad?

—Sí. Por la ceniza que la rodeaba, calculé que no llevaría encendida más de una hora.

—Es posible —reconoció Humbleby con cautela—, pero a lo que voy es a lo siguiente: en la hoguera encontraron unos quevedos sin montura que el doctor Boysenberry ha identificado como los que desaparecieron de su despacho, y que sin lugar a dudas había sustraído el loco durante su huida. Por tanto, a falta de pruebas que lo contradigan, es razonable deducir que fue el loco quien encendió la hoguera.

—Es muy posible, pero también lo es que abandonase su campamento y se marchara antes de que se cometiese el asesinato.

—Sí. Pero lo contradice un hecho: está prácticamente probado que fue él quien robó el cuchillo con el que se cometió el crimen. Podrá usted aducir en su defensa, claro está, que el loco dejó el cuchillo allí tirado y que alguien lo recogió para atacar con él a Bussy, pero esa posibilidad resulta remotísima.

—Lo es, sin duda —coincidió Fen—. Hábleme de ese cuchillo.

—Alguien se lo robó ayer por la tarde —dijo Wolfe— a un hombre llamado Judd que escribe novelas policíacas. Lo cogieron de su casa. Por cierto, se trata de un cuchillo pastón, aunque no es que eso tenga ahora ninguna importancia. Judd y su ama de llaves se ausentaron toda la tarde y alguien, supuestamente el loco, entró por una ventana, robó el cuchillo y una lata de jamón...

—Que encontramos, vacía, junto al cadáver de Bussy —interrumpió Humbleby.

—Y además dejó una firma en casa de Judd —concluyó Wolfe.

—¿Una firma? —preguntó Fen, interesado—. ¿Se refiere a su nombre?

—No, no me refiero a eso... Quiero decir que dejó unas palabras garabateadas con pintura roja en la pared de la cocina: «Abajo Taft».

—¿Abajo qué?

—Taft —dijo Wolfe, riendo—. Taft fue candidato a la presidencia de los Estados Unidos en 1912.

—Sigo sin comprender...

—No me extraña. —Wolfe rio abiertamente, lo que hizo que Humbleby le dirigiese una mirada de desaprobación—. Yo tampoco lo habría entendido si no hubiese sido porque cuando Elphinstone escapó del manicomio, el doctor Boysenberry facilitó cierta información a la policía. Al parecer, a veces a Elphinstone le da por creer que es Woodrow Wilson.

—¡Ah! —Fen lo comprendió de inmediato—. Y Taft fue uno de los oponentes de Wilson en la elecciones de 1912. De modo que cuando Elphinstone entró en casa de Judd, probablemente se creía Wilson en plena campaña de 1912.

—Eso sospechamos —asintió Humbleby—. Y estas son, en resumen, las evidencias que incriminan a Elphinstone. No es que resulten del todo concluyentes, pero las pruebas casi nunca lo son.

—No han mencionado las huellas dactilares —señaló Fen—. Si Elphinstone mató a

Bussy, habrán encontrado sus huellas en el mango del cuchillo.

Wolfe negó con la cabeza. La sola mención de aquel tema pareció sumirle en una profunda depresión.

—No ha sido así. Y tampoco hemos encontrado ninguna huella en casa de Judd.

—¿Y eso significa...?

—No significa nada en particular. Verá, además de imaginar que es Wilson, a Elphinstone le obsesionan los guantes. Le encantan, y lleva guantes siempre que puede, independientemente del tiempo que haga.

—Pero ¡eso no es cierto! Yo mismo tuve un encuentro fugaz con él cuando me dirigía al pueblo desde la estación y no vi que llevara guante alguno.

—¡Ah, había olvidado que usted también se cruzó con él! Pero en aquellos momentos estaba desnudo, ¿verdad?

—Salvo por los quevedos, sí.

—El doctor Boysenberry nos ha explicado —dijo Humbleby, decididamente desanimado— que la obsesión por la desnudez y la obsesión por los guantes nunca le sobrevienen de forma simultánea, pero que la obsesión por los guantes y por Wilson casi siempre coinciden en el tiempo... A menudo me da por pensar que el diagnóstico de la demencia suena tan demencial como la demencia misma —añadió, irritado—. En cualquier caso, está demostrado que a Elphinstone le encanta llevar guantes, por lo que la ausencia de huellas dactilares en la escena del crimen no se contradice en absoluto con la hipótesis de que él sea el culpable de la muerte de Bussy.

El sol se estaba poniendo y una suave brisa soplaba entre las hojas de los árboles. Se produjo entonces un nuevo silencio, que Fen se encargó de romper.

—¿Cuándo tendrá lugar... la investigación judicial?

—Tal y como están las cosas, mañana mismo. Y el funeral será el próximo jueves.

—¿Y defenderán la teoría de que Elphinstone lo mató?

—¿Qué otra teoría hay? —dijo Humbleby—. Sin duda, para el asesino de la señora Lambert resulta de lo más conveniente que Bussy haya muerto precisamente ahora, pero las pruebas, como le acabo de explicar, señalan a Elphinstone como único responsable.

—Lo que no conseguimos averiguar es dónde se esconde Elphinstone —intervino Wolfe, irritado—. Hemos peinado todo el distrito, pero hasta anoche no habíamos encontrado ni rastro de él. Y ha vuelto a esfumarse.

—Pues esta vez tendrán que encontrarlo o cundirá el pánico —dijo Humbleby.

—Nada me complace más que informarles de que están a punto de llegar refuerzos procedentes de otra división, ya que hasta el momento nuestros recursos eran muy limitados. Sí, lo encontraremos. Dentro de unos días esto será un hervidero de policías.

Fen se revolvió, incómodo, en su regio promontorio.

—¿Registraron los bolsillos de Bussy? ¿Y su equipaje?

—En efecto, pero no hallamos nada de utilidad —respondió Humbleby—. Fuesen cuales fuesen sus teorías sobre el asesinato de la señora Lambert, no las puso por escrito. Por tanto, en lo que respecta a ese asunto, seguimos tan perdidos como antes, a menos

que... ¿Tiene usted alguna idea de cuáles eran las intenciones de Bussy?

—Por desgracia, ninguna —dijo Fen con sinceridad—. Precisamente iba a contarme sus planes en la caseta. —Se dirigió a Wolfe—. Deduzco de sus palabras que la investigación del caso Lambert no ha tenido resultados satisfactorios, por ahora.

—Está usted en lo cierto. Iba a solicitarle al jefe de policía que se pusiese en contacto con Scotland Yard, y ahora que Humbleby está aquí le transferiré encantado este deprimente asunto.

—Gracias —dijo Humbleby—. Suena de lo más fascinante.

—Una cosa más sobre Bussy. —Fen quería resolver sus dudas—. ¿Cómo consiguió regresar de la estación sin ser visto?

—No estamos seguros del todo —respondió Wolfe—. Sabemos que compró un billete para Londres en la estación y sabemos que subió al tren de Londres en Sanford Morvel. Después todo se vuelve impreciso, pero suponemos que se apeó sin ser visto en Wythendale, birló una bicicleta en el pueblo, pedaleó hasta Sanford Conover, abandonó allí su improvisado vehículo y fue andando hasta el campo de golf.

—¿Y su equipaje?

—Lo dejó en el furgón para que llegase a Paddington. —Humbleby se levantó, sacudiéndose la hierba y la tierra de los fondillos del pantalón. Justo entonces, el reloj de la iglesia dio las seis—. ¡Cómo se apresura el carro del tiempo! Lamentablemente, a diferencia del poema de Marvell, a nosotros el tiempo nos conduce a algo menos tentador que a los favores de una recatada amante: a la conferencia del jefe de policía. Wolfe, si queremos llegar puntuales, tenemos que irnos.

—En efecto —dijo Wolfe, levantándose—. Gracias por su ayuda, profesor Fen. Mucho me temo que hemos de requerir su presencia mañana, en la investigación judicial.

—Me lo suponía.

—Puede que hasta le ayude en su campaña electoral. O puede que... —Wolfe se quedó pensativo— no. En cualquier caso...

De repente, se interrumpió, y en su cara se dibujó una expresión de absoluta perplejidad.

—Pero ¿qué diantres es eso?

## CAPÍTULO 12

**H**acía ya tiempo que un ruido distorsionado iba aproximándose a la hostería. Aunque los tres lo habían oído, ninguno había interrumpido su conversación para plantearse qué estaría ocasionándolo. Ahora, transformado en una clara declamación, no podían seguir ignorándolo, y poco a poco su origen fue apareciendo ante sus ojos. Se trataba de la furgoneta con megafonía, renqueando en tercera y conducida por una señora de mediana edad, cuya implacable y feroz concentración insinuaba una escasa experiencia al volante. La furgoneta estaba cubierta de carteles que loaban los méritos y la integridad de Gervase Fen, y el altavoz cuadrifoliado instalado en el techo del vehículo emitía, espantosamente amplificadas, la voz del capitán Watkyn:

—VOTEN POR FEN, EL CANDIDATO QUE... ¿Este puñetero trasto todavía funciona, muchacho? ¿Entonces por qué ponías esa cara? Ah, ya comprendo... QUE PROTEGERÁ VUESTROS INTERESES FRENTE A LA DISCRIMINACIÓN CLASISTA Y LOS CONFLICTOS PARTIDISTAS, ES DECIR, LOS BANDOS LABORISTA Y CONSERVADOR. EL CANDIDATO QUE JUZGARÁ CADA ASUNTO SEGÚN LOS MÉRITOS QUE LE CORRESPONDAN Y QUE...

El sonido fue alejándose calle arriba con intolerable lentitud, dejando a su paso una estela de histéricos ladridos. Fen lo observó, abochornado.

—Creo que tendré que poner fin a esto.

—Bueno, en época de elecciones es lo que hay... —dijo Humbleby con una absoluta falta de sinceridad—. Recuerde, nos vemos mañana por la tarde en el Ayuntamiento de Sanford Morvel.

—A las dos y media, para ser exactos —añadió Wolfe. Luego se acordó de algo más y añadió—: En cuanto a la joven Persimmons...

—¡Ah, sí! ¿Cómo se encuentra? —preguntó Fen.

—Peor, por desgracia. No creen que vaya a resistir mucho más. Y no he sido capaz de dar con ningún rastro que me lleve a algún familiar, así que la pobre chiquilla morirá sola. Supongo... —Wolfe torció el gesto y poco después volvió a relajarse—. ¡Dios, no! Ya veo asesinatos por todas partes.

—Seguro que fue un accidente, si es a eso a lo que se refiere.

—Sí, ya lo sé. Pero ojalá lo hubiera visto... Que habría sido el caso si me hubiese quedado unos minutos más.

Fen se sorprendió.

—No sabía que anduviera usted por aquí. Supongo que fue su coche el que oí alejarse.

—Es muy posible. Había venido a investigar las quejas de un entrometido sobre el

consumo de alcohol fuera del horario legal, y esa joven cruzó unas palabras conmigo cuando ya me iba. Había perdido su cartilla de racionamiento, o algo así, y quería saber...

—Parece interesantísimo —interrumpió Humbleby con impaciencia—, pero tenemos que irnos ya, Wolfe.

—Sí, lo siento —dijo Wolfe, obediente—. Hasta mañana, entonces.

Fen los observó mientras cruzaban el jardín: Humbleby, pequeño y pulcro; Wolfe, corpulento e imponente. Se quedó unos minutos donde estaba, reflexionando sobre todo lo que se había mencionado en la entrevista. Luego suspiró, se bajó del rodillo, recogió los cojines y entró en la hostería.

Los cojines pertenecían al bar, y la tarea de devolverlos a su sitio se vio animada por una enconada discusión, que justo entonces se hallaba en pleno apogeo. Participaban en ella Jacqueline, Myra, un joven enojado y una aldeana pechugona cuya salud y vitalidad iluminaban un marco renoiresco por la rotundidad de su contorno. Por lo demás, el bar estaba vacío.

—No quiero tener nada que ver con la policía —repetía el joven hosco ante media pinta de cerveza—. ¡Si te pillan, no te sueltan! Si lo sabré yo... ¡No quiero tener nada que ver con la policía!

Myra estaba indignada.

—¿Y qué me dices de hacer justicia, Harry Hitchin? Eso ni se te pasa por la cabeza, ¿verdad? Han asesinado a un pobre hombre de una forma horrorosa, tú y Olive habéis visto al asesino, y lo único que se os ocurre es quedaros ahí sentados, repitiendo una y otra vez que no queréis tener nada que ver con la policía. Pues bien, yo sé lo que os espera: acabaréis con los huesos en la cárcel por ser cómplices del delito... ¡Ya me darás la razón! —Entonces Myra se percató de la presencia de Fen—. Si no me creéis, preguntad al caballero.

Harry Hitchin y Olive se volvieron para mirar a Fen. Olive soltó un gritito.

—¡Es él! —exclamó, señalándolo con dramatismo—. ¡Es uno de ellos!

—¡Pues claro! —Myra estaba indignada—. Fue el profesor Fen quien encontró el cuerpo.

—No quiero tener nada que ver con la policía —insistió Harry Hitchin, asustado—. Nada en absoluto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Fen.

—Vamos, Harry... ¡Cuéntaselo de una vez! Él no es policía.

—¿Y yo qué sé? Esto es una trampa, seguro.

—Será mejor que me lo cuenten todo de inmediato o conseguiré que les lleven a presidio, a los dos —amenazó Fen con implacable severidad.

La pareja lo observó con incomprensión y hostilidad.

—Me refiero a la trena —añadió Fen a modo de aclaración—. ¡A chirona! Myra, póngame un *whisky*, por favor.

Olive y Harry Hitchin deliberaron entre susurros. Fen recibió su copa de *whisky* y los

observó con expresión grave mientras se lo bebía. Finalmente, Harry dijo:

—Bueno, en realidad no nos importa que usted lo sepa.

—Muy generoso por su parte, sin duda. ¿Qué vieron exactamente, dónde y cuándo?

—Anoche. —Harry apuró la jarra de cerveza para intentar reanimar sus destrozados nervios—. Estábamos escondidos en el interior del seto, cerca del cuarto *green*.

—¿En el interior del seto? No creo que estuvieran dentro porque...

—Estábamos *rentozando* —dijo Harry sin poder disimular su satisfacción—. ¡Menuda es esta Olive para *rentonzar*!

Olive, a quien pareció agraderle el halago, añadió:

—Como siempre dice mi abuela: en la siega de la avena, la doncella se calienta.

—Su abuela es sin duda una vieja depravada... ¿A qué hora llegaron allí?

—Serían cerca de las once —respondió Olive. La derrota moral de su amante había avivado las escasas chispas de sentido común que le quedaban, y retomó el relato con entusiasmo—. Y la luna estaba casi llena. Mi abuela siempre dice: la luna llena se le nota al mozo en la entrepierna.

Fen tuvo la desagradable sensación de que aquella antología de dichos eróticos amenazaba con aplazar casi indefinidamente el objeto de la narración.

—¡Por Dios, no meta a su abuela en esto!

—¡Menuda es la abuela de Olive!

—No lo dudo, se lo aseguro. Pero ahora estoy intentando averiguar qué es lo que vieron, si es que vieron algo.

—¡Cierra esa boca! —dijo Olive con súbita furia—. No molestes al caballero. —Y aquí sonrió seductoramente a Fen, levantándose la falda varios centímetros por encima de la rodilla, posiblemente para intentar reparar el daño social que pudiese haber causado la indiscreción de Harry—. Pues bien, había luna llena, y no llevábamos mucho tiempo escondidos en el seto cuando nos percatamos de que una forma misteriosa entraba en la caseta.

—¿Una forma misteriosa? ¿Quiere decir eso que vieron a alguien que no pueden identificar?

Olive asintió.

—Estaba demasiado lejos para distinguir nada.

—Pero no era una mujer, ¿verdad?

—Podría haber sido una mujer, pero llevaba pantalones. Algunas chicas llevan pantalones y no vea cómo se les marcan las caderas... —Olive hizo una pausa para disfrutar, con evidente placer, de aquella indiscreta imagen—. Aunque también podría haber sido un hombre —admitió tras reflexionar un rato.

Fen suspiró.

—¿No se les ocurrió que podía tratarse del loco?

Era evidente que Olive no se había planteado aquella posibilidad.

—¡No, por Dios! —exclamó, asombrada—. Si hubiésemos creído que era el chalado, habríamos salido corriendo de inmediato. Verá, esa forma misteriosa encendió una

hoguera en la caseta y entonces yo le dije a Arry: «Es un vagabundo», y Arry fue y me dijo...

—Le dije: «¡Cállate de una maldita vez!» —intervino Harry—. «¡Cállate de una maldita vez!», le dije.

Harry hablaba como si el virtuosismo de aquella frase fuese a librarlo, a ojos de Fen, del desprestigio en que había incurrido.

—Así que nos quedamos mirando la caseta cerca de una hora —siguió Olive, ignorando la interrupción—, y luego, ya casi a medianoche, apareció otro tipo, un hombre flaco que caminaba mirando hacia atrás. Y fue y entró en la caseta, y entonces oímos como un ruido.

—¿Como un ruido?

—Como de lucha. Y Arry, Arry fue y dijo: «¡Dios! Se están peleando. Mejor que nos larguemos, ¡y rápido!».

Avergonzado por lo que aquel triste comentario insinuaba acerca de su hombría, Harry balbució algo.

Olive, más animada, prosiguió:

—Pero, antes de que pudiésemos movernos, el primer tipo salió y se esfumó. Y luego, un minuto más tarde, llega usted, se asoma a la caseta y después vuelve a salir a toda prisa. Y a continuación nos fuimos a otra parte, a seguir con lo nuestro —concluyó con simplicidad.

—Lo de la caseta no era asunto nuestro —se defendió Harry.

Fen volvió a suspirar.

—¿Y creen que reconocerían al primer hombre si volviesen a verlo?

—No —respondió Olive de inmediato—. No llegó por donde aparecieron usted y el hombre flaco, así que no pudimos verlo bien.

—Ha dicho que se quedaron observando la caseta y que vieron cómo entró el primer hombre, y luego el segundo. ¿Alguien más entró o salió de la caseta durante ese período?

Olive lo negó rotundamente.

—No, no se nos habría escapado.

—Pero si ustedes estaban..., ejem..., retozando, su atención...

—Lo habríamos visto —repitió Olive, convencida—. Lo habríamos visto, porque Arry siempre teme que venga mi padre con un cuchillo y se da cuenta de cuando alguien se acerca a nosotros, aunque esté aún a un kilómetro de distancia.

—Tu padre no me asusta en absoluto —dijo Harry, enojado—. Ni se te ocurra ir contando por ahí que le tengo miedo a tu padre.

—¡Eso es así, Arry Itchin! —Olive rechazó con violencia esta ofensa a su sinceridad—. Es así... Y, si no, explícame lo de esa vez que...

Fen la interrumpió.

—Bueno, ahora eso es lo de menos. La cuestión es que lo que me han contado es muy importante... La policía debería estar al tanto.

—No quiero tener nada que ver con la policía —murmuró Harry.

Pero Olive se le encaró con notable brutalidad:

—¡Tú harás lo que yo te diga, y punto! —le informó con un tono inflexible—. Y lo que yo te digo es que iremos a la policía, como este caballero nos pide...

La poca seguridad que le quedaba a Harry se desvaneció como el humo en mitad de un vendaval.

—Bueno... —asintió débilmente.

—Y será mejor que vayan ahora mismo. —Una vez conseguido su objetivo, Fen se volvió más afable—. ¿Alguno de ustedes sabe conducir?

—Sí —dijo Harry prestando atención repentinamente.

—Pues bien, mi coche está aparcado delante del patio. Pueden cogerlo para ir a Sanford Morvel si quieren.

—¡Pues claro! —dijo Harry, entusiasmado.

—Pero tráiganlo pronto de vuelta. No se lo presto para que se pasen la noche retozando por ahí.

—La abuela de Olive suele decir... —comentó Harry.

—Cuando se van las golondrinas, se preñan las mocitas —dijo Fen—. ¿Pueden acabar la bebida y marcharse de una vez, por favor?

Olive y Harry obedecieron de inmediato, y abandonaron la taberna cogidos de la mano. Fen observó en silencio cómo, tras un espeluznante chirrido del cambio de marchas, partían hacia su destino. Luego pidió otro *whisky*; esta vez, uno doble.

—¡Vaya par! —dijo Myra con resignación—. No se puede ser más tonto.

Pero entonces entraron unos clientes y Myra y Jacqueline tuvieron que atenderles. Fen, encaramado en un taburete, se sumió en sus reflexiones. Si Olive y Harry decían la verdad (y no había ninguna razón para suponer lo contrario), solo el asesino, además de él y Bussy, había entrado en la caseta del campo de golf la noche anterior. Por tanto, la hipótesis de que Elphinstone hubiese acampado allí, que luego se hubiese ido y lo hubiera sustituido el racional X ya no se tenía en pie. O bien el asesino era X, o bien era Elphinstone. Y tenía que haber sido Elphinstone, por la sencilla razón de que resultaba imposible que X hubiese sabido con antelación que Bussy pretendía ir a la caseta. Sin embargo... Una coincidencia tan conveniente para el asesino de la señora Lambert debía comprobarse exhaustivamente. Pero ¿por dónde empezar? Tras arduas reflexiones, decidió que conocer los síntomas de la demencia de Elphinstone quizá le ayudase a descubrir alguna discrepancia... Puede que, por ejemplo, el loco aborreciera el jamón en conserva. Había llegado la hora de mantener una charla con el director del psiquiátrico de Sanford Hall. ¿Cómo se llamaba? Boysenberry. Fen apuró el *whisky* y se dirigió al teléfono.

## CAPÍTULO 13

Bajo la luz de la radiante mañana de aquel verano infinito, Sanford Hall parecía, pese a sus considerables dimensiones, más comedida que arrogante, más modesta que extraordinaria. A las once en punto de aquel miércoles, mientras se acercaba a ella, a Fen le recordaba a una de esas casas de muñecas con las que juegan las niñas elegantes. Desde allí podía ver sus ventanas de guillotina cuidadosamente espaciadas, discretas y sobrias, su sólida puerta y unas chimeneas lisas cuyas siluetas se recortaban limpiamente en el cielo de porcelana. La mansión se dirigía a aquellos capaces de interpretar tales mensajes sin palabras para contarles los secretos de los majestuosos días en los que Ana ocupaba el trono y Marlborough se veía obligado a ausentarse a causa de la guerra. Al profesor se le ocurrió que llenarla de dementes demostraba una torpeza estética poco habitual, incluso para el Gobierno... Sin embargo, pensándolo bien, tal vez no fuera así, pues a fin de cuentas cabía también la posibilidad de que el arquitecto hubiese preferido que asociasen su encantador diseño a la alegre irresponsabilidad del loco más que al quisquilloso celo burocrático de un ministro entrometido.

El presupuesto para el cuidado de los jardines debía de ser modesto, porque apenas servía, como Fen podía comprobar en aquel instante, para mantener el césped y los senderos limpios. También advirtió que no disponían de las más básicas medidas de seguridad para evitar que los internos se escapasen; es decir, nada de verjas ni alambradas. Tampoco vio rastro alguno de los pacientes, con la excepción de un distante auxiliar con una bata blanca que empujaba la silla de una figura inmóvil envuelta en mantas. El edificio parecía dormido, y la tenue música que salía de un gramófono portátil en alguna sala del interior acentuaba, en lugar de perturbar, aquella sensación de letargo.

Fen llegó hasta la puerta principal, y al encontrarla abierta, entró sin llamar. En el vestíbulo se topó con un portero despatarrado en una silla de cocina, que, salvo por la ausencia de levita y gorra, parecía ir uniformado. El hombre levantó la vista del periódico deportivo que estaba leyendo y le preguntó, sin el menor entusiasmo, qué quería.

—Tengo una cita con el doctor Boysenberry.

El portero, claramente aliviado de que no le exigiesen nada más complicado, dijo con afabilidad:

—Siga recto, luego primer pasillo a la izquierda, segunda puerta a la derecha. — Después volvió al periódico y leyó para sí—: Willie Wilkie; Filomela; Fiddlededee, diez a uno.

Siguiendo sus instrucciones, Fen llegó a una puerta donde una placa de latón rezaba: «A. C. BOYSENBERRY, DOCTOR EN MEDICINA, MIEMBRO DEL REAL COLEGIO DE

CIRUJANOS».

La música salía precisamente de allí. «Creo que jamás veré un poema tan hermoso como un árbol», cantaba el gramófono. Fen llamó a la puerta. Nadie respondió. Volvió a llamar. Ninguna respuesta. Harto de esperar, abrió la puerta y entró.

Se encontró entonces en una habitación inmensa, tan grande que dedujo que posiblemente se tratara del antiguo salón de baile de la mansión. Para colmo, tan solo un rincón alejado estaba amueblado, lo que acentuaba su inmensidad y producía el efecto de un campamento diminuto que se hubiera establecido en mitad de un desierto gigantesco. En un remoto extremo de aquella planicie pulida, Fen alcanzó a ver un escritorio sobre el que distinguió un teléfono, un gramófono y un montón de papeles. Delante del escritorio había un suntuoso puf, y, tras él, un hombre de cabello gris despeinado, con unos quevedos torcidos sobre el puente de la nariz. Una diminuta librería ocupada por unos cinco libros, sobre la que colgaba una fotografía del hombre sentado al escritorio, un archivador metálico con una máquina de escribir y un montón de discos que se encontraban justo detrás del hombre completaban todo el mobiliario de la sala.

Fen se dirigió hacia el escritorio entre un ruidoso eco de pasos. El hombre de cabello gris levantó la vista, se llevó un dedo a los labios y señaló el gramófono, en una muda súplica de silencio. El profesor empezó a temerse si no tendría delante a uno de los pacientes de Boysenberry, en lugar de al médico. La vida imita a la literatura con una fidelidad canina, y en los libros tales situaciones suelen darse de forma habitual... Para colmo, el primer comentario de aquel hombre, en cuanto terminó el disco y lo sacó del gramófono, no fue demasiado alentador:

—¿Le gustan a usted las baladas?

—Pues... no. No puedo decir que me gusten —respondió Fen con cautela.

—Pues a mí sí. La que acabamos de escuchar es una de mis favoritas. *Arboles*, se llama. Creo que jamás en mi vida he leído un poema tan bonito como *Arboles*, de Kilmer.

—En efecto.

—«Los poemas los escriben tontos como yo, pero un árbol solo puede crearlo Dios» —recitó el hombre—. Aunque a la vista de los últimos experimentos científicos eso no es estrictamente verdad, pero, en cualquier caso, me parece una idea sublime. ¡Sublime!

—¿Es usted el doctor Boysenberry? —preguntó Fen, inseguro.

—¡Sí, sí, por supuesto! Claro que soy yo... Y esta grabación en concreto es de excelente calidad. En la otra cara está *Pasar de largo*.

—Lo que no hizo el Buen Samaritano.

—Aunque no está tan lograda... Es una de esas piezas modernistas, con acordes raros... —Y llegado a este punto, Boysenberry, por fin consciente de los deberes de la hospitalidad, no tuvo más remedio que dejar el disco—. Bien, siéntese. Tendrá que ser en el puf, lo lamento. Llevamos tres años aquí, pero el ministerio no nos facilita ni una cuarta parte del mobiliario que necesitamos.

—Y eso que su despacho es excepcionalmente grande.

—Un puñetero establo, eso es lo que es. Cabría esperar que en un edificio tan grande como este hubiese una sala que pudiese convertirse en un despacho decente, ¿verdad? Pues resulta que, después de acomodar a todos los pacientes y al personal, prácticamente no quedó otro espacio disponible. Yo quería dividirlo en varias salas más pequeñas, pero no me lo permitieron. Me explicaron que lo había diseñado un tipo famoso, Grinning Gibbon<sup>[2]</sup> o algo así, y que era precioso tal como estaba.

Boysenberry miró a su alrededor sin poder disimular su disgusto. Fen se sentó en el puf y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias —dijo el médico, aceptándolo—. Bien, cuénteme qué le trae por aquí.

—Le llamé ayer por la noche.

—¡Ah, sí, desde luego! Lo tengo anotado por aquí. —El doctor Boysenberry rebuscó un poco entre los papeles del escritorio, sin encontrar nada de utilidad—. Si no le importase repetirme...

—He venido a solicitar información sobre Elphinstone.

La actitud de Boysenberry se alteró visiblemente. Su expresión se volvió glacial.

—Me resulta del todo imposible comunicar hechos confidenciales de esa naturaleza a una persona no autorizada —dijo con frialdad—, señor...

—Fen.

—Señor Fen. Supongo que es usted periodista.

—Todo lo contrario. Soy catedrático de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Oxford.

Y mientras Boysenberry asimilaba esta información, su actitud sufrió otro cambio expeditivo y notable. Sus manos se movían nerviosamente y su boca se torció en una mueca cuyo objeto, al parecer, era transmitir la mayor cordialidad posible.

—¡Vaya por Dios, que estúpido por mi parte...! ¡Profesor Fen! ¡Desde luego! Es un gran privilegio... ¿Qué opinión se habrá formado usted de mí? —Y soltó una risita idiota.

Fen no entendía los motivos de aquel súbito cambio.

—Lo comprendo —murmuró de forma incoherente—. Muy comprensible, desde luego.

—Y nuestro encuentro es más encantador, si cabe, porque quizá en Navidad nuestra relación se vuelva más estrecha —dijo Boysenberry.

Cuando ya estaba a punto de negar que aquel panorama tuviese nada de encantador, Fen consiguió contenerse y se limitó a decir:

—Ah...

—Creo que no acaba de entenderme —Boysenberry siguió irradiando un enérgico y decidido buen humor—. ¿Acaso no sabe que están buscando un profesor titular para la cátedra de Psicopatología?

Como no estaba al corriente de nada semejante, Fen volvió a responder con un simple «ah».

—Pues, verá, yo mismo me he presentado para ese puesto, es decir, para ocupar esa

vacante.

—Entonces, le deseo mucha suerte —respondió Fen con todo el entusiasmo que fue capaz de reunir.

—Pero no todo es cuestión de suerte, ¿verdad? —A aquellas alturas, la exuberante cordialidad de Boysenberry había adquirido unos tintes muy macabros—. ¡Unas palabras en el lugar adecuado en el momento adecuado pueden servir de mucho!

Boysenberry, de puro nerviosismo, pues el esfuerzo de actuar con tacto le resultaba abrumador, no logró contener un breve grito.

—Comprendo —dijo Fen, por fin con sinceridad—. Pero no creo que mi recomendación...

Boysenberry recobró el control de sus nervios con una fuerza de voluntad encomiable.

—Se subestima, profesor Fen.

Fen, a quien esta acusación le resultaba de lo más inusual, objetó vagamente:

—No, usted se subestima.

Pero Boysenberry insistió:

—No se le habrá ocurrido que pretendo que haga campaña en mi nombre... ¡Santo cielo, ni hablar! Pero se me ha ocurrido que si se cruza con algún miembro del comité de selección y les menciona que al menos (ja, ja, ja) soy un tipo razonable...

Y dejó la frase a medias, enderezándose los quevedos y alisándose el pelo, en un intento de dotar de dignidad a su sugerencia.

Pero lo cierto es que aquella era una estupenda llave maestra para acceder a los detalles de la demencia de Elphinstone, y Fen se aprovechó de ella haciendo alarde de una singular falta de escrúpulos.

—Conozco íntimamente a todos los miembros del comité de selección y, en general, creo que son bastante influenciables. Tal vez finalmente sí pueda hacer algo por usted... Estas cosas suelen arreglarse entre bastidores, ¿sabe? —Y, al pronunciar esta intolerable calumnia, Fen le guiñó el ojo con complicidad.

Boysenberry le devolvió el guiño, encantado.

—Le estoy profundamente agradecido. Profundamente. Y ahora...

—Ahora, Elphinstone.

—Sí, sí, por supuesto. Elphinstone. —Ansioso por serle útil, Boysenberry se levantó nerviosamente de la silla y luego volvió a sentarse—. Antes lo he tomado por un periodista, pero, en su caso... —Cogió un papel y se quedó mirándolo unos instantes, sin comprender—. Elphinstone, sí. Desde luego, me complace mucho poder proporcionarle la información que me solicita. ¡Encantado! Creo recordar que ya ha participado usted en la resolución de algunos casos de naturaleza criminal. Quizá guarde relación con el espantoso suceso de anoche...

—Sí, eso es justo lo que me interesa. Como probablemente sabrá, la policía cree que Elphinstone cometió el asesinato.

—Eso tengo entendido. —La euforia de Boysenberry se evaporó rápidamente al

recordarlo—. Y sin duda se me hará responsable, ya que fue de aquí de donde escapó —añadió, sombrío.

—Si le sirve de consuelo, yo no creo que Elphinstone sea el culpable. Por eso estoy aquí. Y supongo que a usted le resultaría de lo más conveniente que consiguiera demostrar la inocencia de su paciente.

—¡Muy conveniente, desde luego! —dijo Boysenberry de inmediato—. No voy a negarle que, si se demostrara que Elphinstone en verdad mató a ese hombre, las consecuencias para mí serían..., hum..., cuando menos, incómodas. Los malintencionados me acusarán de no haber instaurado las medidas de vigilancia adecuadas. ¿Cree usted que... una desgracia así podría perjudicar mis posibilidades de ser nombrado catedrático en Oxford? —preguntó, mirándolo con ansiedad.

—Mucho me temo que así sería...

—Dios mío... ¡Ay, Dios mío! —exclamó Boysenberry, apesadumbrado—. Esperemos que los hechos no sean lo que parecen.

—Quizá aún estemos a tiempo de demostrar que no lo son. —Harto de tanto preámbulo, Fen añadió con brusquedad—: Por lo que usted conoce de su estado, ¿diría que Elphinstone es capaz de matar?

Boysenberry se revolvió, inquieto.

—La dificultad estriba en que apenas pude observarlo directamente. No llevaba apenas una semana ingresado cuando escapó y, en cualquier caso, fue un error que lo enviaran aquí.

—¿Un error?

—Un error administrativo, sí. Esta residencia no se dedica a casos complejos como el de Elphinstone, sino a formas de locura leves e intermitentes, así como a pacientes convalecientes o en franco proceso de recuperación. A Elphinstone tendrían que haberlo ingresado en Climball o Ferris Haugh. Alguien se equivocó, como tan bien dijo Tennyson en su «Carga de la brigada ligera», y lo trajeron aquí. No sé si se habrá dado cuenta, pero el funcionariado es un organismo cuyos errores son tan meticulosos y rotundos que solo pueden rectificarse mediante un mecanismo igualmente exhaustivo y complejo. En cuanto Elphinstone y su historial llegaron aquí, supe que se trataba de un error. Pero ¿podía yo tomar medidas inmediatas para ponerle remedio? No, a menos que esté dispuesto a considerar «acción» el papeleo burocrático. Y la consecuencia directa fue que, como carecemos de los medios adecuados para prevenirlo, Elphinstone consiguió escapar.

—Una desgracia... Y entiendo que en tal caso no pueda juzgar el potencial homicida del paciente.

—Yo tampoco iría tan lejos —se apresuró a corregir Boysenberry—. Si me obligase a darle un diagnóstico, le diría que, en mi opinión, Elphinstone carece de impulsos homicidas. Solo si me obligase, claro está —insistió, revocando así cualquier valor que pudiera tener su afirmación.

—Bueno, podría considerar que le estoy obligando.

—Sí... Por otra parte, tampoco podría mostrar una seguridad absoluta al respecto. La gente hace bien en suponer que los locos son lógicos y que, en ese sentido, pueden preverse sus acciones... El único problema consiste en que los resultados de la lógica dependen de sus premisas, y puesto que los dementes son capaces de cambiar sus premisas cada dos segundos, pueden seguir siendo lógicos y absolutamente impredecibles a un tiempo. Por ejemplo... Pero Fen no quería oír ningún ejemplo.

—Sí, sí, entiendo... —le interrumpió—. Y eso nos lleva exactamente al punto de partida. ¿Puede hablarme ahora del historial de Elphinstone?

—Desde luego. Desde luego... —Boysenberry corrió al archivador y sacó una carpeta rosa, que abrió sobre el escritorio—. Creo que todos los documentos relevantes se encuentran aquí... Sí, así es... En primer lugar, es hijo de una familia de clase media sin antecedentes de trastornos mentales, por lo que hemos podido averiguar. Su infancia y su adolescencia fueron completamente normales, con la excepción de que a los seis años desarrolló una especial obsesión por los guantes.

Fen pensó entonces que el gremio de los psicólogos sufría la desgracia de que su jerga técnica fuera la única que se había vulgarizado hasta el extremo de perder la capacidad de impresionar. Los médicos todavía podían sobrecoger a sus pacientes hablando de edemas y equimosis; los físicos hacer lo propio con sus constantes dieléctricas, isótopos y masas fotónicas; y los químicos, con la modificación alotrópica y la equivalencia múltiple. Únicamente el desafortunado psicólogo carecía de runas profesionales, ya que hacía mucho tiempo que el uso popular había privado de su misterio hierofántico a términos como «trauma», «complejo», «obsesión» y similares.

—Una obsesión... —repitió Fen, para animarle a seguir.

—Cuyo significado no está, lamentablemente, del todo claro. Por lo general, un guante, al ser hueco, se identificaría con el útero. —Miró inseguro a Fen, como si sospechase que se iba a burlar de su grotesca afirmación—. No obstante, aunque en el caso que nos ocupa nos decidiéramos por esta identificación, tampoco resultaría de gran ayuda —admitió con sinceridad—. Como comprenderá, pese a los grandes avances, nuestra ciencia todavía no es capaz de percibir y entender todos los caprichos de la mente humana.

Fen, que mantenía la reaccionaria opinión de que era poco probable que los psicólogos fueran a arrebatarle aquella prerrogativa al Omnipotente, se las apañó para tratar de demostrarle su comprensión.

—Desde luego. Sin embargo, en lo que se refiere a Elphinstone, lo que necesito conocer son los síntomas, más que el diagnóstico.

—Ah, en tal caso... —musitó Boysenberry, perceptiblemente aliviado—. La obsesión por los guantes no estaba acompañada de ninguna otra anomalía, por lo que los padres, como es lógico, no tomaron medidas al respecto. Todo fue bien hasta que Elphinstone se matriculó en la universidad. Se decidió por los estudios de Filosofía, Política y Economía... Lamentablemente, nuestros registros al respecto muestran que interesarse en estos temas suele conducir a la locura total... Disculpe el inciso. La

primera señal perceptible de que la mente de Elphinstone estaba enferma fue su creciente convicción de que el presidente Woodrow Wilson era el pensador político más profundo de todos los tiempos, una opinión que podría considerarse..., hmm..., como mínimo, excéntrica. En cualquier caso, su insistencia en este tema hizo que suspendiera su examen final. Bien, pasa un año —Boysenberry volvió al presente para conferir dramatismo a la historia—, y cuando volvemos a verlo, con la guerra ya concluida, Elphinstone se encuentra en París. Durante esta visita un guardia lo sorprende en la sala de conferencias de Versalles pronunciando un largo discurso sobre... —Aquí Boysenberry consultó los papeles que tenía delante— el futuro del Ruhr. Es la primera vez que se cree que él es el propio Wilson. Cuando el guardia lo reprende, Elphinstone recobra brevemente un estado de relativa normalidad, pero, durante el viaje de regreso a Inglaterra, la locura se apodera finalmente de él. Mediante alguna estratagema que desconocemos, reunió a varias jóvenes en la cubierta de su barco y, tras un preámbulo en que disertó sobre la justicia internacional, les ordenó que se lanzaran por la borda. Cuando, como era de esperar, se negaron a obedecerle, fue el propio Elphinstone quien arrojó al mar a dos de ellas... Afortunadamente, las mujeres no sufrieron daños de gravedad, pero desde entonces el pobre Elphinstone no ha recobrado la razón.

—¡Santo cielo! ¿Y no diría usted que su comportamiento con esas mujeres es un claro indicativo de sus tendencias homicidas?

—En realidad, no. Debe comprender que ordenó a las mujeres que se inmolaran precisamente porque eran mujeres, y no hombres. Lo que Elphinstone tenía en mente era una especie de satí<sup>[3]</sup>, y solo cuando las mujeres se negaron a cooperar, él decidió pasar a la acción. De modo que, aunque en determinadas circunstancias sería posible que asesinasen a una mujer, dudo mucho que decidiera matar a un hombre.

A la sazón, Fen ya estaba convencido de que Elphinstone era capaz de cualquier cosa y, por consiguiente, no le impresionó en absoluto la homilía de Boysenberry. Pero como argumento contrario a que el loco hubiese asesinado a Bussy, resultaba del todo inútil, como también el resto de lo que le había contado Boysenberry hasta entonces. Así que buscó otra forma de abordar el asunto.

—La desnudez. ¿Qué me dice de eso?

—Puro exhibicionismo.

—Que supongo que nunca coincide en el tiempo con la obsesión por los guantes.

—No, jamás. Si se interpreta la obsesión por los guantes como una obsesión por el útero, entonces ambas deberían ser simultáneas, pero el hecho es que no lo son.

El tono de Boysenberry delató cierto resentimiento por la incapacidad de Elphinstone de atenerse a los más elementales principios de la ciencia psicológica.

—¿Alguna fobia en concreto?

Boysenberry vaciló unos instantes y luego dijo:

—Ninguna, salvo, claro, las asociadas con su convicción de que es Wilson.

—¿Como cuáles?

—Clemenceau, por ejemplo.

«Clemenceau», se repitió para sus adentros Fen con tristeza. Aquello no le llevaba a ninguna parte. Además, la entrevista empezaba a languidecer. Si existía alguna prueba de que X, y no Elphinstone, hubiera matado a Bussy, no parecía probable que fuese a encontrarla allí.

—Creo... —empezó, pero le interrumpieron unos golpes en la puerta.

Con una disculpa apresurada, Boysenberry gritó «¡adelante!» como si se encontrase a decenas de kilómetros de allí. Entró entonces un celador, acompañado de un paciente anciano, y ambos se acercaron silenciosamente al escritorio.

—Firkin, señor —anunció el celador—. Me ha dicho que quería verlo antes del almuerzo.

—Sí, es cierto. —Aunque claramente disgustado por la interrupción, Boysenberry pensó que quizá le ayudase a demostrarle a Fen sus conocimientos psicopatológicos—. Y bien, señor Firkin, ¿cómo se encuentra esta mañana? —preguntó al paciente.

—Después de verle a usted, bastante peor —respondió el señor Firkin.

Boysenberry adoptó una expresión de perspicaz curiosidad científica.

—Vamos, vamos, ¿por qué dice eso?

—Lo digo por esa cara que tiene.

El médico soltó una risita incómoda.

—¡Santo cielo, nunca me he enorgullecido de ser un adonis, pero tampoco... se me habría ocurrido llevar las cosas tan lejos! ¡Ja, ja!

—Pues yo las llevaría muchísimo más lejos si hiciera falta, ¡hasta el mismísimo infierno!

—Sí, bien, Baines, creo que será mejor que se lleve al señor Firkin a almorzar.

Cuando el celador y el paciente se marcharon, Boysenberry le explicó a Fen:

—Firkin se está recuperando con rapidez. Es un caso interesante, similar, en algunos aspectos, al de Elphinstone. Por ejemplo, Firkin le tiene fobia al agua, mientras que Elphinstone se la tiene... —Y aquí, al advertir lo que decía, Boysenberry se contuvo y se quedó mirando a Fen con consternación.

—Mientras que Elphinstone se la tiene... ¿a qué?

—A Clemenceau —balbució Boysenberry—. A Clemenceau..., iba a decir.

—¡Venga ya! —dijo Fen, exasperado—. Iba a decir algo muy distinto, ¡suéltelo de una vez! Estos rodeos no se valoran demasiado en Oxford, ¿sabe?

—Ay, Dios...

—¿A qué le tiene fobia Elphinstone?

La débil intentona de Boysenberry se desinfló como un globo pinchado.

—No se lo conté a la policía cuando escapó —gimió—, y no me he atrevido a hacerlo después, por miedo a que se enojaran conmigo por no haberlo mencionado desde el principio.

—¿La fobia de Elp...?

—Pero ¡tenía buenas razones para no contarle! —El médico se había incorporado en la silla y sudaba de desesperación—. A fin de cuentas, era mi responsabilidad asegurarme

de que no enloqueciese por el miedo... Es decir, que no enloqueciese todavía más cuando las amas de casa aterrorizadas intentasen ahuyentarlo con cerillas encendidas.

—¿Cerillas encendidas?

—Hay un rasgo de su locura que se ha mantenido invariable. —La consternación de Boysenberry era tal que se encogió en la silla—. Es incapaz de tolerar... Es decir...

—¿Incapaz de tolerar qué?

—El fuego —murmuró Boysenberry—. El fuego.

Tres minutos después, Fen se alejaba rápidamente de Sanford Hall perseguido por una música apagada, lo que indicaba que Boysenberry trataba de encontrar en «Ella está lejos de su tierra» un bálsamo para sus destrozados nervios... Pero necesitaría mucho más que eso para recuperar la confianza perdida, pensó Fen. El trayecto hasta la hostería era largo, y el reloj de la iglesia estaba dando las doce y media cuando él llegó. Su coche, que Olive y Harry habían devuelto a una indecente hora de la madrugada, estaba aparcado en el patio con una abolladura, causada sin duda por un objeto fijo y estático, en el guardabarros. El cerdo tarado se estaba zampando un colinabo bajo la atenta mirada de Myra.

—Sigue comiendo sin parar —comentó ella, asombrada—. Menos mal que el granjero Lumley volverá a llevárselo mañana. Y tiene otra peculiaridad: a veces suelta una especie de ladrido, como si fuese un perro.

—A mí me recuerda a cualquier cosa menos a un cerdo —dijo Fen mientras subía al coche. Ya había arrancado cuando se le ocurrió algo—: Myra, ¿qué sabe usted del loco?

—¿Que qué es lo que sé, querido?

—De las características de su locura.

—Bueno, se cree un presidente de los Estados Unidos, ¿verdad? Y también sé que le apasionan los guantes.

—¿Cree que hay mucha gente en el pueblo al corriente de esos detalles?

—Todo el mundo lo sabe, querido. Como lo están buscando por los alrededores, los vecinos hablan mucho de él.

Y eso implicaba, pensó Fen mientras se dirigía a Sanford Morvel, que cualquiera podría haber obtenido los datos necesarios para simular la presencia del loco en la caseta, así como el robo en casa del señor Judd. «Abajo Taft» era una maniobra más que evidente para asociar a Elphinstone con la desaparición del cuchillo. Pese a haber dejado a Boysenberry terriblemente convencido de su incompetencia, tenía motivos para estarle agradecido: si no hubiese omitido aquel hecho vital, sin duda habrían atribuido la muerte de Bussy a Elphinstone (a quien, de haber llegado a comprender la acusación, nadie habría creído, por mucho que negase los hechos) y X habría escapado al juicio y a la soga, una vez más...

La comisaría de Sanford Morvel se encontraba en las afueras del pueblo y consistía, como tantas otras comisarías rurales, en dos casas adosadas de ladrillo. Fen se cruzó en la

puerta con Wolfe y Humbleby, que iban a almorzar.

—¡Buenos días! —saludó alegremente Wolfe—. Gracias por enviarnos anoche a los tortolitos del pueblo. Su testimonio nos resultará muy útil.

—Creo que nuestros temores por el descenso de la natalidad eran prematuros —añadió Humbleby.

—Son nuestras conclusiones sobre Bussy las que han sido prematuras —repuso Fen con gravedad—. Tengo nuevas pruebas.

Wolfe torció el gesto, preocupado.

—Oigámoslas —murmuró.

Y Fen les contó su conversación con Boysenberry, a la que siguió un prolongado y reflexivo silencio.

—Hay que considerar ese nuevo dato —dijo Humbleby, por fin—. Recapitulemos: aparte de Bussy y de usted, solo entró en esa caseta una persona más. Y esa persona no podía ser Elphinstone, pues encendió una fogata, y Elphinstone no soporta el fuego.

—Sigo teniendo mis dudas —dijo Wolfe, despacio— sobre si el testimonio de esos psicólogos es de fiar. Son capaces de decir dos cosas contradictorias al mismo tiempo.

—Estoy de acuerdo —reconoció Fen—, y hay muchas opiniones de Boysenberry a las que no doy ningún crédito, pero en ese aspecto se ha mostrado convencidísimo... No he conseguido hacerle vacilar.

—Hay que considerar ese nuevo dato —repitió Humbleby con súbita autoridad—. La investigación judicial tendrá que aplazarse hasta después de la identificación. El caso vuelve a estar abierto... Y ¿qué rumbo, me pregunto, tomaremos ahora?

## CAPÍTULO 14

La enfermera Rosalind Hickey apartó la vista del libro y se sentó muy tiesa en la silla. Empezaba a notar un creciente malestar abdominal. Cuando este alcanzó su máxima intensidad, la enfermera cerró los ojos y rezó devotamente para que cesara. Finalmente, como era habitual, el dolor concluyó. Sin embargo, el alivio no provocó en ella ningún sentimiento de gratitud, sino, muy al contrario, un ritual de conminación contra las alteraciones corporales que tan infaliblemente se presentaban tras una súbita transferencia al turno de noche. La indigestión resultaba especialmente humillante. Aunque su vocación la había curtido en las diversas y atroces debilidades del cuerpo humano, la enfermera Hickey nunca había conseguido resignarse a la indigestión. De haber sido mayor, o menos atractiva, quizá la habría soportado con filosófica ecuanimidad, pero al ser todavía joven y (como le aseguraba el espejo) bien parecida, aquella dolencia en concreto se le antojaba incongruente y hasta vergonzosa. Aunque se encontraba sola en la sala, no pudo evitar ruborizarse al pensar en ese asunto.

Como todas las del hospital, aquella habitación olía a éter y a alcohol de noventa grados. Un gráfico con la temperatura, cuyas violentas fluctuaciones habrían horrorizado hasta al ojo menos instruido, colgaba de la cabecera metálica de la cama. En el armarito había una bandeja con instrumental médico, las desvaídas cortinas de cretona se mecían con la brisa que entraba por la ventana abierta y la bombilla que colgaba del techo estaba envuelta en un paño verde oscuro para atenuar la luz. La única fuente de iluminación propiamente dicha consistía en una lamparita que se encontraba junto a la enfermera Hickey. Esta proyectaba sobre la cama, transformada en una banda de crespón negro, la sombra de la enfermera. Solo tenía que inclinarse unos centímetros para que su sombra se alargara y cubriese por completo a la joven vendada e inmóvil que tenía por única compañía.

La enfermera Hickey comprobó la hora. La una y diez. Le quedaban casi cinco para que su turno acabase... Inquieta, se levantó y se acercó a la cama para contemplar la figura inconsciente de su paciente. No estaba nada mal, concedió la enfermera; en condiciones normales, hasta podría resultar bastante atractiva. No con muchos posibles, sin embargo, a juzgar por su ropa. Y no se sabía nada de ella, salvo que quizá era extranjera. Eso explicaría la ausencia de visitas, ya fuese de amigos o de parientes. Por otra parte, su nombre no podía ser más inglés... La enfermera Hickey, cuya indigestión seguía en suspenso, se puso sentimental. Era imposible que aquella chica tan bonita no tuviese un novio en alguna parte, que ahora dormiría tranquilamente en su cama sin saber que su amada había estado a punto de morir. Sin embargo, con algo de suerte, no tardaría en recobrar la conciencia y podría revelarles la identidad del afortunado, a quien

avisarían de inmediato...

Contuvo el llanto, pues su amable corazón irlandés se enternecía ante la idea del amor juvenil. Se apartó de la cama y empezó a pensar en su Reggie, que también estaría durmiendo allá abajo, en el pueblo. Descorrió las cortinas, importunando a alguna criatura nocturna que aleteó convulsivamente antes de enmudecer. Un cuadrado de luz amarilla se proyectó en la ladera ajardinada del hospital. A lo lejos, se oyó un repiqueteo de porcelana: la supervisora Bates, sin duda, intentaba aliviar el tedio de la vigilia preparándose un té. Las nubes ocultaban parcialmente la luna, pero aún se podía vislumbrar la torre baja de la iglesia de Sanford Morvel y los tejados cercanos del pueblo; hasta era posible, a fuerza de imaginación, identificar el tejado concreto bajo el que dormía Reggie. Tal vez, él estuviese soñando con ella en esos instantes, aunque lo más probable (tuvo que admitir a regañadientes) es que no fuese así. Lo que era indudable es que estaría roncando, porque pese a ser joven, vigoroso y bien parecido, Reggie siempre roncaba. «Tendrían que haberle extirpado las vegetaciones cuando era niño», reflexionó la enfermera Hickey, que torció el gesto al pensar en aquellos ofensivos tumores. En su opinión, constituían el ejemplo perfecto del gran problema de la vida: cómo el romanticismo, auténtico y hermoso, tenía que conciliarse con el cuerpo, también real pero no siempre atractivo. La enfermera Hickey no hallaba remedio a esta melancólica dicotomía que el cortejo amoroso encarnaba del modo más claro e irrefutable. Si un joven te besaba era romántico, pero, si iba un poco más allá... Eso, aunque placentero, carecía de romanticismo alguno. A saber por qué, aquellos dos aspectos del amor nunca se fusionaban, como en teoría cabría esperar.

Estas eran las reflexiones en las que estaba sumida la enfermera Hickey mientras miraba por la ventana en dirección al insensible Reggie. La enfermera desconocía que el cristianismo ofrecía una solución a su dicotomía porque, como gran parte de los miembros de su generación, ignoraba los particulares de esta severa y sutil doctrina. De modo que siguió meditando lúgubrementemente sobre la indigestión y las vegetaciones, sobre el sexo y el amor romántico, hasta que, de pronto, el primero de aquellos fenómenos volvió a importunarla.

Con una mueca de dolor, corrió las cortinas y miró desesperadamente a su alrededor en busca de un remedio. Nada. Pero recordaba que en la habitación de la enfermera jefe había bicarbonato, y aquella noche libraba... Claro que no debía abandonar a su paciente ni siquiera un minuto, y el procedimiento más sensato consistía en llamar a la enfermera Temperley o a la enfermera Hall. Pero justo entonces su relación con las enfermeras Temperley y Hall no era lo que se dice cordial, y seguro que encontrarían un nuevo motivo de queja en su petición de ayuda. Lo mejor sería que fuese ella misma a buscar el bicarbonato; su paciente ya estaba fuera de peligro y no podía sucederle nada malo durante una ausencia tan breve.

Espoleada por un nuevo espasmo de dolor, la enfermera Hickey salió corriendo de la habitación.

Llegó al despacho de la enfermera jefe sin que nadie la viese, se agenció la cantidad

necesaria de bicarbonato y regresó con la misma impunidad. La mera posesión de aquellos polvos curativos pareció serenarla. De hecho, el dolor remitió en el camino de vuelta y, cuando tenía la mano en el tirador, ya casi había desaparecido por completo. Después de emitir un suspiro de alivio, abrió la puerta.

Entonces el miedo hizo presa de ella.

Las luces estaban apagadas, las cortinas volvían a estar descorridas y había alguien inclinado sobre la joven postrada. La luz de las estrellas se reflejaba tenuemente en el vidrio y el metal de una jeringa hipodérmica.

La enfermera Hickey permaneció unos instantes paralizada por la impresión, pero en cuanto consiguió recuperar el valor, buscó a tientas el libro que había dejado sobre la mesilla y lo arrojó con vehemencia y precisión contra el intruso.

La jeringa salió disparada como un dardo y su delicada aguja se partió contra la pared. La persona que la sostenía vaciló unos instantes, pero su instinto de huir y ponerse a salvo prevaleció sobre cualquier otro tipo de reacción. La enfermera Hickey se agarró entonces a la resbaladiza cortina para intentar frenar el salto del intruso por la ventana, pero recibió una patada en plena cara que le hizo caer al suelo, donde se quedó, aturdida, mientras unos pasos se alejaban por el jardín. Cuando consiguió ponerse en pie, encendió la lamparita de noche.

La paciente yacía inmóvil y en silencio, como antes, pero tenía el brazo izquierdo descubierto, encima de las mantas. Muerta de miedo, la enfermera Hickey buscó la jeringa y la examinó con mirada insegura.

Su contenido estaba intacto.

Después de esbozar una leve sonrisa, llamó al timbre y se desmayó.

\* \* \*

A las nueve y media de la mañana siguiente, Wolfe telefoneó a Fen para resumirle lo que había ocurrido la noche anterior.

—Jane Persimmons? —repitió Fen, perplejo—. ¿Por qué demonios iban a querer matarla?

—¡Quién sabe! —La voz de Wolfe era la de alguien que ha dormido muy poco y ha pensado demasiado—. Este condenado asunto se complica cada vez más. Claro que puede que el ataque a la chica no guarde relación con Bussy y la señora Lambert. Es una joven anónima, y evidentemente la rodea algún misterio, por lo que cabe la posibilidad de que el incidente solo haya coincidido en el tiempo con los otros dos casos. Pero, por otro lado...

—Por otro lado, la intuición se rebela ante tales coincidencias —dijo Fen—. Oiga, ¿puede darme más detalles? Sé que no tengo ningún derecho a inmiscuirme, pero es mi intención investigar hasta donde se me permita.

—Mi querido amigo, ¿no sabe cuánto nos alegra contar con su ayuda! Tiene experiencia en criminología y no se le puede considerar precisamente un aficionado. Yo

estoy desconcertado, y creo que lo mismo le sucede a Humbleby. Le aseguro que no le haremos una exhibición de celos profesionales si consigue sacarnos del atolladero... ¿Tiene algún compromiso electoral esta mañana?

—No demasiado serio ni prolongado, espero. Seguramente Watkyn me habrá programado algo aburrido, pero no he quedado con él hasta las diez y media.

—En tal caso, haga el favor de acompañarnos al hospital. A Humbleby y a un servidor nos gustaría comprobar si, bajo la luz diurna, aparece alguna pista. Por supuesto, ya visité la escena del delito tras el percance, pero no descubrí nada.

—La joven está bajo vigilancia, supongo.

—¡Desde luego, faltaría más! —Wolfe rio sin ganas—. Estoy profesionalmente desconcertado, pero no tanto como para pasar eso por alto. Una implacable mujer policía la acompañará día y noche, y he establecido un protocolo para que se comprueben por triplicado todos los fármacos e inyecciones que se le administren, con el fin de tener la seguridad de que nadie los haya manipulado. Al personal hospitalario no le entusiasma la idea, pero al diablo con ellos.

—¡Al diablo! —coincidió Fen—. Iré directamente al hospital en mi coche.

Y colgó.

El hospital de Sanford Morvel era un robusto edificio de ladrillo rojo ubicado en un terreno pequeño pero agradable, no muy distinto de otros muchos hospitales rurales desperdigados por el país. Descubrió a Wolfe y a Humbleby manteniendo una desanimada charla en un banco del jardín. Ambos se apartaron para hacerle sitio en cuanto lo vieron.

—Nada útil, de momento. —Bostezando y con los ojos enrojecidos, Wolfe se adelantó a la inevitable pregunta—. No hemos sido capaces de identificar el contenido de la jeringa. Por lo que dicen los médicos, podría ser algo tan mortífero como agua. A mí me parece agua, al menos. Y puesto que afortunadamente nunca se administró, no se han producido efectos fisiológicos.

—Pero supongo que podrán analizarla —dijo Fen.

—Lo intentaremos —respondió Humbleby—, pero a los del laboratorio no les gustará trabajar sin información previa. Existen unos cinco mil tipos de pruebas toxicológicas... Usarán lo que sabemos para analizar las mil primeras y, si no consiguen una reacción positiva, no podrán hacer nada más.

—Conejos —dijo Fen—. Perros, ranas.

Humbleby suspiró.

—Sí, un laboratorio de vivisección acreditado es la única esperanza. Pero probablemente nos llevará semanas.

—¿Y la jeringa?

—Cinco centímetros cúbicos —dijo Wolfe—. Mayor de lo habitual, por lo que sé. Podría seguirle la pista, pero nada impide que cualquiera compre una de esas jeringas, por lo que no albergo demasiadas esperanzas. En cualquier caso, hemos comprobado que no pertenecía al hospital, lo que supongo que es un avance.

—También habrán comprobado si el hospital ha echado en falta algún fármaco.

—Nada nos gustaría más, pero no pueden confirmármelo. Al parecer, no controlan las cantidades. Usan lo que tienen hasta que se les acaba y luego piden más. Lo único que me pueden asegurar es que no se ha forzado ninguna cerradura.

—Y sería inútil preguntar por las huellas dactilares...

—Así es, por desgracia. Usó guantes. Tampoco se han encontrado huellas de zapatos, pues el suelo es demasiado duro, ni fragmentos de ropa. Si lo piensa bien, la ropa no suele dejar rastro.

—¿Y la enfermera? ¿No puede ayudar?

—Una joven agradable y valiente. Pero no, no puede ayudar —respondió Humbleby—. Agresor no identificable, una simple silueta. Probablemente varón, aunque tampoco lo juraría. Tamaño del agresor... Demasiado confundida y asustada para asegurarlo. Operamos o, mejor dicho, no operamos en un vacío fáctico. En fin, tampoco me parece tan extraño... En las novelas policíacas abundan las pistas, pero en la vida real nunca se descubren tantas como se supone y, en ocasiones, como en este caso, no se encuentra absolutamente ninguna. ¿O no? —Humbleby miró a lo lejos—. Wolfe, creo que su sargento ha dado con algo.

Siguieron la dirección de su mirada. Un joven uniformado se acercaba a ellos apresuradamente. Llevaba algo en la palma de la mano, sobre un pañuelo.

—Señor, lo he encontrado debajo de un arbusto, junto a la ventana de la chica.

—Buen trabajo, Jimmy —dijo Wolfe.

Todos examinaron el objeto: un pequeño recipiente de cristal vacío, con la etiqueta de una conocida farmacia. Tras finalizar la inspección, Wolfe ordenó:

—Comprueba si hay huellas, Jimmy.

El sargento se despidió con un saludo.

—Insulina —dijo Humbleby, con evidente incompreensión—. No es que sepa mucho al respecto, pero se administra en casos de diabetes, ¿verdad?

—Eso creo —respondió Wolfe—. Tampoco sabemos si el recipiente está relacionado con el ataque a la joven. En un hospital es natural que...

—Vamos, está bastante claro —interrumpió Fen—. El efecto de una sobredosis de insulina es el coma hipoglucémico, el mismo que suele preceder a la muerte por una grave lesión cerebral. —Se incorporó, animado—. ¡Dios mío, qué plan tan inteligente! Como ya recibía inyecciones, el pinchazo no habría llamado la atención. Y la muerte habría parecido una consecuencia natural del accidente... ¡Lo más normal es que ni siquiera se investigase! Además, de practicarse una autopsia, a nadie se le habría ocurrido comprobar el nivel de azúcar en sangre. Es infalible. Ningún médico hubiese vacilado a la hora de firmar el certificado de defunción.

—¡Santo cielo! —Humbleby estaba escandalizado—. ¿Debo suponer entonces que la insulina está al alcance de cualquiera?

—Así es. Y no hace falta firmar ningún registro de sustancias peligrosas. Ni siquiera se necesita receta médica para comprarla.

—¿Y la cantidad requerida?

—Veamos... —dijo Fen, reflexionando—, el recipiente era de cinco centímetros cúbicos y cada centímetro cúbico se corresponde con cuarenta unidades. Doscientas unidades. Probablemente suficiente para matar, pero yo me atrevería a afirmar que el atacante llevaba más insulina encima y pretendía administrarle una segunda dosis para asegurarse... ¡Diantres! —exclamó de pronto—. ¡Puede que ya le hubiese administrado una inyección antes de que la enfermera volviese! Esperen.

Fen se levantó y corrió hacia el hospital.

Reapareció al cabo de diez minutos con un aspecto más sosegado.

—Todo bien, no hay indicios de complicaciones. En realidad, parece que la joven se está recuperando con rapidez. Esperan que recobre la conciencia de un momento a otro... Por cierto, ahí tenemos algo. Según he entendido, al principio no creyeron que fuera a salir de esta.

—Así es —dijo Wolfe—. En realidad, empezó a mejorar ayer mismo por la mañana, lo que, supongo, provocó el ataque de anoche.

—Pero ¿cuántas personas podían estar al corriente de su recuperación?

—Medio pueblo, diría yo. Las enfermeras chismorrean..., ¡quién no!, y como esa chica es tan misteriosa, los vecinos sienten curiosidad. Lo he considerado una posible pista, y haré lo que pueda para seguir su rastro, pero no apostaría mi frágil salud al respecto.

Humbleby observó los saludables mofletes de Wolfe y a punto estuvo de bromear al respecto, pero al final consiguió contenerse. Después, se sacó un paquete de puros del bolsillo y, tras reflexionar unos instantes, dijo:

—Y, bien, ¿ahora qué? Me parece que lo único que nos queda es esperar a que la joven se encuentre en disposición de hablar para ver si puede darnos alguna pista sobre el móvil del ataque. Tal vez hasta sepa algo del asesinato de Bussy.

—Poco podemos hacer, aparte de esperar —dijo Wolfe con sinceridad.

—Entonces, ¿no hay progresos en el caso de Bussy? —preguntó Fen.

—Nada. No tenemos pruebas materiales, y las conjeturas nos llevan a un callejón sin salida: ¿cómo sabía X que Bussy iba a aparecer por la caseta? —Wolfe observó a Fen con desconfianza—. ¿Está seguro de que nadie pudo oír su conversación?

—Segurísimo. Además, yo no se lo conté a nadie, y me parece inconcebible que Bussy lo divulgase.

—Solo nos queda un imposible. —Wolfe hizo un gesto de impotencia, vaciló y luego dijo—: Oigan, ¿no se les ha ocurrido que quizá los dos casos no estén relacionados?

—¡Pues claro que se me ha ocurrido! —respondió Humbleby—. Supongo que usted insinúa que esto es obra de un maníaco homicida, que la relación entre dos de sus víctimas, Bussy y la señora Lambert, es fortuita, y que estamos perdiendo el tiempo intentando establecer un vínculo lógico entre los tres sucesos, cuando lo único que tienen en común es que un loco es el responsable de todos ellos.

—Exactamente —dijo Wolfe—. Aunque no sea capaz de identificar a ese loco con

Elphinstone.

—Ni siquiera, necesariamente, con la persona que chantajeaba a la señora Lambert.

—En efecto.

Humbleby se volvió hacia Fen.

—¿Y usted, profesor? ¿Qué opina?

—Creo que lo que dicen es una tontería. Los maníacos homicidas no idean métodos de asesinato que imitan la muerte natural. No, me mantengo en la idea original: X chantajeó a la señora Lambert, la asesinó para evitar que lo delatase, mató a Bussy porque le seguía la pista e intentó matar a esa joven por un motivo que aún tenemos que descubrir.

Humbleby suspiró.

—Admito que es la mejor hipótesis. A no ser por el principal problema, siguiendo esa lógica los hechos encajan mucho mejor. Bien, bien... Ya veremos.

—Hasta que la chica se encuentre en condiciones de hablar, sí que podíamos adelantar algo —dijo Wolfe—. Me refiero a abrir la caja que me llevé de su habitación, después del accidente. Ahora me parece justificado.

—Ya me contará si encuentra algo interesante. —Dicho esto, Fen se despidió y se marchó.

## CAPÍTULO 15

No es mi intención, en esta narración tan breve aunque muy bien aprovechada, describir la campaña electoral de Fen. De hecho, los detalles resultan del todo innecesarios, ya que el lector inteligente podrá hacer sus propias conjeturas partiendo de lo que ya se ha mencionado anteriormente. Guiado por el capitán Watkyn, Fen recorrió el distrito de cabo a rabo, exhibió su retórica en salas públicas y esquinas, interrumpió las labores matinales de las amas de casa, charló animadamente con el grupo reducido y valiente de sus partidarios activos y, en general, acumuló un tópico tras otro con un alarde de imaginación que bien habría merecido (como en una ocasión comentó Watkyn con el tono de quien acaba de inventar una frase original y sorprendente) una causa más noble.

No obstante, Fen estaba desencantado y ejecutaba estas funciones por obligación y a conciencia, pero sin pasión alguna. Su repugnancia por el procedimiento aumentaba con cada hora que pasaba y no podía evitar que una y otra vez le viniera a la mente la edición de Langland con una nostalgia que los estudiantes de este poeta maldito encontrarían increíble. Aunque la asistencia a sus mítines era ciertamente parca, los escasos asistentes se solían mostrar entusiasmados ante sus palabras, lo que tal vez podría haberle ofrecido cierto consuelo. Su oratoria fluida y sincera, plagada de tópicos tanto en su forma como en su contenido, interesaba y emocionaba a sus oyentes. Pero el pequeño placer que le causaba ese aspecto de la campaña no tardó mucho en desaparecer y ser sustituido por un tremendo aburrimiento. Hasta un ilusionista consumado puede sentir cierta satisfacción ante un auditorio que crea que sus trucos son una auténtica obra de magia, pero, si esta actitud persiste, pronto se sentirá irritado e insatisfecho. Eso mismo le ocurría a Fen. De repente, se sentía como un actor que ejecutase tan bien su trabajo que su público acaba considerando que las emociones que muestra, en lugar de artificiales, son reales, y, en consecuencia, su buen hacer deja de ser reconocido.

También le atenazaba un temor creciente a resultar elegido. Al llegar a Sanford Morvel esta opción no le había resultado especialmente angustiada, pero, a los pocos días de campaña, la posibilidad, que cada vez parecía menos remota, cobró un cariz más inquietante. Tan pronto como cayó en la cuenta de que preocuparse a tiempo completo por la política democrática no resulta una tarea nada fácil de imponer a la mente humana y civilizada, aparecieron las primeras náuseas y el ardor de estómago. Y la perspectiva de pasarse cinco años entrando y saliendo de grupos de presión, gritando desde los bancos traseros del Parlamento, manteniendo infructuosas discusiones en diversos comités, carteándose con votantes desquiciados y padeciendo sin protestar lo que la Cámara de los Comunes consideraba una oratoria inteligente —eso era lo que le aguardaba en lo que el

capitán Watkyn habría denominado «los confines del tiempo»— empezaba a resultarle indescritiblemente desalentadora. Él llevaba casi diez años enseñando en Oxford y, ahora que disponía de unos pequeños ahorros, había supuesto que un cambio de aires en el terreno profesional sería bueno para su alma. Pero, si bien con algo de retraso, se daba cuenta de que había cometido un terrible error. Aún estaba a tiempo de retirar su candidatura, y había momentos en que se lo planteaba muy en serio, pero cierta obstinación, combinada con la curiosidad por el resultado final, lo mantenía en campaña. En cualquier caso, si su peor pesadilla llegaba a hacerse realidad, quizá pudiese convencer al ministro de que aceptase su dimisión...

Las elecciones se celebrarían el sábado. El jueves, el resultado era aún impredecible. Los laboristas esperaban un aumento de votos respecto a las elecciones generales, pero no confiaban en su victoria. Y los conservadores se las habrían prometido muy felices de no ser por Fen, cuyo programa, por lo que podía deducirse, tiraba más a la derecha que a la izquierda, y probablemente seduciría a algunos de sus votantes, sobre todo teniendo en cuenta la nula personalidad de Strode.

—La verdad es que el resultado es un completo misterio, muchacho —dijo el capitán Watkyn, que todavía no se había percatado del menguante entusiasmo de Fen—. Y su situación no es ni mucho menos la peor de todas... Si al menos consiguiéramos que esa condenada furgoneta volviese a funcionar...

La primera excursión del vehículo con megafonía los había llevado de Sanford Morvel a Sanford Angelorum, y desde allí habían continuado hasta una diminuta aldea a la que habían bautizado con el romántico e inapropiado nombre de Dawn, «amanecer». Cuando se encontraban a unos cinco kilómetros del teléfono más cercano, todos los componentes de la furgoneta habían decidido escacharrarse al mismo tiempo y el problemático vehículo había tenido que regresar al taller del electricista, donde se sometería al tratamiento adecuado para recuperarse de aquella fatídica recaída. A Fen le habría encantado abandonarla a su suerte de una vez por todas, pero para el capitán Watkyn la campaña se había convertido en una suerte de duelo entre él y la furgoneta, y no quiso ni oír hablar del asunto. Le hizo entender a Fen que, en aquel asunto concreto, su reputación profesional estaba en juego: conseguiría, por las buenas o por las malas, que aquella condenada furgoneta volviese a la carretera antes de que comenzase el proceso de votación. Tras un débil amago de discutir la cuestión, Fen se vio obligado a capitular.

Más desconcertante que la megafonía, si cabe, era el asunto del señor Judd, que había enloquecido políticamente hablando. Sus reticencias iniciales a desempeñar un papel activo en la campaña de Fen habían dado paso, con espantosa celeridad, a un entusiasmo excesivo que tanto para Fen como para el capitán resultaba de lo más bochornoso. Insistía en presidir todos los mítines, que abría con unas peroratas infinitas, y se pasaba las horas muertas en la biblioteca de Sanford Morvel redactando una crítica del sistema de partidos políticos que pretendía transformar en una filosofía de la historia. Además, para consternación y desesperación del capitán Watkyn y de Fen, su conversación se

había reducido casi exclusivamente a temas como el liberalismo en los siglos XVIII y XIX. Al principio, Fen había achacado aquella actitud a sus deseos de impresionar a Jacqueline, pero, en vista de la desinteresada vehemencia del escritor, no tuvo más remedio que abandonar su teoría inicial. Resultaba evidente que Judd estaba reaccionando como un hombre reservado que de pronto sucumbe a las emociones de la vida pública. Estas se le habían subido a la cabeza como (cito de nuevo al capitán Watkyn) un buen vino, y aquello que antes había rehuído a toda costa ahora siempre le sabía a poco. Su compañía ponía cruelmente a prueba la paciencia de Fen y del capitán, pues a este último nunca le había interesado la historia de la política, sino simplemente que los candidatos a los que representaba ganaran las elecciones, y Fen había perdido temporalmente cualquier interés que hubiese podido sentir en un principio. Ambos contemplaban el inesperado fervor del señor Judd con el mismo terror fatalista que había mostrado el doctor Frankenstein al encararse con su monstruo por vez primera. El señor Judd se arrojaba ciegamente a su labor, como la escoba del aprendiz de brujo, y ni Fen ni el capitán Watkyn conocían ningún conjuro lo bastante poderoso para detenerlo.

—Es como uno de esos conversos de vocación tardía —dijo Fen en tono lúgubre—. Judd se ha iniciado tarde en el mundo de la política y ha acabado obsesionándose. Igual que el niño que, al descubrir que sabe escribir su nombre, lo escribe una y otra vez hasta acabar rendido.

—Hum —repuso sabiamente el capitán Watkyn.

No se podía negar que el entusiasmo del señor Judd había conseguido muchos apoyos para Fen, sin embargo, el dispuesto director del *Sanford Advertiser and Peek Gazette* había acabado anulando gran parte de aquellos esfuerzos. Decidido a devolver el favor que le había prestado el padre del candidato, había excedido, con desastrosas consecuencias, los límites del sentido común. El mismo jueves había llegado a publicar un artículo que incumplía flagrantemente esos flamantes cánones de imparcialidad de la prensa británica de los que a los periodistas ingleses tanto les gusta alardear, pues en él se dedicaba a ensalzar la candidatura de Fen excluyendo todas las demás. Hasta el capitán Watkyn, cuyo optimismo constituía una parte imprescindible de su labor, motivo por el cual no se desalentaba con facilidad, había acabado mostrando ciertos reparos a la supuesta colaboración del periodista.

—La cosa, muchacho, es que ese artículo resulta de lo más sospechoso. Parece exactamente lo que es: un chanchullo... Y mucho me temo que le hará más mal que bien. Es increíble la falta de tacto que demuestran estos condenados periodistas.

Para entonces, desde luego, ya pululaban por la zona varios condenados periodistas infinitamente más pomposos que el director del *Sanford Advertiser and Peek Gazette*. Como ya se ha mencionado, en un principio las elecciones de Sanford apenas habían llamado la atención nacional. Algunos de los periódicos más populares habían publicado breves columnas encabezadas por titulares del tipo: «Un catedrático-detective entra en política», pero la escasez de espacio era demasiado abrumadora para permitir que la noticia superase un escueto párrafo. No obstante, los asesinatos y la huida de Elphinstone

habían acabado llamando la atención de los medios y, además, debido a una lógica inescrutable, habían incrementado el interés por las elecciones. Por consiguiente, los bares de Sanford no tardaron mucho en llenarse tanto de periodistas políticos como de los encargados de las crónicas de sucesos, que, en las treguas en las que no peleaban ferozmente por conseguir alojamiento, se empleaban en una búsqueda feroz de material para sus respectivos artículos. El hecho de que Fen estuviese involucrado tanto en las elecciones como en los crímenes lo había convertido en un personaje muy solicitado. Pero sus maquiavélicos intentos de intercambiar «información privilegiada» sobre los asesinatos a cambio de apoyo político lo condujeron a un punto muerto. Ninguno de los periodistas allí presentes —como muy probablemente él ya sabía de antemano— se encontraba en posición de llegar a tales acuerdos y, en el fondo, tanto mejor, ya que en realidad Fen tampoco poseía «información privilegiada» sobre los crímenes y, de haberse aceptado su propuesta, no le habría quedado más remedio que inventársela... Un ejercicio que, pese a toda su maestría, habría acabado por detectarse. En consecuencia, a los cazanoticias no les quedaba otra que conformarse con el señor Judd, que estaba más que dispuesto a hablar infatigablemente tanto de crímenes como de política. Sus *obiter dicta*, al menos en cuanto al último tema, se publicaban con profusión. De hecho, las ventas de los libros de Annette de la Tour aumentaron considerablemente y su editor empezó a beber Lafite en lugar del Margaux. Todo el mundo parecía razonablemente satisfecho.

Fen se despidió de Wolfe y de Humbleby en el hospital y se dirigió a The White Fion para reunirse con el capitán Watkyn. Lo descubrió vagando por la sala cual alma en pena sometida a la penetrante mirada y a la incansable charla del viejo lobo de mar Judd, cuyo albatros político, el sistema de partidos, había adquirido más plumaje gracias a las horas de trabajo invertidas en la biblioteca pública la tarde anterior. Fen consiguió silenciarlo el tiempo suficiente para asegurarse de que aquella mañana no tenía compromisos políticos y luego se marchó sin más para regresar caminando, bajo un cielo despejado, a The Fish Inn.

Una vez allí, pidió un café y se lo bebió encaramado en el rodillo, mientras sus pensamientos iban saltando de un modo algo incoherente de las elecciones a los crímenes. Dentro de la hostería, el monótono martilleo del señor Beaver y sus colaboradores había dado paso a una variación en forma de sierra muy similar a los gritos de una codorniz sometida a una agonía insoportable. Ante el terrible estruendo, Fen se levantó de inmediato y se marchó. Aunque coincidía plenamente con *sir* Max Beerbohm en que nada inhibe con tanta eficacia la lucidez mental como dar un paseo, en aquellos instantes no le quedaba otra alternativa. Así que echó a andar muy abatido por la calle principal del pueblo.

Había una bocacalle por la que todavía no se había aventurado: el camino que pasaba por la rectoría y conducía, según indicaba una antigua señal de tráfico, al pueblo de

Wythendale, situado a veinte kilómetros de allí. Así que Fen dobló la esquina e hizo una breve parada ante las puertas de la rectoría, tanto para examinar la casa —un edificio gris y anodino— como al mismo rector, que, agachado en el jardín y vestido con unos viejos pantalones de franela, observaba en aquellos momentos una malvarrosa marchita. De allí, la atención de Fen pasó a un insecto de colores vivos que se había encaramado a una rama cercana y que decidió tocar con un dedo. El insecto reaccionó picándole y luego se marchó volando. Fen, que no tenía nada de estoico, soltó un grito de angustia y dolor que hizo que el rector se incorporase bruscamente para mirarlo. Justo en ese mismo instante, una tacita blanca de café salió disparada desde una de las ventanas de la planta superior de la rectoría y pasó rozando las narices del hombre.

## CAPÍTULO 16

Hasta en aquellos momentos en que sufría los infortunios más triviales, Fen consideraba un deber inalienable que sus congéneres le ofrecieran comprensión y consuelo inmediatos, y que continuasen ofreciéndoselos por tanto tiempo como se prolongaran sus lamentos. Por consiguiente, que el rector corriese hacia él con expresión solícita y ansiosa al oír su grito le habría parecido, en circunstancias habituales, de lo más correcto y normal. En lo que se refería a los estrictos deberes pastorales del clero, Fen era una oveja particularmente quisquillosa y exigente. No obstante, en las circunstancias actuales, el profesor se quedó algo perplejo. Sin duda, era deber del rector, una vez recuperado del sorprendente ataque de la taza de café, relegar aquel incidente a un segundo plano y apresurarse a socorrer al dolorido profesor, pero, para sorpresa de este, aquel hombre había ignorado por completo la taza, sin dignarse siquiera a mirar la ventana por donde había salido.

El objeto yacía, incólume, en un arriate cercano. Le resultaba inconcebible que el rector no lo hubiese visto, o que tampoco hubiese notado la ráfaga de aire cuando la taza le había pasado rozando. Sin embargo, a juzgar por su reacción, o más bien por la carencia de esta, era como si aquel hombre ni siquiera se hubiese dado por aludido. Cuando llegó a la cerca de la rectoría, Fen ya lo estaba observando con cierta desconfianza. Para colmo, enseguida resultó evidente que la preocupación del rector operaba en la dirección incorrecta.

—¿Qué ha visto? —le preguntó a Fen—. ¡Dígame inmediatamente qué es lo que ha visto!

—¿Visto? —Fen torció el gesto—. Pues he visto que le han lanzado una taza de café, si es eso a lo que se refiere.

—Pero usted ha gritado antes incluso de que arrojasen la taza, si no me equivoco. ¿Es posible que haya visto al responsable?

—La verdad es que no —repuso Fen con descortesía—. He soltado un grito involuntario porque he sido víctima de la dolorosísima picadura de un bicho. Mire.

Extendió el dedo para que el rector lo inspeccionara.

—Le ha picado. Ah... —El rector, mucho más tranquilo de repente, se puso unas gafas de carey y procedió a examinar la zona afectada—. ¡Santo cielo! ¿Ha sido una abeja? ¿Una avispa?

—Un insecto tropical venenoso, creo yo.

—Azulete. Hay que tratarlo con azulete. —El rector hizo una pausa y su cara adquirió una expresión seria sumamente artificial—. Pero mucho me temo que debo hacerle una pregunta antes de invitarlo a entrar. ¿Está usted, por casualidad, vinculado de

algún modo a la Sociedad de Investigaciones Sobrenaturales?

—¿La Sociedad de Investigaciones Sobrenaturales? —repitió Fen, sorprendido—. No, desde luego que no.

—¿Y no será usted..., ja, ja..., de los que creen en lo sobrenatural?

—Bueno, yo no diría tanto —respondió Fen con impaciencia. Mas enseguida se dio cuenta de que había dado la respuesta equivocada, pues la expresión del rector pasó a mostrar un franco temor—. Sin embargo, estoy más que dispuesto, si así lo desea usted, a suspender mi credulidad durante todo el tiempo que requiera el tratamiento con azulete.

El rector se sumió entonces en profundas reflexiones hasta que, por fin, tomó una decisión.

—Si tal es el caso, entre —dijo, abriendo la cerca—. Supongo que me considerará usted descortés y poco generoso, pero lo cierto es que lo que acaba de suceder me pone en un grave dilema.

—¿La picadura? —preguntó Fen, cuyos sufrimientos seguían siendo prioritarios.

El rector lo condujo por un sendero que rodeaba la casa.

—No, no... Me refería a la taza —dijo, de espaldas. Cuando llegó a la altura del tulipero, detuvo el paso con tal brusquedad que Fen estuvo a punto de darse de bruces con él—. Sería absurdo imaginar que no siente usted cierta curiosidad.

Como los pensamientos de Fen estaban concentrados en el azulete, se limitó a darle la razón en que esa suposición resultaría, en efecto, del todo absurdo.

—Me lo suponía. Y, por consiguiente, debo hacerle partícipe de una información confidencial. Supongo que es usted el profesor Fen.

—En efecto.

—Yo me llamo Mills. —Y, dando por sentado que aquella información ocuparía los pensamientos de Fen durante un buen rato, el rector reanudó la marcha hasta llegar a la puerta trasera de la rectoría. Fen lo siguió sumido en un estado de aturdimiento.

—¡Señora Fritch! —llamó el rector, mientras abría la puerta—. ¡Señora Fritch!

Ante ellos apareció una anciana pequeña, vehemente y de aspecto desaliñado, que sujetaba una fregona.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

—Azulete, señora Fritch. Un insecto ha picado a este caballero.

—¡Vaya, vaya, qué cosas...!

La anciana se retiró entonces a la cocina entre vivas exclamaciones. Oyeron cómo abría cajones y armarios uno tras otro. Poco después, regresó a donde ellos estaban con la bolsa de azulete, que Fen se aplicó en la picadura. No le pareció que surtiese un gran efecto, sin embargo. Después de devolverle la bolsa a la señora Fritch, el rector, cuyos pensamientos habían estado claramente en otra parte durante todo aquel proceso, lo tomó del brazo y lo condujo a una silla de madera, que se encontraba en el jardín trasero de la rectoría.

—Y ahora, para continuar con lo que le estaba diciendo... Es decir, la taza.

Fen pensó que el dolor se había atenuado un poco; puede que los efectos del azulete

no fueran inmediatos. Ahora se sentía más capaz de prestar atención al asunto de la taza de café, que, según empezaba a comprender, era decididamente extraño.

—Bien, espero que guarde lo que voy a contarle a continuación en el más estricto secreto. —El rector le dirigió una fugaz mirada, como si tratase de evaluar su capacidad de discreción—. Debo pedirle que me lo prometa. No hay nada de inmoral o... criminal en lo que pretendo revelar, pero sería bastante inconveniente para mí que dicha información trascendiera.

—Puede confiar en mi absoluta discreción —dijo Fen, sin entender nada—. Y, por favor, comprenda que no está obligado a contarme nada.

—Creo que me conviene sincerarme. Y, además, no sería justo que me lo callase. —El rector vaciló y cogió aire—. Supongo que habrá oído hablar de la rectoría de Borley.

—Creo que muchas personas han oído hablar de ella. En mi modesta opinión, es indudable que, de un modo u otro, estaba encantada.

—La investigaron a conciencia durante varios años.

—Así es.

—En realidad, el rector de Borley no pudo vivir tranquilo tras aquello.

—¿Debido a los fenómenos sobrenaturales?

—No. Debido a los investigadores.

—Ahora que lo menciona, supongo que tuvo que ser pesadísimo.

—Puertas selladas, micrófonos, vigilias... Hasta sismógrafos, al parecer.

—No sé...

—Pero admite el principio general.

—¿Qué principio general? —preguntó vagamente Fen, contemplándose el dedo.

—Que la investigación tuvo que ser un auténtico suplicio.

—Sí, pero...

—Algo que yo ya predije, hace muchos años.

—Por supuesto.

—¿Entiende a lo que voy?

—Mucho me temo que no.

El rector suspiró.

—La cuestión es que en esta rectoría se producen fenómenos sobrenaturales. Aquí hay un espíritu.

Si se hubiese ofrecido a levitar, Fen no se habría quedado más perplejo.

—¿Acaso insinúa... que esa taza de café...?

—... la ha arrojado un espíritu. Sí.

—Pero ¿está seguro de que se trata de un espíritu? Una explicación más natural sería...

—Señor Fen, no existe una explicación más natural.

—Tal vez su ama de llaves...

—¡No, no! Estos fenómenos suceden incluso cuando ella se encuentra a kilómetros de distancia.

—Quizá sea obra de un bromista, entonces.

—¿Un bromista que lleva dieciocho años operando ininterrumpidamente? —repuso el rector con sequedad—. Me parece una explicación mucho menos creíble que la de un fenómeno sobrenatural.

—¿Dieciocho años?

—Estoy al cargo de esta rectoría desde hace dieciocho años, y el inicio del fenómeno coincidió casualmente con mi llegada.

Fen estaba pasmado.

—¿Y no ha hecho nada al respecto?

—Al principio estaba muy angustiado, como es natural, y hasta llegué a plantearme la posibilidad de solicitar el permiso del obispo para llevar a cabo un exorcismo. Eso en cuanto me aseguré de que no se trataba de una alucinación ni de una broma, por supuesto. Pero lo cierto es que, a pesar de todo, al cabo de unas semanas acabé acostumbrándome.

—Notable —dijo Fen, conteniéndose.

—La cuestión es que, independientemente de lo que haya sucedido con otros casos de fenómenos sobrenaturales, este espíritu en particular nunca me ha inspirado, ni a mí ni a nadie, la convencional sensación de terror. En el sentido material es un auténtico incordio, desde luego, pues no para de arrojar cosas que luego hay que recoger y devolver a su sitio, pero tengo que reconocer que no suscitan los efectos emocionales que suelen asociarse a tales..., hum..., fantasmas. Por tanto, aunque se trata de un fenómeno tan molesto como podrían serlo unas cañerías defectuosas, acabé llegando a la conclusión de que la publicidad que causaría cualquier intento de librarme de él resultaría más molesta aún, si cabe. Además, como mi espíritu parece estar dotado de cierta inteligencia, llegué a temer que interrumpiera sus actividades en presencia de los investigadores, lo que habría puesto mi cordura en tela de juicio. Finalmente, concluí que era preferible dejarlo en paz, y nunca me he arrepentido de ello.

Durante unos instantes, Fen buscó en la cara del rector algún indicio de este le estuviera tomando el pelo, pero no lo encontró. Aunque cabía la posibilidad de que se equivocase, era absolutamente sincero. Además, ambos sabían que se habían obtenido pruebas de la existencia de muchos casos de fenómenos sobrenaturales. Las reacciones del rector ante su propio fantasma resultaban, entonces, de lo más comprensibles... Salvo, claro está, por el gasto económico que debían suponer los estragos causados por el travieso espíritu... Fen se aventuró a plantear esa cuestión.

—Pues no —respondió el rector—. Por alguna razón insondable, los objetos que manipula jamás se rompen. La taza de café es un buen ejemplo... Aunque se hubiese golpeado contra la pared, habría acabado intacta. He encontrado muchos ejemplos documentados del mismo fenómeno en varias casas encantadas. Mi espíritu también tiene otra peculiaridad: pese a su obsesión por arrojar objetos constantemente, estos nunca nos han alcanzado ni a la señora Fritch ni a mí. Las primeras semanas temí que pudiese lastimarnos, pero, como siempre fallaba, acabé por tranquilizarme, y ahora ya no

le presto la menor atención.

—Y, aparte de arrojar cosas, ¿qué más hace? —preguntó Fen, sin aliento.

—Abre cajones y vacía su contenido en el suelo. Una conducta vandálica, que en ocasiones resulta agotadora. También da golpecitos... en las paredes, al parecer, aunque es difícil de asegurar. ¡Ah, sí!, y de vez en cuando suelta un aullido tontísimo en la escalera. Supongo que lo hace para asustar, pero en realidad causa el mismo pavor que un timbre de bicicleta. Y nada más, creo. No escribe, ni tampoco se me ha aparecido nunca. Al principio, cuando llegué, solía recorrer la casa para intentar sorprenderlo, pero fue inútil, y hace ya mucho que dejé de molestarme en tratar de encontrarle con las manos en la masa.

Fen sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

—Pero..., en vista de lo que me cuenta, habrá tenido que resultarle muy difícil mantener el asunto en secreto.

—No tanto como cabría suponer. Los disturbios, por lo general, no suelen iniciarse antes de las diez de la noche. Las manifestaciones diurnas, como la que usted ha presenciado hace unos instantes, se han producido tan solo dos veces con anterioridad y, afortunadamente, jamás en presencia de testigos.

—Y... ¿no interrumpe su descanso nocturno?

—Al principio era un fastidio —admitió—, pero enseguida conseguí domesticarlo a mi manera.

—¿Domesticarlo?

—O amaestrarlo, si es que prefiere ese término. Como se amaestra a un gato para enseñarle dónde hacer sus necesidades o a un perro para que acuda a nuestro lado. El método fue sencillo, aunque lo cierto es que lo descubrí de pura casualidad. Una noche, mientras yo intentaba dormir después de un día agotador, la misteriosa criatura se puso a dar golpes en la pared a la una de la madrugada. Exasperado, me senté en la cama y golpeé también la pared, pero con mucha más fuerza. La criatura se quedó tan asombrada que guardó silencio. A partir de entonces, siempre que la escucho armar escándalo a horas intempestivas reacciono del mismo modo, hasta que poco a poco ha ido entendiendo que a partir de medianoche no debe hacer ningún ruido. En términos generales, suele respetar nuestro acuerdo. También me planteé la posibilidad de expulsarla definitivamente con el método que le he mencionado, pero, para serle sincero, me pareció una medida innecesariamente brutal. Es evidente que la criatura disfruta con esas ridículas travesuras que no hacen daño a nadie, y ya que ahuyentándola no haría sino empeorar su situación, pensé que mi deber como sacerdote cristiano era dejarla en paz.

—Bien, sí, supongo que, gracias a la suerte, le ha sido posible mantener la situación en secreto. Y no le culpo por ello.

—Eso implica que jamás he podido alojar a nadie en mi casa, y supongo que muchas veces he dado la impresión de ser poco hospitalario. Pero, como le he dicho, en líneas generales nunca me he arrepentido de la decisión.

—¿Y su ama de llaves? ¿Qué opina ella del asunto?

Por primera vez, el rector pareció vacilar. Abochornado, bajó la vista a sus zapatos.

—Eso es, sin duda, lo que más me pesa en la conciencia. La señora Fritch se ha forjado su propia teoría respecto a este asunto, y, desgraciadamente, está muy alejada de la verdad. Y aunque no fui yo quien se la sugirió ni tampoco la he aprobado específicamente en ningún momento, reconozco que siempre he sido demasiado pusilánime para refutarla. Lo peor de todo es que su hipótesis me atribuye un mérito inmerecido. Al parecer, en sus años más impresionables de juventud, alguien le regaló una traducción de *Thais*, de Anatole France, cuya lectura la conmovió profundamente. Al principio, el libro describe varias tentaciones que sufren los ermitaños cenobitas en el desierto de Alejandría, y la señora Fritch, al presenciar por primera vez las actividades de la criatura, llegó a la errónea conclusión de que esos fenómenos debían tener una naturaleza y un propósito similares. La señora Fritch cree que lo que sucede ante sus ojos se corresponde tan solo con una mínima parte de todo lo que realmente ocurre, y que, en su ausencia —un resplandor divertido iluminó los ojos del rector—, debido a mi extraordinaria santidad, las arpías espectrales me arrojan excrementos cuando escribo inclinado sobre mi escritorio y hermosas cortesanas tientan de noche mi recato... Mucho me temo que ella sobrestima mi importancia a los ojos del diablo, que sin duda puede sacar mayor partido de sus cortesanas que el que obtiene asignándomelas regularmente. —El rector suspiró—. Me siento culpable por no haber disipado esa falaz ilusión. Verá, la señora Fritch está convencida, a saber por qué, de que estas... supuestas tentaciones no deben revelarse a nadie, y yo me he aprovechado vergonzosamente de su discreción. Un pecado que no se me perdonará así como así, ya que se debe a algo tan prosaico como el deseo de permanecer tranquilo y no atraer a la Sociedad de Investigaciones Sobrenaturales.

Con toda la gravedad que fue capaz de reunir dadas las circunstancias, Fen le transmitió al rector que, en su opinión, se trataba solo de un pecado venial.

—¿Y tiene usted su propia teoría respecto al fenómeno?

El rector, que hasta entonces se había mostrado serio, soltó una risa inesperada.

—A veces sospecho que mi espíritu debe de ser un demonio expulsado del Infierno por su incurable incompetencia... Pero no, no he encontrado ninguna explicación satisfactoria. Al principio le di muchas vueltas y leí toda la literatura disponible sobre el tema. Sin embargo, acabé llegando a la conclusión de que no había ninguna teoría más probable o plausible que otra... Así que dejé de preocuparme por encontrar una causa, y llevo años sin hacerlo. La costumbre, profesor Fen, es una extraordinaria bendición. Ahora estoy tan habituado a convivir con mi criatura que paso semanas enteras sin siquiera pensar en ella.

Entonces guardó silencio y se puso a contemplar con aire absorto las ventanas superiores de la rectoría. Luego se volvió hacia Fen con una sonrisa encantadora.

—Sea sincero: ¿ha creído una sola palabra de lo que le he dicho?

—¿Por qué no? Considero que las pruebas de la existencia de tales fenómenos son irrefutables y no es improbable que se den aquí. También sus reacciones resultan de lo

más naturales. En cualquier caso, si estuviera bromeando, habría sido una tomadura de pelo bastante entretenida y, por tanto, no hay nada que lamentar.

El rector volvió a reír.

—Me parece muy justo, señor. Y tanto si lo considera una tomadura de pelo como una simple locura o una verdad incuestionable, le agradeceré mucho que no se lo cuente a nadie.

—Tiene mi palabra.

—Y el dedo...

—Me duele mucho menos, gracias. —Fen miró la hora y se levantó—. Debo irme a comer. Muchas gracias por el azulete... Lamento haber interrumpido sus labores de jardinería.

—Mi querido amigo, he disfrutado muchísimo con nuestra conversación. De hecho, ha sido un gran alivio poder confiarle a alguien lo mal que me estoy comportando con la señora Flicht. Le acompañaré hasta la cerca. ¿Cómo va su campaña?

—Tan bien como cabría esperar. Para serle sincero, estoy empezando a hartarme un poco de ese asunto.

—Es indudable que ha decidido aparecer usted en un mal momento... Ese loco infeliz que al parecer sigue huido todavía... Y también los terribles asesinatos y el malvado ataque de anoche a esa pobre chica del hospital. La vi un par de veces, ¿sabe? Por algún motivo, su cara me resultó familiar.

—¿De veras? —preguntó Fen, interesado—. ¿Cree que la había visto antes?

—No, no es eso —respondió el rector, pensativo—, porque tengo buena memoria para las caras. Más bien tuve el presentimiento...

Pero Fen no estaba destinado a llegar a conocer, al menos en ese instante, lo que había presentido el rector. Mientras hablaban, doblaron la esquina de la casa y se pararon ante una ventana abierta de la planta baja. Al principio, el rector posó la vista en la ventana sin el menor interés, pero de pronto se fijó en algo y exclamó.

—¡Que Dios me ampare!

Fen no veía ningún motivo que justificase el sobresalto del rector. Aquella habitación no era más que un estudio clerical, anodino y más bien lúgubre, con muebles de caoba sobre los que reposaban oscuros objetos. Sin embargo, considerando su sorpresa, quizá el rector estuviese viendo un fantasma, por lo que Fen escrutó minuciosamente la oscuridad de la habitación con la vaga esperanza de tener la misma suerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Los prismáticos —dijo el rector—. Esos prismáticos que hay encima de la mesa, junto a la ventana. Han vuelto.

—¿Han vuelto?

—La otra tarde... Veamos, debía de ser el lunes... Como soy aficionado a la ornitología, siempre llevo conmigo los prismáticos para observar a las aves cuando salgo a dar un paseo. Aquel día, me senté un momento a descansar en el bosque de Porson y los dejé en el suelo, *justo* a mi lado. Cuando reanudé la marcha, me despisté y los olvidé allí.

No habían pasado más de diez minutos cuando me percaté de lo ocurrido y regresé, pero para entonces alguien ya se los había llevado. Y en vista de la falta de honradez que tanto abunda hoy en día entre nuestros congéneres, pensé que nunca volvería a verlos. Pues bien, acabo de recibir una agradable sorpresa...

—Sin embargo, el método de devolución es muy extraño —apuntó Fen—. Cuando uno encuentra algo que pertenece a otra persona y quiere devolvérselo, lo más normal es que llame a la puerta y lo entregue en mano... Por cierto, ¿cómo ha sabido esa persona que eran suyos?

—Mi nombre está escrito en el interior de la correa. Pero coincidí con usted en que la devolución tiene algo de, digamos..., furtivo —dijo el rector, algo perplejo.

—Aunque, por supuesto, no habría sido el caso si la casa hubiera estado vacía en el momento en que se produjo dicha devolución.

—Los prismáticos no estaban aquí cuando me acosté anoche, de eso no me cabe duda. Y resulta que ni la señora Fritch ni yo nos hemos ausentado desde entonces. Sí, en verdad es extraño... Aunque me atrevería a decir que existe una explicación perfectamente razonable.

Fen le daba vueltas a una vaga sospecha.

—¿Le importaría que hiciese un experimento con sus prismáticos?

—¿Un experimento?

—Quiero comprobar si tienen huellas dactilares.

—¡Pues claro, faltaría más! —dijo el rector, sorprendido—. Pero no alcanzo a comprender por qué...

—No es más que un palo de ciego. ¿Podría proporcionarme un cepillo de cerdas suaves y polvos finos?

—El cepillo, por supuesto. Y la señora Fritch usa polvos de maquillaje, puede que sirvan. Sé que el carmín le parece pecaminoso, pero en lo que respecta a los polvos faciales sus opiniones son más..., hum..., liberales. ¡Señora Fritch! ¡Señora Fritch!

La señora Fritch asomó la cabeza por una ventana de la primera planta como si fuera un cuco de un reloj dando la hora. En cuanto averiguó lo que solicitaban, se retiró, sin mostrar la menor sorpresa, para ir a buscarlo y hacérselo llegar. El rector condujo a Fen al estudio y sacó un pincel nuevo de un atestado cajón del escritorio. Al poco, la señora Fritch apareció con una caja de maquillaje en polvo cuyo nombre era Nuits d'extase.

—¡Caramba! —dijo el rector.

Fen cogió el pincel, aplicó cuidadosamente los polvos en los prismáticos y luego sopló. Una nube de Nuits d'extase envolvió a ambos hombres.

—¿Y bien? —preguntó con curiosidad el rector, inclinado sobre los prismáticos.

—No hay ni una sola huella dactilar, lo que significa que los han limpiado meticulosamente.

El rector no captó de inmediato las implicaciones de esta curiosa circunstancia.

—¡Increíble! —comentó en un tono que, más que indicar comprensión, era el que usaría alguien que acaba de ver a un perro ejecutando un truco hartamente complicado—.

¡Increíble! Seguro que los prismáticos se ensuciaron y la persona que me los ha devuelto se ha tomado la molestia de limpiarlos.

Fen se quedó algo perplejo, pues no se le había ocurrido aquella posibilidad. Sin embargo, se repuso de inmediato.

—Aunque se limpie algo, siempre queda alguna huella. Y en estos prismáticos no hay ninguna.

—Y, entonces, ¿qué cree que significa todo esto? —preguntó el rector.

—No tengo ni la menor idea —respondió Fen con sinceridad—. Pero supongo que quienquiera que haya utilizado estos prismáticos desea a toda costa que nadie se entere.

El rector estornudó.

—Son los polvos —se disculpó débilmente—. ¡Señora Flitch! ¡Señora Fli...! Ah, ya está aquí. Necesitaremos el cepillo de la ropa si no queremos que la gente vaya contando por ahí que nos dedicamos a ir abrazando a jovencitas.

La señora Flitch, a quien no pareció molestarle aquel alarde de conocimientos mundanos, fue a buscar lo que se le requería y cepilló los trajes de los dos invitados.

—¡Santo cielo! —dijo el rector, olisqueando como un sabueso—. Este perfume es demasiado sensual, señora Flitch... Y eso me lleva a preguntarme qué hará usted en sus noches libres...

La expresión de la señora Flitch dejaba claro que ya había tenido suficientes conocimientos mundanos por aquel día, y el rector, que se dio cuenta enseguida, cambió de tema.

—Profesor Fen, no puedo competir con usted en un asunto como el de los prismáticos... ¿Cree que guarda alguna relación con los terribles acontecimientos de los que hemos tenido noticia?

—Es posible —respondió Fen con precaución—, aunque por ahora no se me ocurre cuál podría ser el vínculo... Bien, ahora he de marcharme. Ha sido usted sumamente amable y paciente.

Mientras el rector lo acompañaba hasta la cerca, una lluvia de guijarros cayó desde una ventana de la planta superior.

—¡Francamente, esto es el colmo! —exclamó el rector—. Le ruego me disculpe.

Volvió por el sendero hasta la casa. Acto seguido, se oyeron sus pasos en las escaleras y luego unos enojados golpes en la planta superior. La lluvia de guijarros cesó de inmediato y la cabeza del rector apareció en una ventana.

—¡Ya está! —dijo con alegría—. Si pasa por aquí, no dude en volver a visitarme. ¡Buenos días!

Y desapareció.

## CAPÍTULO 17

**E**n el camino de regreso a la hostería, Fen iba más concentrado en el asunto de los prismáticos que en los fenómenos sobrenaturales. Tenía la sensación de que la información que le faltaba se hallaba en el perímetro de sus pensamientos, insinuándose tentadoramente. Sin embargo, por el momento, ninguna de sus lisonjas le sirvió para atraerla a la superficie, lo que produjo sobre él un efecto tan exasperante como una molesta urticaria. Por suerte, cuando llegó a su destino se topó con una escena tan singular que sus reflexiones se vieron interrumpidas momentáneamente.

Myra observaba con sumo interés cómo se volvían a llevar al cerdo tarado. Dos hombres lo agarraban de las patas delanteras y las traseras, respectivamente, intentando introducirlo, con extrema dificultad, en una pequeña furgoneta. El pobre animal chillaba y forcejeaba sin cesar. Cuando por fin completaron la operación, cerraron la portezuela trasera y arrancaron.

El cerdo se asomó a la parte trasera de la furgoneta con la misma expresión consternada que mostraría un delincuente camino del presidio. Y entonces todos los allí presentes fueron testigos de una sorprendente demostración de fidelidad animal. Antes de que la furgoneta doblase la curva de la calle, el cerdo tarado cogió carrerilla, saltó por encima de la portezuela y aterrizó pesadamente de cabeza sobre la calzada.

Tras unos momentos de preocupación y nerviosismo, Fen y Myra le gritaron al conductor de la furgoneta que se detuviese. Todos se acercaron al cerdo, que yacía sobre el polvo. No estaba muerto, pero evidentemente su estado tampoco había mejorado tras aquella experiencia. Después de unos instantes de deliberación sobre qué debían hacer, decidieron subirlo de nuevo a la furgoneta para llevarlo al veterinario. Lo último que Fen vio del cerdo, que esta vez no opuso resistencia, fue su ojo, que dirigía a Myra una mirada cargada de un infinito reproche.

—¡Pobrecito, creo que no soporta separarse de mí! —dijo Myra compasivamente—. No tendría que haberlo vendido, aunque si hubiese sido un poco más atractivo... Pero el verdadero problema era que comía demasiado. Por cierto, le han llamado por teléfono, querido.

—¿Ah, sí?

—El comisario me ha pedido que le pregunte si puede pasarse por la comisaría de Sanford Morvel cuando tenga un momento.

—Creo que será mejor que vaya de inmediato.

—¿Significa eso que no se quedará a comer?

—Me temo que sí. Y se supone que debo pasarme toda la tarde haciendo campaña. La veré al anochecer, cuando abra el *pub*.

—Muy bien, señor.

Fen subió a su coche y se dirigió a Sanford Morvel. Como el día anterior, llegó justo cuando Wolfe y Humbleby salían de la comisaría para almorzar, y juntos fueron a The White Lion. En una mesa cercana a la que ellos ocuparon estaba el capitán Watkyn, que seguía sometido a la inexorable presión de las opiniones políticas del señor Judd.

—¡Comamos primero, que ya hablaremos después! —dijo Wolfe—. Tenemos novedades. Lamentablemente, no resultan de mucha utilidad en lo que respecta al asunto principal, aunque al menos aclaran algunos cabos sueltos... ¡Menudo melodrama!

Pero se negó a decir una palabra más sobre el tema hasta que se sentaran a tomar café en un rincón aislado del establecimiento. Entonces les mostró la cajita negra que había encontrado en la habitación de Jane Persimmons la noche del accidente.

—Hemos conseguido abrirla —dijo, dándole unos golpecitos—. Recordará que, al principio, no encontraba la llave... Pues bien, resulta que la chica la llevaba colgada de una cadena al cuello y estaba en manos del personal del hospital. Así que al final no fue necesario avisar al cerrajero. Y lo que hemos encontrado...

Vaciló y miró a Humbleby. Y Humbleby, con una cerilla suspendida en el extremo de su puro, añadió:

—Wolfe tiene dudas, muy justificadas, sobre si debemos comunicar nuestro descubrimiento... No a usted en concreto, sino a cualquiera ajeno a la investigación. Se trata de un asunto claramente privado que no debe divulgarse. Pero estoy convencido, y lo mismo le he dicho a Wolfe, de que podemos confiar en su absoluta discreción.

Fen pensó que, a este paso, su absoluta discreción iba a tener que hacer horas extra. Primero Bussy, luego el rector y ahora esto, fuese lo que fuese. Los balbuceos de asentimiento que consiguió farfullar parecieron ser suficiente para Wolfe.

—Será mejor que vea usted mismo el contenido de la caja. Le explicará todo el asunto tan rápidamente como lo haríamos nosotros.

Muerto de curiosidad, Fen hizo lo que le decían. A primera vista, el contenido de la caja no tenía nada de sorprendente: varias cartas y una sortija. Pero cuando examinó el anillo con más detenimiento, su indiferencia inicial se esfumó. Era de oro finamente tallado y tenía un rubí engastado; pese a no ser un experto en joyería, comprendió que aquella gema perfecta y de un tamaño inusualmente considerable poseía, sin duda, un gran valor. No se trataba, sin embargo, de un trabajo actual. De hecho, Fen dedujo que debía de datar del siglo XVII.

Acto seguido, dejó el anillo y pasó a las cartas. Había treinta y cinco, de diferente longitud, y todas, salvo una, estaban escritas por la misma persona. El papel, que amarilleaba en los márgenes, estaba adornado con un blasón en el encabezamiento. El paso del tiempo había desvaído la desgarrada caligrafía y la firma que cerraba todas y cada una de las misivas: «Robert». Las fechas cubrían un período comprendido entre agosto de 1924 y mayo de 1926.

Eran cartas de amor de una sinceridad conmovedora, que reconstruían un cariño y unas caricias que habían naufragado en las aguas del tiempo hacía ya muchos años, y Fen

no pudo contener su emoción al leerlas. El fantasma de aquella extinta pasión suscitó en él una primigenia y agri dulce sensación de fugacidad. Durante los instantes en que revivió, con una suerte de compasión, las emociones de un hombre a quien ni había conocido ni conocería jamás, el profesor permaneció totalmente ajeno a su entorno. Y solo a regañadientes dejó la última de aquellas cartas y centró su atención en otro papel, escrito con una caligrafía más delicada y precisa, que explicaba y completaba la historia.

Decía lo siguiente:

7 de abril de 1939

Cariño mío:

Cuando leas esto, yo habré muerto y estarás muy afligida. Por favor, no te entristezcas. Tu padre solía decir que ninguno de nosotros temería tanto a la muerte si no insistiéramos en considerar la vida como algo placentero con breves intervalos desagradables, en lugar de algo desagradable con breves intervalos de felicidad. Creo que llevaba razón. Pero no quiero escribir aquí un sermón, ni tampoco tú querrás leerlo. Esta carta, mi querida Jane, es para hablarte de tu padre.

Siempre has creído que murió antes de que nacieras, pero eso no es cierto. Aún vive, y es muy posible que siga con vida cuando tú leas estas líneas. Sin embargo, legalmente —lamento expresarlo con tanta torpeza— no tienes padre, pues yo nunca llegué a casarme con él.

Bueno, ya lo he dicho. Por favor, no me odies demasiado, querida mía. Nunca me decidí a contártelo, a saber por qué, y ahora es evidente que nunca me atreveré. De ahí que haya decidido tomar este camino, que reconozco cobarde y que te lastimará. ¡Perdóname, por favor! No sé qué más añadir, salvo que espero que un día seas tan maravillosamente feliz como yo lo fui con Robert. Excepto por la parte que a ti te concierne, no me arrepiento de nada. Y te dejo sus cartas, porque ver lo sincero y lo sensible que era quizá te ayude a comprender.

Tu padre es el actual lord Sanford. Querrás saber por qué no se casó conmigo, por qué me abandonó y por qué no hemos seguido viéndonos, pero eso es una larga historia, querida Jane, que prefiero no recordar. Sé que yo fui tan culpable como él, por lo que no debes guardarle rencor. Nunca ha dejado de enviarme una generosa asignación, y deseo sinceramente que, cuando leas esta carta, ya estés bien establecida y puedas olvidarlo. Quizá me equivoque al contarte todo esto ahora, no lo sé. Pero si un día lo descubrieras por casualidad, no soportaría que creyeras que me había sentido demasiado avergonzada y asustada para revelártelo yo misma.

Además, he de pedirte un favor. El anillo que adjunto es una reliquia de la familia Sanford, que Carlos I concedió al segundo conde de Sanford. Aunque yo no lo quería, Robert me obligó a aceptarlo y me hizo prometer que lo conservaría

como un recuerdo de él, durante toda mi vida. Pues bien, mantendré mi promesa, pero después quiero que vuelva a su familia: a Robert, si sigue con vida, o a su hijo. Te ruego que lo hagas por mí, Jane. Dejo a tu elección la decisión de llevárselo en persona o enviarlo por otro medio. Recuerda que es muy valioso. Te ruego también que no te consideres con ningún derecho sobre él ni que reivindiques nada a su familia. Pero sé que no hace falta, porque no lo harás.

Ahora, está todo dicho, querida. Ya lo sabes, pero trata de olvidarlo e intenta no culparme demasiado. Has sido un tesoro y la más cariñosa de las hijas, y te habrías merecido a una madre mucho mejor que yo. Recuerda que te quiero mucho.

TU MADRE

Posdata: Supongo que a una hija con tantos premios en redacción no acabará de convencerle el estilo de esta carta. Escribirla me ha resultado complicadísimo, como puedes comprender. ¡Dios te bendiga, cariño!

Sin pronunciar palabra, Fen devolvió las cartas a la caja, la cerró y se la entregó a Wolfe.

—Pese a su «generosa asignación», no puedo decir que sienta mucho aprecio por el difunto lord Sanford... En cualquier caso, está muerto, por lo que cualquier intento de censurar su conducta es un ejercicio inútil.

Humbleby contemplaba sus bien cuidadas uñas.

—Así que Jane Persimmons es hija natural del anterior lord Sanford y hermanastra del actual lord.

—El rector me dijo que la cara de Jane le resultaba familiar, algo que se explicaría por el parecido entre ambos —dijo Fen.

—Se parecen, en efecto —intervino Wolfe mientras hacía girar con suavidad, con el índice, la concha que usaban como cenicero en una mesita cercana—. Yo mismo reparé en la similitud, pero lo achaqué a la mera casualidad... Bien, al menos ya sabemos por qué esa joven vino aquí. Para devolver el anillo. Lo que significa, probablemente, que su madre ha muerto hace poco.

—Sin llegar a ver a su hija «bien establecida». —Humbleby torció el gesto al observar las piruetas de Wolfe con el cenicero y poco después se lo arrebató, con la excusa de que iba a apagar su puro—. Supongo que ella tenía la intención... Tiene la intención, más bien, de entablar amistad con lord Sanford. —Al reflexionar sobre esa declaración tan poco convincente, Humbleby volvió a torcer el gesto—. La situación es, cuando menos, delicada —añadió, con menor convencimiento si cabe.

Ni Wolfe ni Fen prestaban demasiada atención a sus comentarios. Daba la impresión de que Wolfe meditaba sobre algún complejo problema de etiqueta profesional, y Fen estaba cotejando las dramáticas revelaciones de la caja negra con la conducta de Jane

Persimmons antes del accidente. Resultaba evidente que había estado examinando el terreno a escondidas antes de decidir qué tipo de presentación sería la más adecuada y digna, lo que explicaba el curioso episodio que Fen había presenciado en el bosque de Sanford Hall. Comprendió sus vacilaciones, pues sabía que al devolver el anillo tendría que explicar también las razones de que estuviera en su poder y, si era medianamente sensible, debía comprender que presentarse ante un joven desconocido como la hija ilegítima de su difunto padre es imposible sin hacer un profundo examen de conciencia previo. Cabía la posibilidad de que acabara contándole un relato ficticio, pero Fen sospechaba que Jane no era la clase de persona que recurre a mentiras para librarse de una situación desagradable. En cuanto a aquel asunto, el único misterio que quedaba por resolver era por qué Jane se había decidido a entregar el anillo en persona —con todas las explicaciones que eso conllevaba— en lugar de enviarlo anónimamente por correo certificado. No daba la impresión de que ella gozase de una buena posición económica, y en tal caso quizá esperase algún tipo de ayuda por parte de lord Sanford. Pero aquella hipótesis se contradecía con el diagnóstico de Fen sobre el carácter de la joven, pues, por lo poco que la conocía, él la consideraba capaz de morir de hambre antes que pedir dinero, sobre todo si para ello se veía obligada a emplear esa excusa. Bien, aquel detalle carecía, relativamente, de importancia. Sin duda, Jane lo esclarecería en cuanto recuperase la conciencia.

—¿Cuál era su estado cuando se marcharon del hospital? —preguntó.

—Prácticamente fuera de peligro. —Humbleby se sirvió el poso tibio de la cafetera y sorbió de su taza ruidosamente—. Los médicos esperan que recobre la conciencia de un momento a otro... Aunque, cuando eso ocurra, prefieren que se mantenga en silencio durante unos días.

—En cuanto al intento de asesinato, ¿puede vincularse de algún modo a los hechos que acabamos de conocer?

—No veo cómo, porque seguimos sin tener un móvil —respondió Humbleby—. Si ella fuese la heredera legal del patrimonio Sanford, quizá lord Sanford tendría motivos para liquidarla. Pero resulta evidente que no es así. Verá, lo que en realidad me preocupa es qué vamos a hacer ahora.

—¿Hacer?

—Con lo que acabamos de saber. —Wolfe observó a Fen con cierta hosquedad, como si fuese él quien hubiese ideado aquel complejo desafío a la discreción—. Evidentemente, el hecho de que alguien atacase a esa joven no justifica en absoluto que transmitamos a lord Sanford una información de una naturaleza tan íntima y personal. Por otra parte, ya que ella iba a contárselo de todos modos, quizá sería... humano, por nuestra parte, encargarnos de comunicárselo al aludido.

—¿Y cómo creen que se tomará esto Sanford? —preguntó Fen.

—Por lo que he visto, parece un joven muy decente —respondió Wolfe.

—Entonces yo voto por que le muestren esas cartas.

—Extraoficialmente, yo también —dijo Humbleby.

—Y, como ser humano, opino igual —dijo Wolfe—. Pero un agente de policía jamás debería prestarse a algo así. Si a alguien le diera por montar un escándalo, lo más probable sería que me degradasen.

—Lord Sanford tendría motivos para estarle agradecido —señaló Fen—, y la joven no parece de las que alborotan por algo que ya es irrevocable.

Wolfe suspiró.

—Entonces, de acuerdo. Me arriesgaré, y espero que salga bien. Pero he de confesar que no es algo que me apetezca hacer, independientemente de cuáles sean las repercusiones.

—En ese caso, permita que me encargue yo mismo —propuso Fen.

—¿Usted, señor? No sé si eso mejorará las cosas, ya que usted, un forastero, ni siquiera debería estar al corriente de los hechos.

Pero Humbleby apoyó la propuesta de Fen:

—Si vamos a hacerlo, creo que el profesor conducirá el asunto con más tacto que usted o que yo, Wolfe. —Fen, que tenía una gran opinión de su sentido de la delicadeza pero casi nunca había oído que lo recomendaran espontáneamente, emitió unos gruñidos de satisfacción—. Y estoy más que dispuesto a asumir toda la responsabilidad, ya que, de armarse un escándalo, las consecuencias serían menos graves para mí que para usted. A fin de cuentas, el cuerpo de policía no es tan inhumano, y aunque pudiera reprendernos de un modo oficial, sin duda nos aplaudiría en privado. Además, si se terciara, nada nos impide decir que creíamos que este asunto podía guardar relación con el ataque a la joven y que, por tanto, era nuestra obligación comprobarlo. Por lo que sabemos hasta ahora, esa relación podría existir.

—¿Está decidido, entonces? —preguntó Fen—. Bien. Me haré cargo de inmediato.

Wolfe le entregó la caja de acero.

—¡Ah, pero antes de irme será mejor que les hable de los prismáticos del rector! —añadió. Y les expuso brevemente lo sucedido.

—¡Oh, vamos...! —protestó Wolfe—. Admito que es algo extraño, pero no veo qué relación puede tener con los otros casos.

—Tampoco yo, por ahora, y hasta puede ser que no exista vínculo alguno. Pero creí que debía informarles.

Wolfe se lo agradeció con la educada falsedad del muchacho que espera un avión como regalo de Navidad y acaba recibiendo una Biblia, y Fen se marchó para avisar al capitán Watkyn de que tendría que anular los compromisos de la campaña hasta después del té. El capitán, por supuesto, desaprobó su conducta, y su disgusto ante tal forma de proceder se incrementó notablemente cuando el señor Judd, que seguía a su lado, insistió en sustituir a Fen. Watkyn observó la partida de Fen con esa mezcla de tristeza y exasperación con que el naufrago ve alejarse inexorablemente por el horizonte el barco que podría haberle rescatado de una muerte segura.

Fen subió al coche y partió hacia la segunda residencia de Sanford Hall.

## CAPÍTULO 18

**D**iana Merrion extendió una capa de abrillantador por el guardabarros delantero de su taxi, recogió el trapo que colgaba de este y empezó a frotarlo con vehemencia. En un día tan caluroso, uno de esos desapasionados observadores que los novelistas convocan cuando la descripción directa de los hechos empieza a aburrir habría atribuido aquel ímpetu al orgullo de su oficio. Pero tal observador, como la mayoría de los de su espectral y crédula calaña, se habría equivocado de medio a medio. Es cierto que Diana cuidaba mucho su Daimler, pues aborrecía las cosas abandonadas; sin embargo, aquel día su despliegue de energía no provenía de su devoción por las apariencias, sino del desasosiego físico y mental. Sus esfuerzos eran fruto de la exasperación, y el resplandeciente chasis del coche daba fe de una insatisfacción incontenible.

La incomodidad física era inevitable. El sol daba de pleno en la franja de asfalto que precedía al pequeño garaje, el menor movimiento levantaba una polvareda cuyo impacto en la piel era similar al de unos polvos irritantes, y los mosquitos se lanzaban en picado en cuanto un bocado succulento y razonablemente inofensivo aparecía en su línea de ataque. Las avispas, atiborradas y embriagadas por las ciruelas del huerto vecino, deambulaban por allí entre torpes y amenazantes, dispuestas a clavar sus agujones a la menor provocación. Un mechón de cabello caía sobre uno de los ojos de Diana produciendo el mismo efecto que una manta caliente, y le exasperaba el roce sucio y áspero de la ropa contra la piel. Era, a todas luces, un día estúpido, y el momento más estúpido del día para dedicarse a un intenso trabajo físico.

Diana contempló su reflejo distorsionado en el brillante metal del guardabarros con expresión sombría. Todavía le quedaban por limpiar las manijas de las puertas y el parabrisas, pero finalmente decidió que ambas cosas podían esperar. Sucia, sudada y agotada, se sentó en el estribo del taxi y buscó sus cigarrillos en los bolsillos del pantalón. Cuando estamos sentados, sin embargo, los bolsillos tienden a tensarse en la zona de los muslos y volverse infranqueables. Con un grito de impaciencia, Diana se levantó y extrajo dificultosamente el paquete. Volvió a sentarse y sacó un cigarrillo con sus sucios dedos antes de recordar que las cerillas se encontraban en el otro bolsillo del pantalón. Contrariada, se levantó una vez más y sacó la caja de cerillas. Estaba vacía. Tampoco encontró cerillas en ninguno de los compartimentos del coche. Las más cercanas estarían en la casita de campo donde vivía, a medio kilómetro de allí. No valía la pena recorrer esa distancia tan solo por un pitillo, por mucho que le apeteciese... Diana se derrumbó de nuevo sobre el estribo, y entonces descubrió que le resultaba físicamente imposible devolver los cigarrillos al bolsillo. Dejó pues el paquete encima del estribo, pero, como no lo había cerrado correctamente, su contenido se desparramó por el suelo y la mayoría

de los cigarrillos rodaron debajo del coche, de modo que la única forma de recuperarlos implicaba tumbarse boca abajo y rozarse el pelo —que se había lavado con sumo cuidado la noche anterior— con la parte inferior del estribo manchado de barro.

Por tanto, desistió de intentar recuperarlos. Malhumorada, se sentó a reflexionar con la barbilla apoyada en las manos. Como casi todo el mundo, Diana se engañaba pensando que el sufrimiento mental es siempre más insoportable que el físico (aunque habría que ver si los que mantienen esa opinión preferirían pasarse un mes con reumatismo agudo o con una crisis de ansiedad grave) y, por consiguiente, atribuía su actual malhumor no a la estupidez de haberse puesto a abrillantar el coche bajo un sol abrasador, sino a la inexplicable contención erótica de Robert, decimoséptimo conde de Sanford. Ella sabía que los vecinos esperaban un matrimonio inminente, pero en aquel aspecto eran desastrosamente optimistas: no solo no se había producido ninguna proposición de matrimonio, sino que ni siquiera existía romance alguno. Y eso era precisamente lo que irritaba a Diana, que estaba profundamente enamorada de Robert, decimoséptimo conde de Sanford; un amor que se remontaba a la primera vez que lo había llevado en taxi desde Sanford Hall hasta la estación. En aquella ocasión, habían hablado con indiferencia de temas anodinos, un ejercicio inofensivo que repitieron esporádicamente en posteriores ocasiones. Un día, a Diana le había dado por mencionar que era una pena que no hubiera ningún sitio bueno para darse un chapuzón por la zona y él le había dicho que podía bañarse en el lago de Sanford Hall siempre que le apeteciese. Otro día, Robert bajó a nadar con ella y, mientras se secaban al sol, dejaron de hablar de temas anodinos y empezaron a discutir acaloradamente sobre política. Luego se aficionaron a tomar juntos el té mientras seguían discutiendo acaloradamente sobre política. Pero eso era todo. Por lo visto, Robert estaba más que dispuesto a seguir discutiendo acaloradamente sobre política hasta el fin de los tiempos. Nunca había intentado abrazarla, nunca la había besado, ni nunca, por lo que ella sabía, había sido siquiera lo bastante humano para mirarle las piernas (que, a decir verdad, eran dignas de un buen repaso). ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? Diana estaba convencida (con cierta ingenuidad por su parte) de que no había otra mujer; su vanidad se negaba a aceptar que él no se sintiese atraído por ella, y, sin duda, Robert no era el tipo de hombre que siente aversión por las mujeres. Por tanto, la única conclusión a la que había llegado era que algo en su educación lo había vuelto anormalmente tímido hacia el sexo opuesto. Y, en tal caso, ¿qué podía hacer ella al respecto? No soportaba la idea de dejar de verlo, pero seguir como hasta entonces sería un martirio todavía peor. Para colmo, daba la impresión de que haría falta un milagro para que él llegase a considerarla algo más que una taxista de ideas políticas conservadoras. ¿Debía ella tomar la iniciativa?, se preguntó, inquieta. Las jóvenes educadas no se arrojaban sin más a los brazos de un hombre... Pero eso a ella le traía sin cuidado. La cuestión era si semejante acción ahuyentaría a Robert definitivamente.

—¡Demonios, no sé qué hacer! ¿Por qué he tenido que ser tan tonta de enamorarme precisamente de él? ¿Me basta con verlo de lejos para desmayarme como una colegiala en

una película de James Mason!

Resentida y triste, Diana reflexionó sobre esta humillante analogía y sobre la vergüenza misteriosa y desgarradora del afecto no correspondido. Entretanto, los rayos de sol se volvían más tórridos e insoportables a cada segundo que pasaba. De repente, sus pensamientos se trasladaron al lago y decidió que sería mucho más sensato darse un chapuzón que quedarse ahí sentada, asándose y compadeciéndose miserablemente de su situación. No tenía que recoger a nadie hasta última hora de la tarde, y si alguien necesitaba el taxi para una emergencia..., pues bien, tendrían que apañárselas sin ella. Diana se levantó y, como chica previsora que era, se arrastró bajo el coche para recuperar los desperdigados cigarrillos. Luego condujo por la tranquila y desierta calle del pueblo hasta su casita del siglo XVIII.

Una vez llegó allí, se desvistió, se lavó enérgicamente y se puso un bañador blanco con la espalda descubierta y un vestido también blanco de muselina. Guardó una muda de ropa interior y un gorro de baño en un bolso, se colgó una toalla del brazo, salió de casa, volvió a entrar apresuradamente en busca de cerillas, salió de nuevo y partió en su taxi hacia Sanford Hall. La segunda residencia de la propiedad, la construcción espaciosa donde vivía Robert, estaba algo alejada de la mansión principal, y Diana se veía obligada a atravesar sus jardines si quería llegar al lago. Con el pulso acelerado, miró a su alrededor por si veía a Robert en las inmediaciones, pero no fue así. Siguió conduciendo, sin reconocer su decepción. El sendero de gravilla la condujo hasta los jardines, donde el anciano y educado jardinero la saludó tocándose la gorra, y luego al agreste terreno que daba al lago. Una vez allí, aparcó el coche y continuó el camino a pie.

El lago era pequeño pero ideal para darse un chapuzón, ya que sus aguas procedían de una fuente limpia y, además, vertía todos sus residuos en un pequeño afluente que desembocaba en el río Spoor. Al permanecer oculto a la vista, tanto desde las ventanas de la mansión de Sanford Hall como desde las de la segunda residencia, Diana, que detestaba al tipo de gente que se queda mirando satisfecha, muchas veces lujuriosamente y sin ningún pudor, a las bañistas, vivía la intimidad que le proporcionaba como una bendición. Su superficie resplandecía bajo el sol. Una barca deteriorada e inundada se mecía en la orilla. La joven se quitó el vestido, se descalzó, se puso el gorro de baño y, tras aguardar unos instantes en la orilla, se zambulló en sus refrescantes aguas.

El frescor que experimentó en cuanto su piel entró en contacto con el agua le provocó un placer sensual de lo más depravado. Lo disfrutó mientras nadaba despacio hasta el centro del lago, donde se quedó haciendo el muerto con los ojos cerrados para protegerse de la intensa luz de la tarde. Pero entonces un alegre grito, procedente de la orilla, la despertó de una ensoñación confusa, aunque nada desagradable. Lentamente, se volvió, abrió los ojos y empezó a nadar hacia el decimoséptimo duque de Sanford, esbelto y encantador como un Adonis, que la esperaba con el cuello de la camisa abierto y las manos hundidas en los bolsillos de unos viejos pantalones de franela gris. Diana pensó que, en aquella misma situación, una chica realmente decidida fingiría un ahogamiento, y sus muestras de gratitud tras el consiguiente rescate conducirían de forma

inevitable al romance. Pero las chicas decididas estaban mucho más versadas en el arte de fingir ahogamientos, y Diana presintió que, interpretada por ella, la maniobra no resultaría del todo convincente. Así que se limitó a nadar de vuelta a la orilla, salió del agua, se quitó el gorro de baño y buscó un peine dentro del bolso.

—¡Hola, Robert! Se te ve feliz como una perdiz. ¿Qué ocurre?

Él le dirigió una sonrisa encantadora.

—¡Cuánto me alegro de verte, Diana! Esperaba que aparecieses por aquí en cualquier momento. —Con su cortesía habitual, cogió la toalla del suelo y se la dio—. Me ha pasado algo muy agradable, y llevo todo el día queriendo contárselo a alguien.

Diana sintió una punzada de recelo y temor. ¿Iba Robert a contarle... —¡Santo cielo! — que se había comprometido con alguien? Se frotó decididamente la cara con la toalla.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —preguntó con despreocupación.

—Los exámenes de final de carrera, en Oxford. Me acaban de dar el resultado. ¡Sobresaliente!

Diana observó aquella cara elegante y curtida mientras contenía a duras penas el impulso de romper a llorar, tanto de alegría como de alivio.

—¡Pues claro, Robert! ¡Siempre supe que lo conseguirías!

Robert se echó a reír y ella pensó que nunca lo había visto tan feliz.

—Entonces ya sabías más que yo...

—Muchas felicidades, Robert.

—Gracias, Diana... Oye, no estarás ocupada esta noche, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí. Tengo varias carreras reservadas.

—Cancélalas.

—Pero Robert...

—Cancélalas y sal a tomar una copa conmigo. Quiero celebrarlo de la forma más vulgar y convencional del mundo, y me gustaría que tú me acompañases. Es decir... — vaciló, ruborizándose un poco—, si eso no te parece aburrido.

Diana tragó saliva. Solo recuperó el control de su voz tras recordar que las colegialas tragaban saliva al ver fotografías de James Mason.

—Robert, será todo un placer.

—¡Bien! Entonces ya está decidido.

—¿Dónde y cuándo nos vemos?

—Pasaré a buscarte por tu casa a las seis y media. ¿De acuerdo?

—Perfecto.

Pero Diana observó que, casi imperceptiblemente, la euforia de Robert empezaba a apagarse. «Cielos, ya sé qué pasará —pensó, aterrorizada—. En cuanto se calme, empezará a arrepentirse de haberme invitado a salir tan impulsivamente, pero como es demasiado educado para cancelar la cita nos pasaremos toda la velada hablando del Gobierno, como unos desconocidos que viajan en el mismo tren... Ay, Dios, ¿tan poco atractiva soy?».

Pero lo único que dijo fue:

—Creo que será mejor que me vista.

—¡Claro, por supuesto! —asintió Robert con premura, como si de pronto se hubiese percatado de que Diana estaba desnuda—. Me marcho.

—No, no hace falta. Basta con que te des la vuelta un momento.

No habría, sin embargo, tiempo para vestirse. Mientras Diana hablaba, apareció en lo alto del terreno, procedente de la segunda residencia, un majestuoso mayordomo vestido con librea. Llevaba una tarjeta de visita en una bandeja que le presentó con un imperturbable ceremonial a lord Sanford, que, a su vez, le agradeció fervientemente las molestias.

—Y ya sabe, Houghton, que cuando me traiga algo así no hace falta que lo ponga en una bandeja. Eso es solo una reliquia de la época en que las clases altas consideraban que el servicio contaminaba todo lo que tocaba... Hay un libro interesantísimo —lord Sanford observó con inseguridad a su mayordomo— que habla de ese tipo de cosas.

—¿No se referirá el señor, por casualidad, a *Teoría de la clase ociosa*, de Veblen?

Lord Sanford se quedó algo perplejo.

—Pues sí, así es. ¿Lo ha leído?

—Sí, señor. Y si me permite que haga un comentario...

Houghton guardó silencio, esperando respetuosamente el permiso solicitado.

—Desde luego, Houghton. Este es un país libre.

—Eso no es lo que parece últimamente, señor... Pero, en lo que respecta al libro de Veblen, lo que iba a decirle es que sus aseveraciones, aunque plausibles, no han podido comprobarse. En mi opinión, *Los ingenieros y el sistema de precios*, del mismo autor, es una obra mucho más importante y esclarecedora.

—¡Ah! —dijo lord Sanford con tono apagado. Era evidente que no conocía ese ensayo. Se quedó mirando, avergonzado, la tarjeta de visita—. Veamos de quién es. Hum, el profesor Fen... Quizá... —echó una mirada indecisa a su alrededor— pueda sugerirle al profesor Fen que se reúna con nosotros aquí.

—Muy bien, señor.

—Y, Houghton, ya le he dicho que no es necesario que me llame «señor».

—No, señor.

—Si tiene que haber distinciones en la sociedad, estas deberían basarse en los méritos, y no en la cuna.

Perdiendo fugazmente la compostura, Houghton articuló un sonido grave y prolongado que Diana interpretó como «menudasartadetonterías». Cuando pareció recuperarse, añadió:

—En efecto, señor.

Y se marchó con una reverencia. Lord Sanford observó su partida con cara de desesperación.

—Nunca sé qué pensar de Houghton, ni del resto de los miembros del servicio. Sería de esperar que les alegrara librarse de todos esos emblemas del servilismo, pero en realidad parecen decididos a conservarlos a toda costa.

Diana contuvo la risa.

—Mi querido Robert, ¿nunca se te ha ocurrido que quizá a ellos les guste eso que tú llamas «emblemas de servilismo»?

—En tal caso, peor aún. Un sistema que hace que a la gente le guste ser servil debería abolirse.

—No he dicho que les guste ser serviles. Porque, además, no lo son. La única persona servil en esta casa eres tú.

—En cuanto a eso, puede que tengas razón —admitió lord Sanford tras reflexionar unos instantes—. Pero, en cualquier caso, Diana, me resulta vergonzoso que cinco personas tengan que consagrar sus vidas a cuidarme y a hacer por mí cosas que yo podría llevar a cabo perfectamente sin su ayuda. Como bien sabes, he intentado librarme de ellos, pero no quieren irse.

—Claro que no, Robert. Ellos viven estupendamente. Y no es cierto que consagren su vida a cuidarte. Se pasan la mayor parte del tiempo haciendo algo muy distinto.

—¿A qué te refieres?

—A cuidarse entre sí, por supuesto. Han organizado una cooperativa que funciona de maravilla, y que se hundiría si se marcharan a trabajar en empleos independientes.

—Sí, eso lo comprendo —dijo lord Sanford, que era un joven intelectualmente sincero—. Sin duda es un buen acuerdo, pero funcionaría igual de bien, e incluso mejor, si yo no formase parte de él.

—Al contrario, sin ti no funcionaría. Alguien tiene que pagarles el salario del que viven.

—Sí, Diana, pero...

Y fue justo entonces, sin previo aviso, cuando una súbita exasperación se apoderó de Diana. Una exasperación que no se debía a la opinión que lord Sanford tenía de los criados, sino al hecho de que ellos dos volviesen a las andadas.

—¡Robert! —le interrumpió.

—¿Sí, Diana?

—Bésame, por favor.

Por un momento, la cara de lord Sanford fue el paradigma de la estupefacción. Luego su expresión se transformó en otra de tal alivio y satisfacción que Diana estuvo a punto de levitar.

Robert hizo lo que le pedía.

Las palabras de afecto que murmuraron fueron tan fútiles que no es necesario reproducirlas aquí. Su primer contacto les proporcionó tal satisfacción mutua que lo repitieron de inmediato, en una versión mucho más prolongada.

—Te casarás conmigo, por supuesto —dijo lord Sanford, algo sorprendido todavía.

—Por supuesto —coincidió Diana—. Dime, cariño, ¿te asustan las mujeres?

—Me aterrorizan.

—Intentaré acostumbrarte con suavidad. Y, ahora, ¿qué vas a hacer, cariño?

Lord Sanford le hizo algunas sugerencias.

—No, ¡no me refería a eso! —dijo Diana, ruborizándose—, sino a qué piensas hacer ahora que has terminado la carrera.

—Creo que en cuanto nos hayamos casado sería una buena idea que nos empleásemos como cocinera y jardinero de un representante sindical... Todo por la causa, como comprenderás —declaró lord Sanford, muy serio.

—Eso sería maravilloso. Igualmente maravilloso.

—Una tortura de lo más abominable y refinada... Solicitaré una beca de investigación en Oxford. Hay muchos compañeros socialistas, como Cole y...

—De momento, con Colé basta. Bésame otra vez.

—El profesor Fen...

—Al cuerno con el profesor... —dijo injustamente Diana. Lord Sanford la besó otra vez.

Seguían en ello cuando apareció Fen. En lugar de retirarse con discreción, el profesor continuó acercándose implacable, cual feroz dragón que se abalanza sobre un niño suculento e indefenso, con la caja de Jane Persimmons bajo el brazo. Consideraba que el envío de su tarjeta ya les había advertido de su llegada tal y como dictaban las normas y, por tanto, no iba a correr a esconderse hasta que estuvieran en disposición de recibirlo. Estaría a unos cinco metros cuando ellos por fin repararon en su presencia y se separaron apresuradamente.

—¡Profesor Fen! ¡Es usted! —exclamó tontamente Diana.

—¡Es él, en efecto! —añadió lord Sanford, más estúpidamente si cabe—. ¡Buenas tardes!

Fen le estrechó la mano, que seguía húmeda por el contacto con el cuerpo mojado de Diana.

—Espero no molestar —dijo Fen con suma urbanidad.

—¡No, ni hablar! —exclamó el decimoséptimo conde, con una efusividad que daba a entender que la ausencia de Fen había sido la única pega de aquella tarde perfecta—. En absoluto. Espero que se quede a merendar.

—Es usted muy amable, pero mucho me temo que primero tengo que hablarle de un asunto de suma importancia.

—Sí, por supuesto. —Lord Sanford miró fugazmente a Diana—. Quizá debería decirle que Diana..., la señorita Morrión..., acaba de aceptar casarse conmigo, de modo que, de ahora en adelante, lo que me concierne a mí la concierne a ella también.

Fen los observó con expresión benévola.

—Me parece una excelente idea... Casarse, me refiero. Aunque los matrimonios no suelen funcionar, el suyo podría ser una excepción —añadió, para animarlos—. Les enviaré un regalo de boda si me acuerdo. En cuanto al motivo de mi visita... —Fen se puso más serio—, quizá sea más fácil que usted se entere primero y luego se lo cuente a Diana.

—Si usted cree que...

—Así lo creo, sí.

—Pueden hablar mientras me visto, y después tomaremos el té juntos.

—O una copa —dijo Fen, que nunca vacilaba en dar a conocer lo que le apetecía—. Su compromiso bien se merece un brindis y, aunque no fuera así, yo necesito echar un trago.

—Pues una copa, faltaría más —accedió lord Sanford de buen humor—. Y, ahora, señor...

Diana se retiró a un seto que parecía expresamente colocado para que ella se cambiara sin ser vista mientras los hombres paseaban por la orilla del lago.

—No es necesario que hable, porque lo que hay en esta caja lo explica todo. Lo único que debo mencionar es que la caja pertenece a una joven llamada Jane Persimmons.

—¿Se refiere a la chica que sufrió un accidente y a la que alguien intentó después asesinar?

—Sí. Se la dejo y voy a dar una vuelta por el bosque mientras examina su contenido.

Cuando volvió, al cabo de unos veinte minutos, Diana, ya vestida, estaba sentada junto a lord Sanford a orillas del lago.

—Se lo he contado a mi prometida —dijo lord Sanford.

—Me parece muy bien. Por supuesto, puede usted confiar en mi discreción y en la de la policía. ¿Considera que hemos hecho bien en informarle?

—¡Desde luego! —Lord Sanford habló con ese conmovedor fervor tan exclusivo de los jóvenes—. Mi padre... Yo sabía que le había sido infiel a mi madre, pero nunca imaginé que hubiese tenido una hija. —Fen advirtió, encantado, que la calma de lord Sanford no era la calma del cínico—. Diana y yo haremos todo cuanto podamos por Jane. Esperamos que quiera venirse a vivir con nosotros.

—Han de tener mucho tacto —le advirtió Fen—. Apenas la conozco, pero creo que es una joven con una sensibilidad fuera de lo habitual. No debe sospechar que le están ofreciendo su caridad.

Lord Sanford asintió con un gesto sobrio. Y Diana dijo:

—Supe desde el principio que había algo misterioso en ella, ¡y se parece tanto a ti, Robert! ¡No sabes qué ganas tenía de averiguar cuál era el misterio! Iba a comentarle el parecido al profesor Fen justo después del accidente, pero finalmente no dije nada porque pensé que eran imaginaciones mías.

—¿Y cómo está? —le preguntó lord Sanford a Fen.

—Se recupera rápidamente, por lo que sé.

—Bien, me ocuparé de que hagan todo lo posible por ella. Diana y yo iremos a verla al hospital en cuanto nos lo autoricen. Pero ese intento de asesinato... —Lord Sanford miró a Fen con muda perplejidad.

—Está relacionado con las otras muertes. Jane Persimmons sabe algo al respecto, aunque creo que no es consciente de ello. Estará a salvo en cuanto los crímenes se resuelvan.

—¿Y cuándo esperan resolverlos?

—Pronto. Estoy esbozando una teoría, que es más de lo que tenía hasta el momento.

—¡Cuéntenosla! —le pidió Diana.

—Si no le importa, prefiero esperar.

—El champán lo ablandará, Robert.

—Tanto si es así como si no, ¡vamos a por esas copas!

Fen los acompañó de vuelta a la casa. Hacían buena pareja; les gustaría Jane Persimmons y a Jane le gustarían ellos. En cuanto a eso, todo iría bien. Una vez zanjado aquel asunto, empezó a reconsiderar las circunstancias de la muerte de Bussy.

## CAPÍTULO 19

Mediante alguna argucia que Fen prefirió ignorar, el capitán Watkyn había conseguido adelantarse a los partidos Laborista y Conservador para hacerse con la mejor sala de Sanford Morvel con el fin de celebrar allí el último mitin de la campaña. Esta vez había acudido bastante público. Entronizado en el centro de la tribuna, fingiendo escuchar la monótona perorata del señor Judd sobre las maldades del sistema de partidos políticos, Fen pensaba con satisfacción en el discurso que estaba a punto de pronunciar. No se trataba de una decisión precipitada; en líneas generales, Fen era buena persona, y por tanto sabía que aquel discurso ofendería a su reducido grupo de leales seguidores. Pero semejante consideración pesaba como una pluma en una balanza que tenía, en el otro plato, el contrapeso de su decisión de no resultar elegido y de limpiar una conciencia que sentía irreparablemente manchada por las actividades políticas de aquella semana. Había decidido que la purificación mental y el fracaso político debían conseguirse mediante un único e insólito acto. Y aunque no creía que volviese a pasársele por la cabeza jamás presentarse a diputado, cualquier riesgo perdurable de semejante posibilidad debía erradicarse de un modo definitivo. Había averiguado que, una vez elegido, rechazar el cargo resultaba bastante complicado, y ya no se veía capaz de pasar ni siquiera un breve período de tres años sumido en el vacío intelectual de Westminster. De modo que allí estaba, movilizándolo todo su ingenio para tratar de evitar aquel peligro que le acechaba pero que se había buscado él solito.

Cuando por fin el señor Judd cerró la boca, Fen se puso de pie y, durante unos breves instantes, observó los rostros educadamente expectantes que tenía ante sí con una satisfacción que nunca antes había experimentado. Una vez finalizada la inspección, y saboreando de antemano el festín de consternación que seguiría, le quitó el seguro a su granada.

—Se dice que los ingleses se distinguen de otras naciones por su arraigada sensatez en materia política. Sin embargo, en realidad nuestros compatriotas suelen hacer alarde de tanta sensatez política como un oso polar. Es algo que he podido comprobar en mis propias carnes. Llevo ya varios días agasajando a este electorado con unos proyectos y unas ideas tan absurdas y estúpidas que el proceso ha acabado convirtiéndose para mí, y me enorgullezco de ello, en una suerte de *tour de forcé*. No he permitido que en ninguna de mis palabras asomara ni el más débil atisbo de sensatez, y no se me ocurre ningún error, por muy anticuado y turbio que fuese, que no haya logrado propagar con cierto éxito. Es cierto que algunos han puesto reparos a mis necedades, pero sus objeciones han sido banales y no han vulnerado en absoluto mis fatuos principios básicos, que han incluido, entre otras nociones risibles, la idea de que la humanidad progresa, así como esa

fútil corrupción de la ética cristiana que afirma que cada uno de nosotros es responsable del bienestar de los demás. El electorado se ha tragado, sin más, el anzuelo de estas espantosas falacias. Lo que me lleva a concluir que esta probada estupidez no es una excepción en el pueblo inglés en su conjunto, ya que su predilección por situar a megalómanos descerebrados en puestos de poder surge, a fin de cuentas, de una idéntica vacuidad intelectual.

Hizo una pausa para observar a su público con expresión benévola. Los allí congregados parecían demasiado estupefactos para atreverse siquiera a protestar y, en consecuencia, en la sala reinaba un silencio sepulcral.

—La investigación de lo que suele denominarse «la sensatez política de los británicos» —prosiguió Fen— nos demuestra que hasta hace muy poco han sido políticamente apáticos y que solo han prestado a los estrafalarios desmanes de sus legisladores electos la mínima atención que exigía su decencia. Eso explica el plácido desarrollo de nuestra nación, comparado con el de otros países de Europa. Nuestro legendario espíritu transigente, ahora casi extinto, proviene de algo tan poco misterioso o complejo como una indiferencia generalizada hacia cualquier asunto controvertido que se presente ante nuestros ojos, aunque, por supuesto, nosotros lo atribuyamos, por pura vanidad, a nuestra sin par tolerancia. No obstante, la aparición de los diversos métodos de propaganda lo ha alterado todo, y hoy en día la política suscita fogosidad, consternación, furia y multitud de emociones que se podrían considerar indignas en todos los sectores de la población. No paramos de atacarnos los unos a los otros, y la válvula de seguridad de nuestra apatía se ha obstruido y averiado de un modo irreparable. De hecho, ya solo sobrevive en lugares contados, y me alegra constatar que este distrito es uno de sus últimos bastiones. Les felicito por ello. Y también les recomiendo encarecidamente que echen a patadas a cualquier reformista compulsivo que asegure que interesarse en la política es deber de todos, pues semejante afirmación carece de justificación alguna, ya sea moral, metafísica, práctica o de sentido común. No permitan que les engatusen, que les hagan creer que la apatía política es peligrosa. Dictadores como Hitler, Mussolini y Stalin llegaron al poder no gracias a la apatía, sino al fanatismo de las masas. Esa es, queridos míos, la verdadera amenaza, pero están ustedes tan atareados mirándome boquiabiertos y preguntándose si he perdido la razón que podría continuar hablando durante una semana seguida sin convencerles de lo que trato de explicarles ahora. Tranquilícense, no pretendo seguir hablando durante una semana seguida... Por desgracia, el fanatismo político inglés está creciendo a marchas forzadas y nada de lo que diga yo, ni nadie, conseguirá detenerlo.

»Les desvelaré ahora la razón última de que esta clase de fanatismo resulte tan atractiva para la humanidad. Cierta escritor francés contemporáneo, cuyo nombre no mencionaré, pues probablemente son ustedes demasiado estúpidos para reconocerlo o recordarlo, ha señalado con una lógica irrefutable que los hombres adoptan determinadas ideas no porque les parezca que tales ideas son ciertas ni porque les resulten oportunas, sino porque satisfacen una necesidad emocional básica de su naturaleza. Ahora bien, ¿qué

emoción es la principal fuerza motriz de los fanáticos políticos?

No me responden, porque en realidad nunca se lo han planteado. Pero si reflexionaran al respecto, hasta ustedes percibirían que la respuesta a mi pregunta se resume en la palabra «odio». No olviden nunca que los fanáticos políticos se caracterizan por dar rienda suelta a su necesidad emocional de odiar. Cuentan, por supuesto, con sus programas constructivos, pero no son estos los que suministran combustible a sus raquítricos motores, sino los *ataques* concomitantes hacia una clase, un sistema o un personaje... ¡Es el ansia de difamar y destruir lo que les mueve! ¡No confiemos en esos hombres! Que ellos hayan decidido acabar en el más árido de los infiernos, tanto aquí como en el más allá, es una circunstancia que reconozco que no me entristece demasiado, pero tampoco pienso entrar en la parte espiritual del asunto. Sin embargo, sí tiene algunas importantes consecuencias prácticas, que ilustraré mediante una fábula que he ideado para dicho propósito:

»En un bosque vivían tres zorros, que se llamaban Shadrach, Meshach y Abednego. Shadrach poseía un traje impecable del que estaba orgulloso. Meshach poseía un gramófono portátil y algunos discos de baile que le apasionaban. Abednego poseía un barril de cerveza que llenaba mensualmente y que le fortalecía frente a los diversos horrores de la existencia. Coexistieron así durante mucho tiempo, sin apenas importunarse. Pero llegó un día en que Meshach, mientras dialogaba con su alma al lento ritmo de un tango, descubrió por primera vez los obscenos placeres de la justa indignación. Y, cuando eso sucedió, acudió a Abednego y se los transmitió de este modo: “Shadrach tiene un buen traje, y nosotros no. No es justo ni equitativo que Shadrach disfrute de ese privilegio”. De modo que fueron juntos a ver a Shadrach, lo redujeron y le arrebataron su buen traje. Sin embargo, como solo había un buen traje y no lograron ponerse de acuerdo sobre quién debía ponérselo, decidieron quemarlo. Y así nadie tuvo un buen traje.

»Transcurrió un año, y Abednego, cuya indignación era más justa que nunca, fue a ver a Shadrach y le dijo: “Meshach tiene un gramófono portátil y varios discos, y nosotros no. No es justo ni equitativo que Meshach disfrute de ese privilegio”. Así que fueron juntos a ver a Meshach, lo redujeron y le arrebataron el gramófono portátil y los discos. Sin embargo, como solo había un gramófono portátil y no lograron ponerse de acuerdo sobre quién debía usarlo, lo arrojaron al lago. Y así nadie tuvo un gramófono.

»Pasó otro año, y Meshach fue a ver a Shadrach y le dijo: “Abednego tiene un barril de cerveza, y nosotros no. No es justo ni equitativo que Abednego disfrute de ese privilegio”. Así que fueron juntos a ver a Abednego, lo redujeron y le arrebataron el barril de cerveza. Sin embargo, como no había bastante cerveza para que pudieran compartirla, la tiraron al río. Y, al final, nadie tenía nada y todos estaban tan enojados entre sí que se pusieron a discutir, llegaron a los puños y acabaron siendo presa fácil de unos zorros caníbales que provenían del Este y los despedazaron.

»Esta admirable historia tan solo es, claro está, una versión simplificada de lo que sucede actualmente en este país, si bien refleja lo esencial. Mis zorros deseaban que

hubiese bastantes gramófonos, cerveza y trajes para todos, pero se odiaban tanto entre sí que no consiguieron poner en práctica sus planes. Por lo que a mí respecta, se merecían lo que les pasó.

»Pretendía extenderme largo rato sobre los efectos que la envidia y el odio endémicos, disfrazados de solidario interés en la política, tienen en este país, pero lo cierto es que estoy más que harto de mirar sus inexpresivas caras, por lo que creo que es mejor que lo deje aquí. Añadiré, como conclusión, si me permiten un consejo, que no deberían ir a votar mañana. A los políticos no les gustará, porque la indiferencia del electorado ofende a su sórdido oficio, pero no deben permitir que eso les preocupe.

»Dicho esto, no tengo nada más que añadir. Ahora, váyanse a sus casas y reflexionen.

Y, entre el silencio estupefacto que su auditorio le dedicó a modo de despedida, Fen bajó del estrado.

Al cabo de una hora, el capitán Watkyn, al borde del llanto, lo encontró bebiendo cerveza y hablando de criquet en el patio de The Fish Inn. La escena estaba enmarcada por una decorativa puesta de sol.

—Pero ¿qué mosca le ha picado? ¿Qué mosca le ha picado, por el amor de Dios?

—He aliviado mi conciencia —respondió Fen plácidamente.

—Pero, muchacho, ¿no estaría hablando en serio!

—En parte, sí. Claro que no creo que el pueblo británico sea ni la mitad de estúpido de lo que he insinuado... He de reconocer que en ese punto me he dejado llevar por los placeres de la invectiva... ¿Cuál ha sido la reacción general?

—Me sorprende que no lo hayan linchado allí mismo —respondió el capitán Watkyn—. O que no le hayan arrojado todo tipo de objetos, al menos —añadió, como una alternativa menos impresionante—. Simplemente han salido arrastrando los pies, murmurando entre sí, y eso ha sido todo. Pero no lo dude, muchacho: la ha fastidiado a base de bien.

—¿Está seguro?

—Tendrá suerte si consigue un solo voto —auguró el capitán, recalcando sus palabras.

Fen sonrió.

## CAPÍTULO 20

Que el discurso de Fen fuese víctima de una conspiración de silencio por parte de la prensa no tuvo nada de sorprendente. Los redactores lo leyeron con incredulidad y preguntaron a los ofendidos periodistas si habían bebido o simplemente enloquecido cuando los escribieron. Los directores contactaron apresuradamente con los dueños de sus periódicos, que les ordenaron que no mencionaran el asunto. No se le podía sacar rédito político por ningún lado, y aunque la publicación de los detalles habría logrado que se declarase a Fen loco de atar, esta tentadora posibilidad fue rechazada de forma unánime por los allí presentes. Lo único que quedaba era el recurso del absoluto olvido.

Hasta ahí, ninguna novedad. Fen ya se lo esperaba. Lo que no se esperaba en absoluto fue la perversa reacción local a sus palabras. Los primeros indicios se los facilitó el señor Judd a la mañana del día siguiente, sábado. Fen se había levantado tarde y, cuando al mediodía se acercó al *pub* de la hostería, se encontró al señor Judd encaramado en un taburete, contemplando los elegantes movimientos de Jacqueline con la paralizada intensidad del gato que acecha a un pájaro. Era la última persona del mundo con la que a Fen le apetecía encontrarse en aquellos momentos, pues aunque era muy consciente de que la devoción de Judd por la causa de la independencia política era casi puramente egoísta, se sentía culpable de haber cometido una traición profunda y trascendental... Por lo que le sorprendió todavía más, si cabe, que nada más verle el señor Judd lo saludara con sincera cordialidad.

—¡Mi querido Fen, menudo placer! Venga y tómese una copa conmigo. ¿Qué le gustaría beber?

—Pues... un *whisky*.

—Un *whisky* doble, mi estimada Jacqueline. Fen, tengo que felicitarle por su discurso de anoche.

—¿Felicitarme? —repitió Fen, incrédulo.

—¡Por supuesto! Fue delicioso.

—¿Está seguro, señor Judd, de que comprendió lo que yo pretendía decir?

El señor Judd soltó una risita mientras pagaba el *whisky*.

—¡Desde luego! Desgranó usted un feroz ataque contra el pueblo británico y profetizó un desastre irremediable.

—Pero ¡es imposible que usted apruebe mis palabras con esa tranquilidad!

—No coincido con su opinión, por supuesto —matizó el señor Judd, más serio—, lo que no impide que su discurso me resultara divertidísimo.

—¿Divertidísimo?

—¡Así es! ¿Conoce los ensayos de H. L. Mencken?

—¡Me apasionan! No suscribo ni la mitad de sus afirmaciones, pero el modo en que las enuncia es magistral.

—Pues lo mismo pienso yo de su discurso. Al principio me quedé perplejo, naturalmente, aunque luego acabé disfrutando cada frase.

—Pero ¡yo estaba tratando de ser todo lo ofensivo que pudiera!

—¡Lo sé! Aun así, debe recordar que los insultos fueron, en mayor o menor medida, del todo impersonales. Además, resultaba evidente que usted se lo estaba pasando en grande, y la felicidad siempre es contagiosa. Casi nadie se lo tomó en serio.

—¿Acaso me está usted diciendo que consideraron mi discurso una suerte de espectáculo de variedades?

—Bueno, en cierto modo... Es difícil de explicar, pero la gente tiene un singular instinto para disfrutar cuando la insultan de una forma alegre y exagerada. Precisamente ese es el motivo de que los predicadores apocalípticos sean tan populares... Y lamento decirle que, basta cuando trata usted de ofender, amigo, no puede evitar irradiar un encanto personal de lo más seductor.

—¡Encanto! —farfulló Fen, indignado.

—Claro que algunos se enfadaron, por supuesto. Pero una sorprendente mayoría, no. ¡Para ellos fue un alivio, en comparación con lo que esperaban! Dios mío, me estoy explicando rematadamente mal... En resumidas cuentas: aunque haya contrariado a unos pocos, tal vez su catarsis le haya granjeado más votos de los que ha perdido. Sea sincero... ¿No votaría usted por un candidato que tuviese el valor de dar semejante discurso?

—¡Maldita sea! —dijo Fen, disgustadísimo.

Por la tarde, el profesor fue a Sanford Morvel para ver a Wolfe.

—Vaya, profesor Fen, tengo entendido que ayer causó sensación... ¡Qué lástima que me lo perdiera!

—Oiga, Wolfe, ¿es cierto que a la gente no le ha molestado lo que dije anoche?

—Los más remilgados están muy indignados, como era de esperar. Pero a la mayoría le encantó. De hecho, un hombre me ha confiado que llevaba toda su vida esperando que un político se cuadrara y dijese algo así. Ese hombre iba a votar por los laboristas (en realidad, solo había ido al mitin para tratar de reventar su discurso), pero, después de escucharle, nada ni nadie podrán convencerle de que no vote por usted.

—¡Santo cielo! —musitó Fen.

Tras algunas preguntas más, Fen cambió de tema a regañadientes y fue al grano. Aquella noche había llegado a una conclusión definitiva sobre la identidad del asesino X, y como todavía quedaban algunos cabos sueltos por atar y el proceso aún podía llevar su tiempo, quería asegurarse de que su sospechoso no escapaba de la zona ni intentaba asesinar a Jane Persimmons antes de que él consiguiera una orden de detención. Con este objetivo en mente, le transmitió cierta información a Wolfe, que se quedó perplejo.

—¡Dios mío, señor! Jamás se me habría ocurrido... Por consiguiente, deduzco que quiere usted que la mantenga vigilada.

—Tan solo veinticuatro horas. Con eso bastará.

Después, Fen regresó a la hostería y buscó a Myra.

—Myra, me gustaría que tratara de recordar todo lo que ocurrió la tarde del accidente de Jane Persimmons.

—Haré lo que pueda, querido. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Digamos que por lo que pasó a las cinco. Cuantos más detalles pueda darme, mejor.

—Bien, a las cinco en punto estaba tomando el té en mi habitación, con Jackie, que estaba remendando una carrera que le había salido en sus segundas mejores medias para poder ponérselas en el baile de aquella noche.

—¿Se encontraba Jane Persimmons en la hostería?

—Creo que estaba en su habitación, aunque no podría jurarlo.

—¿Y Bussy..., es decir, Crawley?

—No estaba. Eso seguro.

—Bien. Continúe.

Myra hizo una mueca mientras exprimía su memoria.

—Bien... No pasó nada, que yo recuerde, hasta que llegó el comisario de Sanford Morvel. Serían alrededor de las cinco y veinte... Le serví una taza de té, se sentó y charlamos amigablemente. Había recibido quejas de que no respetábamos el horario de cierre... Yo no digo que siempre cerremos a la hora, pero como él aborrece a esos puritanos tanto como yo, solo me advirtió, de buenas maneras, que de ahora en adelante fuéramos con más cuidado, pues en caso contrario se vería obligado a tomar medidas oficiales, a su pesar. Luego se levantó y se fue... Digamos que poco antes de las seis. Pero no se marchó enseguida... Primero estuvo hurgando un rato con la cabeza metida bajo el capó de su coche.

—Sí, bueno, en verdad él da lo mismo —dijo Fen—. ¿Qué hizo usted?

—Abrí el *pub* y... No, espere, no abrí el *pub* directamente. Esa chica, Jane Persimmons, no me había dicho si iba a quedarse a cenar, así que subí a su habitación para preguntárselo.

—¿Fue usted sola?

—No, me acompañaba Jackie. Iba a cambiarse.

—Así que usted llamó a la puerta de Jane.

En este punto, Fen quería que se explayara todo lo que pudiera.

—Sí, llamé y entré sin esperar respuesta. —Myra era lo bastante perspicaz como para entender lo que había motivado la intervención de Fen—. La chica estaba ante la ventana, junto al tocador, y me di cuenta de que guardaba precipitadamente algo en un cajón, como si no quisiera que yo lo viese.

—¿Y usted no vio lo que era?

—No, querido. Lo siento. Y luego...

—Espere un momento. ¿Podría recordar la hora exacta?

Myra le dirigió una sonrisa cómplice y encantadora.

—Soy la testigo perfecta, señor. Justo cuando llamé a la puerta, el reloj de la iglesia daba las seis. Lo sé porque tengo que abrir el *pub* a las seis y estaba pendiente de la hora.

—Bien. ¿Y qué pasó después de que Jane guardara lo que fuese en el cajón?

—Le pregunté si iba a quedarse a cenar. Me dijo que sí, pero que primero saldría a dar un paseo. Y cogió su bolso, salió al descansillo y cerró la puerta de su habitación. Después bajamos juntas.

—¿Estuvo Jacqueline con usted todo el tiempo?

—Sí. Y también bajó con nosotras, porque de pronto recordé que no había pelado las patatas y le pedí que se encargara ella, ya que yo no podía demorar más el momento de abrir. Y como cabía la posibilidad de que se ensuciara, no quiso subir a cambiarse para el baile hasta después de terminar.

—¿Y luego?

—Jane Persimmons se separó de nosotras al pie de la escalera y salió. Vi que se paraba a hablar un momento con el comisario, pero no sé qué le dijo. Luego ella echó a andar por la calle, Jackie entró en la cocina y yo bajé a la bodega para reponer el barril de cerveza *mild*. Al cabo de unos cinco minutos, oí que su amigo de Scotland Yard me llamaba a gritos, porque resulta que había decidido marcharse y tenía prisa por pagar la cuenta. De manera que se la di, él me pagó y luego me fui a abrir el *pub*. Poco después Diana lo llevó en su taxi a la estación, y ya no ocurrió nada más hasta que usted entró aquí y me contó lo del accidente.

—Bien. Con eso tengo bastante por ahora. Ahora hábleme de ese baile de Sanford Morvel al que fueron usted y Jacqueline. ¿A qué hora llegaron?

—A eso de las once menos cuarto, querido.

—¿Y cuándo se marcharon?

—A la una en punto. Tocaron *Good Night Sweetheart*, luego el himno nacional y después nos pusieron de patitas en la calle.

—¿Y ni usted ni Jacqueline abandonaron el baile en ningún momento?

—No, querido. No fuimos nosotras las que apuñalamos al inspector.

—Ya lo suponía —sonrió Fen—, pero no me gusta dejar cabos sueltos.

—Entonces, ¿empieza a ver la luz?

—A raudales.

—Ojalá hubiese ido a su mitin...

—¡Mi mitin puede irse al infierno! —dijo Fen, malhumorado. Sus temores habían reaparecido—. ¡Ojalá hubiese retirado mi maldita candidatura a tiempo!

Myra estaba sorprendida.

—Pero ¿no quiere que lo elijan, querido?

—Ya no. Lo quería al principio, pero ahora ya no...

—Pues, en tal caso, me temo que ha malgastado un montón de dinero.

—Sí —dijo Fen, sin más—. Me gustaría hacerle una última pregunta, Myra: ¿se había ausentado de la hostería Jane Persimmons ese mismo día, antes del accidente?

—Efectivamente, querido. No vino a almorzar, y creo que no regresó hasta eso de las

cuatro.

—¿La vio llegar?

—No. Solo la oí. ¿Es importante?

—No es esencial. Podría haber confirmado lo que ya me resulta más que evidente...

Gracias por todo, Myra.

—De nada, querido.

Y entonces apareció Samuel. Llevaba agarrado del cuello a un pollo escuálido que, a juzgar por criterios olfativos, llevaba demasiado tiempo muerto.

—¡Urrrrg! —dijo disgustado, al ver a Fen.

—Aún tiene posibilidades de conseguir sus pavos reales —le dijo Fen a Myra, para animarla. Y se marchó, dejando que Myra se enfrentase sola a las bochornosas negociaciones de Samuel, para ir a buscar a Jacqueline. Le complació, aunque no le sorprendió en absoluto, que la muchacha corroborase punto por punto la versión de Myra.

Cuando ya salía de la hostería, se cruzó con el señor Beaver, que examinaba su inútil proyecto de obras. A aquellas alturas, la destrucción había alcanzado proporciones colosales y el polvo se colaba perpetuamente bajo las puertas, como el humo en una casa en llamas. Como desdichados islotes en una creciente inundación, las habitaciones de Fen, Myra y Jacqueline, además del *pub*, permanecían inalterables. Pero el *pub*, el alma de la hostería, estaba a punto de sucumbir.

—Vamos a sacar esa viga del techo —declaró el señor Beaver—. ¡No será tarea fácil!

—Supongo que ya sabrá usted que podría ser una operación muy peligrosa —se aventuró a decir Fen—. Puede que esa viga forme parte de la estructura orgánica del edificio...

—No pasará nada —repuso él con clara hosquedad. Al parecer, Myra estaba en lo cierto cuando le habló sobre la tozudez de Beaver.

Fen dedicó las veinticuatro horas siguientes a confirmar de forma irrefutable que la noche del lunes Myra y Jacqueline no habían abandonado el baile entre las once y la una de la noche. Aquella minuciosidad no era habitual en él, pero, en las presentes circunstancias, la consideraba imprescindible. Por fin, hacia el mediodía del domingo, se decidió a visitar el hospital, donde verificó, preguntando a varios médicos y enfermeras, la imposibilidad de que Jane Persimmons hubiese recobrado la conciencia entre el momento del accidente y el jueves por la tarde. Su sugerencia de que quizá se hubiera fingido inconsciente recibió como respuesta una negativa rotunda y desdeñosa. Le dijeron también que Jane estaba mucho mejor. Diana y lord Sanford habían intentado verla tres veces, pero, por el momento, era preferible que la paciente no hablase. Esperaban que pronto estuviera repuesta del todo.

«Pues ya está», pensó Fen, y regresó al ayuntamiento para informarse del resultado de las elecciones.

\* \* \*

Los vecinos habían ido pasando por las urnas a lo largo de todo el día anterior. Los colegios electorales cerraron a las seis de la tarde, y fue entonces cuando se inició el escrutinio. A las nueve, se volvieron a contar los votos; y a las once, se contaron por tercera vez y última vez. La razón de esta meticulosidad se volvió evidente cuando comunicaron los resultados:

Gervase Fen (Independiente): 1207.

Bertram Strode (Conservador): 1206.

Aloysius Wither (Laborista): 1206.

Mayoría Independiente: 1.

—¡Maldita sea! —exclamó Fen.

Strode y Wither le estrecharon la mano con claro resentimiento. Fen dio un discurso, breve y nada entusiasta, a la pequeña multitud que se había reunido para oír su declaración. Aunque le vitorearon un poco, se les vio claramente decepcionados por la convencionalidad de sus palabras.

—¡Felicidades, muchacho, le deseo lo mejor! —exclamó el capitán Watkyn—. Ya le dije que su discurso final le granjearía un buen puñado de votos, y así ha sido. No ha ganado por mayoría aplastante, pero, en mi opinión, eso se debe a que nunca conseguimos que esa condenada furgoneta volviese a la carretera. ¿Sabe qué? ¡Tomaremos una copa para celebrarlo!

Fen miró la hora. Eran las doce y media de la mañana.

—Primero tengo que solucionar un asunto pendiente. Le veré en The Fish Inn dentro de una hora.

—¡Sí, señor! —exclamó el capitán Watkyn con gran cordialidad.

Fen fue a la comisaría, pero allí le dijeron que el comisario estaba en Sanford Angelorum. Probablemente encontraría al inspector Humbleby en The White Lion.

El inspector Humbleby estaba, en efecto, en The White Lion, sentado solo en la barra, fumándose un puro y bebiendo un atroz combinado de jerez y cerveza de barril. Fen le indicó con un gesto que se ahorrara las felicitaciones y le expuso sus descubrimientos. A medida que le hablaba, la expresión de Humbleby, habitualmente afable, se volvió grave y severa.

—Está usted en lo cierto, por supuesto —dijo el inspector por fin—. Pero eso tendría que haberlo averiguado yo por mi cuenta.

—Usted no contaba con la ventaja de haber hablado con Jane Persimmons.

—Sí, pero lo sabía todo de ella, y eso tendría que haberme bastado.

—¿Puede hacer algo al respecto?

—Desde luego. Hay pruebas más que suficientes.

—¿Y una orden de arresto?

—La conseguiré de inmediato.

Regresaron a The Fish Inn exactamente a la una y media. El bar ya había sucumbido a manos del señor Beaver y su cuadrilla, que habían extraído la inmensa viga central y la habían dejado reposando peligrosamente en un muro exterior. Pese a todo, un pequeño grupo de clientes bebía en el jardín. El señor Judd también estaba allí, revoloteando cerca de Jacqueline como una polilla alrededor de una llama. Diana y lord Sanford, cogidos de la mano sin ningún pudor, estaban allí. Myra estaba allí, el capitán Watkyn estaba allí y Wolfe estaba allí. Humbleby se abrió paso, seguido por Fen y un corpulento agente de policía. Cuando vieron sus caras, a todos se les atragantaron los saludos. Humbleby se plantó delante de Wolfe.

—Edward Austin Wolfe: queda usted detenido. Es mi deber advertirle que todo cuanto diga podrá ser utilizado en su contra. Se le acusa de haber asesinado al inspector Charles Bussy el 15 de septiembre de 1947, en Sanford Angelorum.

## CAPÍTULO 21

De lo que ocurrió a continuación no existen testimonios fiables ni claros. La versión de Fen de que había intentado detener a Wolfe, solo y sin ayuda, fue rechazada unánimemente por otros testigos, que afirman, en cambio, que ni siquiera hizo ademán de moverse. Quien sí se movió fue Wolfe: cuando Humbleby sacó su pistola, ya había arrastrado a Jacqueline y, usándola como escudo, retrocedía hacia su coche, que se encontraba aparcado en la misma calle. El incidente paralizó el sentido común de todos los presentes, pues aunque quizá dispararle no habría sido una buena opción, nada impedía que se abalanzaran sobre él para inmovilizarlo. No obstante, alguna anomalía irracional los contuvo, haciendo que se sintieran impotentes hasta que Wolfe alcanzó el coche. Humbleby fue el primero en recobrar la capacidad de raciocinio.

—¡A por él, vamos! —gritó mientras echaba a correr.

Animados por el capitán Watkyn, que salió pisándole los talones, los otros hombres lo siguieron. Pero era demasiado tarde. Wolfe apartó a Jacqueline de un brutal empujón, saltó al interior del coche, encendió el motor de inmediato y se alejó pisando el acelerador a fondo. Humbleby disparó dos veces apuntando a los neumáticos, pero fue en vano.

—La puntería nunca ha sido mi fuerte —dijo con resignación—. ¡Vamos!

Fen y el inspector corrieron al coche en el que habían llegado. También corrió el agente de policía, pero Humbleby le echó a un lado de un empujón, gritándole que fuese a la comisaría para avisar al resto. Lo último que vio Fen del perplejo grupo de la hostería fue al señor Judd limpiando con la palma de la mano, esmerada e infructuosamente, la falda de Jacqueline. Fen llegó a la conclusión de que aquella mujer carecía de sistema nervioso, pues permanecía tan tranquila e imperturbable como de costumbre.

Wolfe no les llevaba demasiada ventaja, así que parecía bastante improbable que lograra escapar. Su coche giró por la carretera que llevaba a la estación y siguió en dirección a Sanford Conover, pues, lógicamente, no querría arriesgarse a que lo detuvieran en Sanford Morvel. Tomar la dirección de Wythendale habría sido más conveniente, pero, cuando arrancó, el coche estaba orientado en el sentido contrario y maniobrar para dar la vuelta le habría resultado imposible. Fen y Humbleby lo seguían a toda velocidad. De vez en cuando, perdían de vista a su presa en las curvas del tortuoso camino, pero no había riesgo de que escapara porque de la carretera por la que iban no salía ninguna secundaria. Fen recordó fugazmente su primer encuentro con el loco... En aquel momento ya no le cabía la menor duda de que la ineptitud de Humbleby con la pistola se veía superada con creces por su ineptitud al volante. Avanzaban a una velocidad que entrañaba cierto riesgo, pero evidentemente no un riesgo inasumible: Humbleby

formaba parte de esa categoría de conductores que giran completamente el volante en las curvas y esperan a dejarlas atrás antes de enderezarlo de nuevo.

—¿Tiene sentido que sigamos persiguiéndolo? —preguntó Fen, aterrado—. Seguro que, tarde o temprano, lo interceptarán.

—¡Esto se ha convertido en un asunto personal! —dijo Humbleby con voz grave—. Ese hombre ha asesinado a uno de mis colegas, y haré todo lo posible para asegurarme de que acaba en la horca.

—¡Pero, si sigue conduciendo así, seremos nosotros los que acabaremos bajo tierra!

Humbleby parecía sorprendido por aquellas palabras, pero en ese mismo instante las ruedas chocaron con el alto arcén de hierba y la sacudida hizo que olvidara la respuesta defensiva que pensaba dar. Fen se arrellanó con resignación en el asiento para hacer examen de conciencia.

Tres imágenes de Némesis, la diosa de la justicia y la venganza, se cernían sobre el destino de Wolfe, y le había llegado el momento de enfrentarse a la primera. El negligente Shooter, cuyo árbol caído junto a la estación ocupaba la carretera, había elegido precisamente aquella tarde para retirarlo. Shooter y sus hijos llevaban tiempo discutiendo sobre cómo hacer el trabajo y, cuando apareció el coche de Wolfe, los esfuerzos conjuntos de la familia habían conseguido desplazar el árbol de manera que ya no ocupaba la carretera parcialmente, sino por completo. Era imposible pasar por allí.

Pero, por un engañoso y temporal golpe de suerte, la puerta abierta de una cerca permitió que Wolfe maniobrase dando marcha atrás. Así que dio media vuelta y, como no le quedaba otra opción, volvió sobre sus pasos. Humbleby y Fen oyeron que se aproximaba un coche, pero al no ver aún ni a Shooter ni su barricada, no se les pasó por la cabeza que podía tratarse de Wolfe. Humbleby giró el volante y acercó el coche al seto que bordeaba la carretera, mientras Fen invocaba histriónicamente la protección de san Cristóbal. Al doblar la curva, el coche del fugitivo les pasó rozando a apenas unos centímetros.

—¡Que ese canalla se vaya de cabeza al infierno!

Su maniobra para girar no estuvo del todo mal y, aunque no fue tan rápida ni eficaz como la de Wolfe, la persecución continuó en dirección contraria. El animado grupo que charlaba delante de la hostería, al que para entonces se había sumado una variada mezcla de vecinos, se quedó petrificado cuando los dos vehículos aparecieron de nuevo. Fen percibió la fugaz imagen de su estupefacción mientras su auto pasaba a toda velocidad ante ellos, y luego volvió la vista a la carretera y descubrió que Wolfe tomaba el camino de Wythendale, el que pasaba por la rectoría.

Fue allí donde le esperaba la segunda imagen de Némesis. Justo por el centro de la calzada, con la cabeza vendada pero con su instinto hogareño intacto, trotaba el cerdo tarado, que volvía muy decidido a The Fish Inn. Una vez más, el instinto triunfó sobre el aprendizaje de toda una vida pues, al verlo, Wolfe giró con brusquedad el volante para esquivarlo. Consecuentemente, una de las ruedas delanteras chocó contra el terraplén de hierba y el motor se detuvo. El arranque automático emitió un gemido prolongado, en

vano.

Cuando se dio cuenta de que Fen y Humbleby se acercaban, Wolfe salió del coche y, mirando como un loco a su alrededor, corrió hacia la cerca de la rectoría.

Lo siguieron. El rector, que se dedicaba a la plácida contemplación de sus arriates una vez concluida la catequesis, se encontró, sin previo aviso, tirado en el suelo. Presa del pánico, Wolfe le había propinado un empujón en su loca carrera hacia la puerta de la casa. En cuanto consiguió entrar, cerró por dentro. Unos instantes después, Humbleby entró también por una ventana de la planta baja.

Fen se detuvo un momento para ayudar al rector a levantarse y le hizo un breve resumen de lo ocurrido. Hasta ellos llegaba el sonido de unos pasos vehementes que recorrían el interior de la casa. De repente, escucharon el súbito grito de consternación y furia de la señora Fitch. Por si aquella confusión no hubiese sido suficiente, el espíritu de la rectoría, que había despertado de su letargo diurno por culpa de aquellos inconvenientes sucesos, entró de pronto en acción y multitud de objetos, tan dispares como guijarros, un peine, un estuche de *Nuits d'extase*, libros, una pastilla de jabón, una reproducción de la Madonna Sixtina, un cojín, la parte superior de un pequeño reclinador, un jarrón, un elefante de jade o un par de calcetines de lana blanca, empezaron a salir disparados por la ventana. Por desgracia, el estuche de maquillaje se abrió en pleno vuelo y los polvos se desparramaron sobre la cabeza del rector.

—¡Basta! —gritó el rector, fuera de sí—. ¡Basta ya, condenado espíritu!

Pero aquella advertencia tan poco clerical no surtió efecto alguno. El espíritu no solo siguió arrojando cosas, sino que empezó a aullar lastimeramente... Aunque cabía la posibilidad de que esto último pudiera atribuirse a la señora Fitch *in extremis*, pensó Fen.

—*Conjuro te! ¡Conjuro te*, Satanás! —gritó el rector, mientras corría de aquí para allá, rebozado en maquillaje perfumado.

La situación se les estaba yendo de las manos, pensó Fen. Y la cosa no mejoró con la aparición de los clientes del *pub*, que al oír el frenazo habían llegado corriendo para ver qué sucedía. Entraron en tromba en el jardín de la rectoría, articulando preguntas aturdidadas e irrelevantes mientras intentaban esquivar los constantes misiles del espíritu. El nivel dinámico de los aullidos aumentó bruscamente de *mezzo-piano* a *fortissimo*.

—*In nomine Patris et Filii* y etcétera! —gritó el rector, iracundo—. *Conjuro te!* ¿Me oyes, maldita sea?

«Esto no marcha bien —se dijo Fen—. Tengo que ir a echarle una mano a Humbleby». Pero, antes de que pudiera moverse, alguien gritó: «¡Mirad!», y todos los ojos se volvieron hacia el tejado. Wolfe, desaliñado y sudoroso, apareció por una claraboya. Y, a saber por qué —bien porque ya no le quedaba nada que arrojar o porque el exorcismo del rector había dado resultado—, en aquel preciso instante cesaron los aullidos y la lluvia de misiles. El gentío que se acumulaba abajo, quizá por una cuestión de solidaridad, también guardó silencio, hasta que Humbleby salió disparado por la puerta como una bala de cañón.

—¡Lo he perdido! —gritó. Luego, al darse cuenta de que todos estaban mirando en la misma dirección, corrió hacia ellos.

El tejado de la rectoría, de estilo pseudogótico, estaba formado por una extraña aglomeración de picos, torres, gabletes y recargadas chimeneas. Aunque desplazarse sobre él resultaba algo arriesgado, no era impracticable. Fen comprendió entonces las intenciones de Wolfe. A la izquierda, la robusta rama de un roble milenario se proyectaba sobre el alto muro del jardín hasta casi tocar el canalón del tejado. Evidentemente, un hombre decidido no habría tenido dificultades en pasar del tejado a la rama y sortear así el muro. Humbleby, que se había percatado de esa posible vía de escape, echó un fugaz vistazo a los presentes y organizó una partida de voluntarios para que montasen guardia al pie del roble.

—¡Baje, Wolfe! ¡No tiene escapatoria! —gritó.

Pero Wolfe, como si no lo hubiese oído, no se molestó en responder. Siguió avanzando con cuidado; el sudor de su tez colorada brillaba bajo el sol del atardecer. Con una exclamación de impaciencia, Humbleby hizo señas al agente de policía, y ambos desaparecieron juntos en el interior de la casa.

Y fue entonces cuando Némesis jugó su tercera carta.

Wolfe se desplazaba lentamente sobre el borde del tejado, por la estrecha cornisa que separaba las tejas más bajas del canalón, cuando una figura estafalaria e imponente surgió de detrás de una chimenea. Llevaba zapatos de ante negro, calzoncillos de algodón, una chaqueta de leñador canadiense y un gorro de criquet que le quedaba demasiado pequeño. Sin inmutarse, el extraño se limitó a observar el laborioso avance de Wolfe con afable interés mientras daba bocados a un sándwich que tenía en la mano.

—¡Es él! —gritó alguien detrás de Fen, y un murmullo de reconocimiento se extendió entre la multitud. Al volverse, Fen descubrió a Myra, que permanecía a su lado con el cerdo, haciendo alarde de su inquebrantable fidelidad, agazapado a sus pies—. ¡Es el loco! —añadió, emocionadísima.

Fen coincidió en que así era.

—¡Y pensar, querido, que lleva escondido en ese tejado desde el principio! ¡No me extraña que no lo encontrasen!

Fen también coincidió en eso.

—Pero ahora la cuestión es qué hará respecto a Wolfe...

¡En efecto, esa era la cuestión! Wolfe había reparado, por fin, en la presencia del loco, y se había detenido. El otro lo escrutó con cuidado y luego saludó con gran afabilidad. Wolfe le devolvió el saludo con un alivio claramente perceptible para todos los que observaban desde abajo. Después, reanudó la marcha y llegó a la chimenea sobre la que Elphinstone estaba recostado tan campante. Todos los espectadores guardaron un súbito e inexplicable silencio.

Y entonces ocurrió.

De pronto, Elphinstone dio un paso al frente y de su boca salió, con una inusitada estridencia, una sola exclamación: «¡Bu!». Las opiniones difieren sobre si en realidad tenía

intención de atacar a Wolfe, una cuestión que en estos momentos ya es lo de menos. Pero el efecto que este gesto inesperado produjo en el fugitivo, que tenía los nervios a flor de piel, fue decisivo. El pie izquierdo de Wolfe resbaló en el canalón que, con un crujido similar a un disparo, cedió bajo su peso haciendo que se tambalara. Sus manos intentaron agarrarse al vacío y, finalmente, perdió pie y cayó del tejado con un grito débil y agudo.

La multitud suspiró con la reverberación hueca de muchas respiraciones contenidas. Después de un discreto grito de alguna de las mujeres que contemplaban la escena, volvió el silencio. Fen corrió hacia el inmóvil cuerpo de Wolfe, se inclinó sobre él y luego se quitó la chaqueta y cubrió con ella la cara inexpresiva, con la mirada perdida, del fugitivo.

—Se ha desnucado —anunció brevemente—. No hay nada que hacer.

Humbleby y el agente habían asomado la cabeza por la claraboya justo a tiempo para presenciar el accidente. Ahora que ya no debían dar caza a Wolfe, dedicaron sus energías a convencer a Elphinstone de que bajara. Elphinstone, con una celeridad que hizo innecesarias sus zalamerías, accedió casi de inmediato. El agente de policía y un granjero se encargarían de devolverlo a los cuidados del doctor Boysenberry. Cuando pasaba entre la perpleja multitud, Fen lo oyó decir:

—Ese hombre era un criminal, ni más ni menos, y ya se sabe que es el deber de todo ciudadano evitar que los criminales evadan la justicia. ¡Y les advierto que si no aceptan mis catorce puntos, Europa Occidental volverá a entrar en guerra en menos de una década!

Y, escoltado por sus captores, se alejó parloteando animadamente.

## CAPÍTULO 22

— Jane Persimmons es sorda de nacimiento —dijo Fen—. En cuanto lo averigüé, no me cupo duda de quién había matado a Bussy.

Dicho esto, examinó a su público sin la menor satisfacción. El proceso de explicar sus casos no solía resultarle desagradable, pero, en aquella ocasión, su disgusto personal por haber pasado a formar parte de la madre de todos los parlamentos restaba entusiasmo a su recital. Además, le irritaba que sus oyentes no fueran conscientes de su desgracia. No podía evitar que la satisfacción que todos ellos exhibían le resultara ofensiva. Creían que el asunto se había solucionado y que el orden al fin se había restablecido... Un optimismo que, desde el punto de vista de los demás, estaba justificado. Fen, en cambio, parecía cada vez más disgustado.

Eran las nueve y media de la noche del domingo y se habían reunido en el jardín de The Fish Inn. Aunque el *pub* ya no resultaba habitable, el espléndido clima acompañaba para que beber al aire libre resultase un placer y no un inconveniente. Una ventana del *pub*, atendida por Jacqueline, hacía las veces de barra. Sentados o acostados en la hierba, formando un corro alrededor de Fen, se encontraban Diana, lord Sanford, Myra y el señor Judd. El señor Beaver y el capitán Watkyn, ambos agobiados, al parecer, por algún complejo dilema moral o intelectual, se mantenían en un discreto *segundo* plano. Al fondo, varios aldeanos bebían y charlaban sobre los acontecimientos de aquella tarde.

—El caso era sencillo... De hecho, explicarlo no me llevará mucho tiempo —prosiguió Fen—. En realidad, ni siquiera puedo considerarlo uno de mis éxitos, pues he tardado demasiado en averiguar la verdad.

»La primera pista me la dio Bussy cuando me relató los pormenores del asesinato de la señora Lambert. Se trata de una singularidad que habíamos observado los dos... Judd, suponga que le hago chantaje, suponga que averiguo que usted me ha reconocido como el individuo que está al corriente de su turbio pasado, y suponga que, en vista de eso, decido acabar con usted antes de que me delate a la policía. ¿Qué es lo que, en tales circunstancias, no resulta probable que haga? La respuesta me parece obvia: no elegiré un modo de asesinarle, como enviar una caja de bombones por correo, que le deje unas buenas doce horas por delante para delatarme. Si mi intención es matarlo, evidentemente tengo que hacerlo cuanto antes, o el móvil del asesinato dejará de existir.

»Sin embargo, el chantajista se decidió por el método de los bombones envenenados. De lo cual, provisionalmente, podemos deducir que no le preocupaba que la señora Lambert lo delatase a la policía antes de que su plan surtiera efecto.

¿Por qué no? El marido de la señora Lambert no estaba en el pueblo, pero ella había acudido sola a la comisaría, en una ocasión, para denunciar el chantaje, y nada le impedía

repetirlo en aquella ocasión. Así que lo único capaz de detenerla sería el hecho de que el chantajista, aquella aparición de su pasado, perteneciese al cuerpo de policía local... En tal caso, la señora Lambert solo podía confiar en su marido, que en aquellos momentos se encontraba ausente. Que te chantajeen por tu pasado de prostituta no es la clase de asunto que se comenta ni con las amistades más íntimas. Y, aunque es posible argumentar que podría haber acudido a la comisaría de otro distrito, basta ponerse en la piel de alguien que acusa a un comisario de que otro le chantajea para comprender que no se trata de un asunto que se decida a la ligera. La señora Lambert decidió esperar a que regresara su marido antes de tomar medidas; algo que Wolfe había previsto cuando le envió los bombones. De modo que la señora Lambert murió, y lo que tenía que contar murió con ella.

»No afirmo que el razonamiento que acabo de esbozar fuese concluyente, ni mucho menos. Pero Bussy me confió que estaba a punto de obtener pruebas evidentes que llegaban a la misma conclusión. Y ese fue precisamente el motivo por el que lo asesinaron. Nunca sabremos cuáles eran las pruebas que había hallado ni qué pretendía con su ostensible partida y su furtivo regreso, pero Wolfe lo consideró más que suficiente para decidir acabar con él sin la menor dilación.

»Sin duda alguna recordarán que, tras examinar detenidamente las pruebas del asesinato de Bussy y comprobar que todos los indicios que señalaban a Elphinstone como el culpable eran falsos más allá de toda duda, nos quedaba por resolver un problema crucial: ¿cómo podía haber averiguado el asesino que Bussy acudiría al campo de golf? ¿Cómo podía haber sabido dónde tenderle la emboscada y amañar las pruebas? Aquella cita nocturna se fijó en mi encuentro fortuito con Bussy, y yo mismo había sugerido el lugar prácticamente de casualidad, por lo que era imposible que el asesino lo conociera antes de ese preciso instante. Y después... Yo, por supuesto, no se lo había mencionado a nadie, resultaba hartamente improbable que Bussy lo hiciera, y era imposible que alguien hubiera estado escuchándonos. Entonces, ¿qué ocurrió?

»Fue necesario que alguien intentara asesinar a Jane Persimmons para que empezara a vislumbrarlo, y fue necesario también el incidente de los prismáticos perdidos y su furtiva devolución sin huellas dactilares para que acabara comprendiendo lo que ocurría en realidad. Finalmente, todo me llevó a la conclusión de que Jane Persimmons es sorda. Esa fue la razón de que se hubiese cruzado en el camino de un camión ruidoso. Esa es la razón de que siempre observe atentamente a su interlocutor, porque en realidad está tratando de leerle los labios. Esa es la razón de que su acento resulte algo exótico, porque las consonantes del mismo grupo se parecen visualmente cuando alguien las pronuncia y, si se aprende a hablar leyendo los labios, es muy posible que se confundan.

»De ahí en adelante, todo me quedó claro. Si alguien sabe leer los labios y tiene unos prismáticos, es como si pudiera «oír» conversaciones a muchos metros de distancia. Las habitaciones de la hostería dan justo a la ladera donde Bussy y yo organizamos nuestro encuentro. Y, probablemente, Jane se encontraba tras una de esas ventanas en el instante adecuado.

»Ahora bien, ella estaba inconsciente en el momento del asesinato, así que de ninguna manera pudo matar a Bussy. Por consiguiente, tuvo que transmitir el contenido de mi conversación con Bussy a otra u otras personas. Y apenas si había tenido tiempo siquiera para eso, ya que menos de diez minutos después el camión la atropellaba y ella quedaba inconsciente durante los cuatro días siguientes. Aquel lamentable incidente reducía considerablemente las posibilidades. Las únicas personas que se habían acercado a Jane Persimmons durante el breve período transcurrido entre la fatal conversación y su accidente fueron Myra, Jacqueline y Wolfe; y la joven no había tenido tiempo material para poner lo que había averiguado por escrito. A Myra y a Jacqueline podía exculparlas fácilmente, gracias a cuatro motivos independientes: 1) el chantajista de la señora Lambert era casi con total seguridad un hombre, un antiguo cliente suyo; 2) tanto Myra como Jacqueline tenían una coartada inquebrantable para la hora del asesinato de Bussy; 3) el sentido común hacía inconcebible que fuesen cómplices y culpables de asesinato, y 4) si eran inocentes, y Jane les había informado de mi conversación con Bussy, no había ningún motivo para que guardaran silencio al respecto. Por lo tanto, es evidente que no era en ellas en quienes había confiado Jane Persimmons. Y, como resultaba incuestionable que Jane se lo había contado a alguien, ese alguien tan solo podía ser Wolfe.

Fen hizo entonces una pausa que el señor Judd aprovechó para decir:

—Todo eso está muy claro... Además, el intento de asesinato de Jane Persimmons aclara cualquier duda que pudiera quedarnos al respecto. Cuando se hizo evidente que el plan para implicar a Elphinstone había fracasado, al asesino no le quedaba más remedio que intentar eliminarla...

—Así es —coincidió Fen—. Al principio, parecía que el accidente sería suficiente para acabar con la vida de Jane, pero su inesperada recuperación obligó a Wolfe a intentar silenciarla por todos los medios, ya que, si recuperaba la conciencia, podría acabar divulgando que él estaba al corriente de mi cita con Bussy.

—¡Y los prismáticos! —dijo el señor Judd—. Supongo que los recogió cuando salió a pasear y los trajo de vuelta con la intención de devolvérselos al rector.

—Exacto. Y Wolfe los cogió de su habitación cuando entró a registrarla el día del accidente.

—¿Entonces fue él, querido, quien los limpió y devolvió al estudio del rector? —preguntó Myra.

—Sí. Quería evitar a toda costa que sospecháramos de la sordera de Jane y, por consiguiente, de la posibilidad de que estuviera al corriente de la cita en el campo de golf y se la hubiese revelado.

—Solo hay un detalle que no acabo de comprender —intervino el señor Judd—. Puedo imaginarme a Jane escuchando su conversación con Bussy, pero no comprendo por qué fue a contárselo a Wolfe.

Fen sonrió.

—Debe recordar que entonces yo era un total desconocido para ella y Bussy se hacía

pasar por otra persona. Para Jane, no solo resultaba inimaginable que, a nuestra grotesca manera, representásemos la ley, sino que además teníamos que parecerle unos personajes decididamente sospechosos. Para colmo, hasta que el reloj dio las seis y Myra la interrumpió, lo que Jane oyó, o más bien vio, fue lo siguiente:

—No esperaba hallarte con tanta facilidad. Fen, necesito tu ayuda... ¡Debes ayudarme! Lamento decirte que lo que te voy a pedir entraña sus riesgos, pero sé que no te importará.

—No, no me importa en absoluto.

—Bien. Tiene que ver con el caso Lambert, por supuesto. Se trata de un asunto que no puedo manejar solo. Me resulta imposible darte los detalles porque he de coger un tren.

—¿Te marchas?

—En apariencia, sí. Quiero que todos crean que he regresado a Londres. Pero, en cuanto oscurezca, estaré de vuelta. Entonces nos veremos y te lo explicaré todo.

—¿Y dónde piensas pasar la noche?

—Al raso.

—Te congelarás, por no hablar de otras incomodidades. Deberías buscar algún sitio donde refugiarte... Si es que te propones dormir, claro está.

—De acuerdo. En tal caso, cualquier granero o establo me servirán...

—O quizá una de las casetas del campo de golf.

—Lo que tú digas. Las casetas tienen la ventaja de que además nos proporcionan un lugar seguro para vernos.

—¿Y a qué hora quedamos?

—Digamos que a medianoche. Para entonces ya estaré de vuelta, pero, si no es así, espérame.

—Sí. Sugiero que nos encontremos en la caseta del cuarto *green*. Es razonablemente confortable.

—Servirá.

—En el mejor de los casos, digamos que se trata de una conversación equívoca. Puede que le diera la impresión de que estábamos planeando un robo y, por tanto, no es de extrañar que, al salir de la hostería y encontrarse con un policía que estaba reparando su coche, Jane considerase su obligación comentárselo.

»Por tanto, las pruebas contra Wolfe eran más que concluyentes. No existía ninguna otra forma de explicar los hechos. A partir de entonces, imaginar los acontecimientos desde su punto de vista resultó sencillísimo. Wolfe llegó al distrito hará unos dos meses, reconoció a la señora Lambert, quería dinero (¿quién no?) y decidió chantajearla pensando que ella no lo reconocería, pues tan solo habían tenido un contacto breve y profesional hacía muchos años. La señora Lambert cumplió con el primer pago, pero

luego Wolfe envió una segunda carta. Todo su plan se vino abajo cuando ella se presentó en la comisaría para denunciar el chantaje.

»Sin duda, fue Wolfe quien la atendió en aquella ocasión. Ella lo reconoció entonces y debió de inventarse rápidamente alguna excusa que explicara su presencia allí. Pero algo así no es fácil de ocultar y la excusa no resultó creíble. Él supo de inmediato que la señora Lambert lo había reconocido, supo por qué había acudido a la policía y supo que para evitar la cárcel debía silenciarla al precio que fuese. Convencido de que la señora Lambert no actuaría hasta que regresara su marido, decidió enviarle los bombones envenenados. Ella murió, y que Wolfe fuera el encargado de investigar el caso le vino de perlas para destruir las pruebas que pudieran comprometerle.

»Creyéndose a salvo, tuvo que suponer un duro golpe para él saber que Bussy le seguía la pista. No sabemos cómo se enteró, pero es indudable que estaba al corriente. El asesinato conduce a más asesinatos, y Bussy se había convertido, pues, en una segunda y más grave amenaza para su seguridad, por lo que también tenía que morir. Y cuando Jane Persimmons le habló de nuestra cita en el campo de golf vio la oportunidad perfecta. Esa misma tarde robó el cuchillo de casa de Judd y dejó las pruebas falsas que implicaban a Elphinstone (recuerden que, tras su huida, la policía conocía los detalles de su historial médico). Después organizó el escenario del crimen en la caseta de golf. En cuanto a los quevedos, supongo que se le habrían caído a Elphinstone y Wolfe los recogió, pero no es un detalle importante. Fue inteligente por su parte intentar culpar al loco y, de no haber sido por el error de la hoguera, probablemente se habría salido con la suya. Así que Bussy murió y Wolfe regresó a tiempo de responder cuando lo llamaron para que “investigara” el segundo de los asesinatos.

»Sin embargo, cuando descubrí que Boysenberry no había mencionado la fobia de Elphinstone al fuego, el caso tuvo que abrirse de nuevo. Ahora era Jane quien estaba en peligro. Durante unos días pareció que iba a fallecer a consecuencia del accidente, pero el miércoles se hizo pública su recuperación. Aquella misma noche, Wolfe intentó asesinarla con un método que aparentaba una muerte natural. Pero como fracasó en su propósito, se encontró en la irónica posición de tener que organizar medidas de vigilancia contra su propia persona. Sin duda, tarde o temprano pretendía burlar esas medidas y acabar lo que había empezado... Ayer por la mañana yo ya tenía claros los principales puntos del caso, pero aún necesitaba tiempo para, atar ciertos cabos sueltos, por lo que acudí a Wolfe y le conté una historia larga y enrevesada en la que culpaba a Myra del asesinato de Bussy (lo siento, Myra), para proporcionarle una falsa sensación de seguridad. Desconozco si lo conseguí, pero al menos gané algo de tiempo. Cuando le comunicaron que estaba bajo arresto, le fallaron los nervios y... —Fen se encogió de hombros—. En fin, ya saben el resto.

## CAPÍTULO 23

Un prolongado silencio fue todo lo que siguió a las palabras de Fen. Oscurecía. Los rayos de una luna casi llena perseguían las últimas vetas rojas del atardecer en el horizonte de poniente. Una vez completadas sus despedidas nocturnas, las aves callaron. Un manto plateado empezaba a cubrir las copas de los árboles. Todo rastro de color se esfumaba, dejando el paisaje sumido en un blanco y negro arlequinado. En un bosque cercano, Filomela lamentaba la infidelidad de Tereo y las alegrías no compartidas de Proene.

Myra se levantó, algo envarada.

—Hora de cerrar, caballeros. ¡Hora de cerrar, por favor! Los aldeanos apuraron lentamente sus copas y se marcharon. Sus voces fueron alejándose calle abajo.

—Te repito, Fred, que ese queche está orzando.

—¡Que me aspen si Bert sabe lo que es orzar!

—Vamos, Bert, explícanos lo que es.

—Orzar es cuando la embarcación se desplaza por el agua para atrapar el viento.

—Eso es virar.

—Cuando quiera decir virar en lugar de orzar, diré virar, ¡no te fastidia!

—Veamos, ese velero...

Las voces se perdieron en la distancia. En el jardín de la hostería solo quedaba el grupo de Fen, aquellos a quienes la magia de la noche estival había hecho olvidar ciertas nimiedades, como los horarios de los *pubs*. Gimiendo un poco por el esfuerzo, el señor Judd se levantó y se dirigió a la ventana para hablar con Jacqueline. Fen pensó que el interés por la política de Judd se había esfumado con la misma rapidez con que surgió, y el escritor había sufrido una curiosa metamorfosis que lo había transformado de nuevo en el hombrecillo afable y cohibido cuyo anodino exterior ocultaba la morbosa imaginación de Annette de la Tour.

El capitán Watkyn carraspeó con cierta incomodidad antes de decir:

—Me alegra que el asunto haya acabado así. Nos ha ahorrado muchas complicaciones y gastos. Además, a saber qué habría pasado si el caso hubiese llegado a juicio. Los juzgados no son mucho mejores, en mi opinión, que cualquier antro de vicio y perversión.

—O un simple antro de justa injusticia —añadió Fen—. ¿Tiene champán, Myra?

—Hay seis botellas de Hiedsieck en la bodega, querido.

—¡Acabemos con ellas! Necesito animarme.

—Además, resulta de lo más apropiado, ¿verdad? Con el compromiso de Diana y lord Sanford, y ahora el del señor Judd y Jacqueline...

—¿El señor Judd y Jacqueline? —Fen estaba perplejo.

—Pues sí, querido. ¿No lo sabía? Él se le ha declarado esta tarde y ella ha aceptado.

—¡Vaya forma esa de desaprovechar a Jacqueline! —protestó Fen.

—Bueno, querido, en casi todos los matrimonios se desaprovecha algo, de un modo u otro.

—Sí, supongo... —dijo Fen, deprimido—. ¿Qué ha pasado con Samuel, Myra? ¿Sucumbió usted al pollo pestilente?

—¡Ni hablar! —dijo Myra con firmeza—. Y, poco después, al pobre Samuel le llegó su hora.

—¿Su hora?

—Su mujer le ha roto la mandíbula.

—¡Santo cielo! —Aquella brutal noticia lo animó momentáneamente—. Supongo que se lo merecía, pero, aun así... Ella no intentaría atacarla a usted, ¿verdad?

—¡Oh, no, querido! No era conmigo con quien estaba enfadada. Vino a hablar conmigo muy amablemente. «No me importa que retoce en los arbustos con las aldeanas, pero no voy a permitir que moleste a una mujer respetable como usted, señora Herbert», me dijo.

—Muy pertinente —murmuró Fen—. Muy pertinente.

—¡Voy a por el champán! —dijo Myra, y se marchó.

Fen volvió a sus tristes reflexiones. Malhumorado, no podía dejar de pensar que, salvo él, todos habían salido bien parados de los acontecimientos de aquella semana. Humbleby, que ya iba camino de Londres, sin duda se sentiría satisfecho por aquella conclusión tan irrefutable del caso. Diana y lord Sanford estaban, por fin, comprometidos. Jane Persimmons —a quien habían visitado aquella misma tarde— se encontraba mucho mejor, y probablemente se quedaría a vivir con ellos. El señor Judd obtendría la libertad de Jacqueline (Fen era incapaz de concebir su relación en términos más elevados que aquellos) y, sin duda, Jacqueline obtendría alguna satisfacción de aquel acuerdo. El capitán Watkyn había logrado un gran triunfo personal contra todo pronóstico. Boysenberry conservaba —más o menos intacta— su reputación. Elphinstone volvería a recibir el tratamiento que exigía su llamativo estado. El señor Beaver prácticamente había conseguido su objetivo de destruir la hostería.

Olive y Harry Hitchin estarían «remozando» en algún lugar discreto, una dicha tan solo matizada por la remota posibilidad de que el padre de Olive los atacara con un cuchillo. Myra no estaba ni mejor ni peor que antes. El espíritu travieso del rector se había convertido un fenómeno público, y la Sociedad de Investigaciones Sobrenaturales se le echaría encima de un momento a otro, pero era lo que se merecía por haber engañado a la señora Fritch. El agente Sly había resultado herido, pero eso se debía a su propia estupidez y, en cualquier caso, le darían de alta en cuestión de días... Fen contempló las estrellas y les preguntó, sin palabras, por qué tan solo él iba a recibir tan apropiado e inmerecido castigo.

Entonces el capitán Watkyn interrumpió sus reflexiones.

—Oiga, muchacho, debo decirle algo.

—Si es sobre las elecciones, no quiero oírlo.

—Ya, sí, pero es que tiene que oírlo..., ¿comprende? ¿Sabe que la ley solo permite invertir cierta cantidad de dinero en gastos electorales?

—Sí, lo sé, gracias por recordármelo.

—Pues, bien, se me olvidó sumar diecinueve libras.

—Capitán Watkyn, ¿de qué está hablando?

—Se me olvidó por completo —repitió estoicamente el capitán Watkyn— sumar diecinueve libras de las unidades a las decenas, por lo que resulta que al final hemos gastado siete libras más de lo permitido, y el supervisor electoral se nos ha echado encima. Lo siento, muchacho, pero lamentablemente lo han descalificado. Y debido al empate de los otros dos candidatos, como el supervisor tiene derecho a ejercer un voto en estos casos y es conservador... ¡Otro de los motivos por los que se ha puesto tan desagradable con algo que no es más que un insignificante error técnico! Quizá pueda usted apelar... —concluyó Watkyn, abatido.

Fen le estrechó cálidamente la mano.

—¡Tómese un trago, capitán Watkyn!

—¿Quiere decir que... no le importa? —Watkyn estaba perplejo.

—¡Puede que su incompetencia matemática me haya salvado de la locura!

—No lo entiendo —dijo el capitán Watkyn con dramatismo—. No comprendo absolutamente nada de todo este incomprensible asunto.

Pero entonces llegó el champán y llenaron las copas.

—¡Un brindis por los novios! —dijo Fen.

Bebieron.

—Y, ahora —A Fen se le iluminó la mirada al ver la figura abatida y taciturna del señor Beaver—, ¡un brindis por la renovación de The Fish Inn!

El señor Beaver esbozó una débil sonrisa a la luz de la luna.

—¡Por la renovación de The Fish Inn! —brindaron todos.

El suelo tembló bajo sus pies y en la pared trasera de la hostería apareció una grieta que no dejaba de crecer ante sus ojos. Siguió un estrépito de cristales rotos. En el tejado, los cañones de las chimeneas se vinieron abajo y un diluvio de tejas salpicó el suelo. Los muros de The Fish Inn se desmoronaron, con el fragor de un terremoto, entre un gigantesco hongo de polvo.

El señor Beaver observó con incrédulo horror la destrucción de sus esperanzas.

—Maldito Gobierno... —murmuró—. ¡Maldito Gobierno!

Los vecinos se acercaron a contemplar el prodigio, pero, al cabo de unas horas, hartos del espectáculo, volvieron a sus camas. Como saqueadores en una ciudad devastada, el grupo de Fen, copas de champán en mano, vagó entre las ruinas a la luz de la luna. Diana y lord Sanford fueron los primeros en esfumarse, el señor Judd y Jacqueline los imitaron poco después y la desaparición simultánea de Myra y el capitán Watkyn sugirió que también ellos habían decidido aprovechar el tiempo. Fen se quedó a solas con el

señor Beaver, que, sentado en el gran rodillo del jardín con la cabeza entre las manos, no era lo que se dice una alegre compañía... Decidió entonces comprobar el estado del coche, que, por suerte, no había sufrido daño alguno. En cambio, una gran piedra dentada había asestado su golpe de gracia al cerdo tarado. Sin embargo, Fen no se compadeció de él; en su opinión, la fidelidad de aquel cerdo nunca había compensado su absoluta falta de encanto. Finalmente, subió al coche y se dirigió a Sanford Morvel, en busca de una habitación donde pasar la noche.





EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. «La juguetería errante» (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como «Love Lies Bleeding», (1948), «The Case of the Gilded Fly» (1944), «Holy Disorders» (1945), «Buried for Pleasure» (1949) y «El canto del cisne», (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el *Sunday Times*. Murió de un ataque al corazón en 1978.

## OBRAS

- *Case of the Gildey Fly* (1944); «El caso de la mosca dorada».
- *Holy Disorders* (1945); «Asesinato en la catedral».
- *The Moving Toyshop* (1946); «La juguetería errante».
- *Swan Song* (1947); «El canto del cisne».
- *Love Lies Bleeding* (1948); «Trabajos de amor ensangrentados».
- *Buried for Pleasure* (1949).
- *Frequent Hearses* (1950)
- *The Long Divorce* (1952)
- *The Glimpses of the Moon* (1977).
- *Beware of the Trains* (1953) (short story collection).
- *Fen Country* (1979) (short story collection).

# Notas

[1] Boots tenía un sistema de préstamo de libros que permitía sacar un libro de una de sus tiendas y devolverlo en cualquier otra tienda de la cadena. <<

[2] En realidad, se refiere al escultor Grinling Gibbons. «Grinning Gibon» significa, literalmente, gibón sonriente. <<

[3] La palabra sánscrita *sati* se refiere al rito o acto (*sati* o *suttee*) en el cual una mujer se inmola en la pira funeraria del recién fallecido marido, o al sujeto (en la mayoría de los casos una mujer) que ejecuta la acción de inmolarsse. (*Nota del E. D.*) <<